



DIEGO LEGUIZA

LAS
PALABRAS
Mágicas



LAS PALABRAS MÁGICAS

(Rex Lime)

Habían pasado casi veinticinco años desde la primera vez que nos habíamos cruzado. Recién acabo de ver por última vez a este tipo que por azar o vaya a saber que, tuve la desgracia de haber conocido. Que frío que hace aquí, la muerte te congela el aire que vas respirando. Todas estas paredes blancas y lastimadas por el tiempo y también por el descuido, me van

acompañando casi abrazándome y haciendo que me doblegue por el peso de tanta historia que termina, pero sin embargo se torna más pesada con cada segundo. Poco a poco voy llegando a la salida y los olores que ingresan desde el exterior, aunque sin pedirlo me sacan de este recinto plagado de dolor, desesperanza en muchos casos, sustos y alegrías para los afortunados de ocasión y el cierre definitivo de la vida de los más desdichados de este presente.

En la calle la gente no sospecha nada. Nadie tiene la más remota idea de lo que acabo de vivir, es el punto final de parte de mi vida. Ahora dicen que uno tiene que renacer ¿Para qué?, ¿no sería mejor ponerle fin a este cuento? ¿no son muchos años ya? ¿Cuál sería el sentido de este volver a empezar? En casa no me espera nadie. Estuve veinte días internado y a la vez acompañado por este sobreviviente que me acaba de dejar tan sólo con recuerdos.

Cuánta gente que hay en la plaza, debe ser domingo, seguro. Todos acá reunidos como en una gran fiesta, ninguno trajo invitación y tampoco fue convidado. Los trajo este sol que quema y este cielo tan celeste que los motiva de alguna forma que la vida puede ser algo delicioso por transitar.

Cuanta pareja despreocupada, cuanto pibe peleando por un pedazo de pirulin que al fin y al cabo no es más que un palito todo pegajoso que se te queda adherido en las manos hasta que llegas a casa. A unos metros, una muchedumbre atraída hacia algo que perfectamente puede ser un tipo tirado, desmayado o muerto. No harán nada. Quizás quieren tener una buena historia para contar en este repetido fin de semana. Ya no me sorprende o quizás esté tan obnubilado en el día de hoy que no pueda ver bien. El gentío esta alrededor de unos cachorritos que están a la venta, mejor dicho, ofrecidos a alguno con cara de buena gente que sepa agradecer con una amable contribución y con la promesa de buen trato para los recién nacidos. No me voy a llevar ninguno, aunque me vendría bien compartir el tiempo con alguien que no se aburra o se duerma mientras le hablo.

—señor, ¿no se quiere llevar uno? —amablemente el cuidador saca el más simpático de su colección y me lo exhibe.

—No, gracias. Ya tuve uno y fue una tragedia cuando se murió. No quiero pasar otra vez por lo mismo.

—Estos dos, si no los puedo colocar, los voy a tener que dejar acá; no tengo como mantenerlos. Hágame el favor. Me queda este y el hermano que es más tímido. Ambos se acompañan muy bien. Lo van a recibir con una fiesta cada vez que llegue y cuando estén solitos le van a cuidar la casa. Vamos amigo ¿Cómo se llama?

—Alfredo y vos, simpático.

—Me dicen Johnny, ¿los lleva don? Tienen correa y todo. Por veinte pesitos

—Veinte pesitos. ¿Te hiciste el día conmigo?

—No. don, los estaba ofreciendo a cuarenta mangos cada uno y se fueron en un tiro, pero a estos nos los elijen, no sé por qué. Seguro que lo estaban esperando.

—Si. Seguro. Se quedaron acá muriéndose de frío toda la tarde para verme a mí.

—No vaya a creer don. Hay algunos que no se quieren ir con los tipos que los compran. Tienen un sexto sentido. Para mí se avivan de que los van a maltratar, malo conocido...vio.

—Dámelos, me los llevo por quince mangos. Mas no te voy a dar.

—Bien. Patrón, ha hecho un gran negocio, son muy mansitos. Se los pongo en una caja así los lleva hasta el auto. ¿Tiene auto no?

—Si, si —No le iba a revelar a un desconocido que ya no podía manejar y mucho menos que no tenía un auto.

La caja era justa para un sólo cachorrito, así que iban los dos apretados como sardinas, por suerte me los entregó dormidos; unas tres cuadras hasta el bondi que por suerte tenía un asiento de uno al fondo. Enseguida estábamos pasando a toda velocidad por Gaona, el colectivo ciento veinticuatro casi que iba tan rápido como su nombre. En quince minutos estábamos en casa. Les puse las correas y los saqué a dar una vuelta que llegó hasta la esquina, los dos se empacaron y

no querían caminar. Les compré un poco de carne, un litro de leche y listo. Al rato no quedaba ni la bolsa, estaban muertos de hambre pobrecitos. Se fueron caminando casi de la mano y se desplomaron en la alfombra más grande del living, se durmieron sin pedir permiso. Las siete de la tarde del domingo, esa hora tan peligrosa. En ese preciso momento te venían a buscar esos señores sin cara y te hacían una propuesta clara y sencilla. “Apagá la luz, ándate a dormir a tu cama y no te levantes más, para que vas a seguir, si en los más de cincuenta años que tenés, te dieron más piñas que a Mantequilla el día que se le animó al negro Monzón”. Por alguna razón me ponía a conversar con estos tipos por un buen rato y después me agarraba ese orgullo del pasado y de las batallas ganadas y los mandaba a pasear.

“Volveremos la semana próxima, no se altere, ya nos va a dar la razón” me decían. Luego se iban silbando los tres, ni siquiera abrían la puerta de calle, simplemente se esfumaban.

Ese silbido no me guiaba hacia ellos, me recordaba un tema que sonaba en la radio de doña Lucia, la madre de Marita a la que tanto extrañaba y buscaba hacía tanto tiempo... Muchos me ayudaron a encontrarla, pero hoy estoy sólo en la búsqueda, pasó tanto tiempo que algunos se cansaron y otros no pudieron seguir y aceptaron la oferta de los extraños de los domingos de las siete de la tarde.

doña Lucia, la madre de Marita siempre tenía su radio encendida; llegando a la esquina de Lautaro y Francisco Bilbao podías empezar a adivinar que melodía sonaba en su receptor. Me acuerdo de que eran los primeros días de julio del año 1966, hacía bastante frío como hoy. Desde las alturas en donde se toman las decisiones más importantes para el país, nuevamente bajaba un aire helado que nos congelaría por unos años sin posibilidad de elegir nuestro destino; sin embargo, la canción que me guiaba hacia mi sexto reclamo del día se sentía muy cálida. Una canción de amor en francés seguramente escuchada por una jovencita enamorada. Después de tocar un rato el timbre, me dispuse a batir las palmas, fue inútil nadie salía. La dueña había quedado paralizada a tal punto que nada escuchaba, salvo a su cantante francés que le hablaba de amor para toda su vida.

—No se gaste en seguir tocando el timbre. Mi mamá no lo va a escuchar hasta que se le acabe la pila —Dijo Marita la hija de doña Lucia.

Aparecía Marita ante mis ojos y entendí con sólo verla que la radio no pararía de sonar hasta que ella se alejara. Me enamoré al verla. La enamorada no estaba dentro de la casa y por eso sonaba la radio, sólo quería verla.

— ¿A su mamá? – Dije rápidamente para disimular mi nerviosismo al conocerla

—No, Ja, Ja, Ja. Le encanta este tema y cada vez que suena en la radio se queda paralizada.

—Ah, mire estoy aquí porque hicieron un reclamo por el teléfono. ¿Usted me puede atender?

—Si, me di cuenta de que era el de ENTEL por la camioneta que está detrás suyo y el uniforme. ¿tuvo muchos pedidos de reparación no?

—Si. ¿cómo adivinó? ¿estoy muy sucio?

—No, no es eso —Mientras se sonría levemente hasta que estalló en una carcajada.

Me puse colorado y no sabía si enojarme o reírme con ella, si me enojaba perdía, decidí acompañarla en la risa sin entender bien que pasaba. Veía que me miraba los rulos y se inclinaba para contenerse.

—Perdóneme señor. Usted tiene la cabeza llena de pedacitos de cable azul incrustados entre los rulos y me causa gracia. Pareciera que se los puso a propósito para que le hagan juego con los ojos.

Me aparté hacia atrás muerto de vergüenza y empecé a sacudirme como un perro y los trocitos de plástico salieron volando como balas veloces atacando a la burlona, esto la hizo reír aún más hasta que uno se le metió en un ojo. Ahí pensé que todo terminaba, pero más se reía. Se sentó en el piso agarrándose el ojo lastimado mientras continuaba sin poder contener su risa. Empecé a mirarla absorto, era distinta a otras, no guardaba ciertas formas de aparente buena conducta, simplemente respetaba sus emociones. Me rasqué la cabeza intentando encontrar alguna forma

de seguir entablando conversación y poder sacarla de ese ataque, fue inútil. Al rascarme se cayó una tuerquita y se le metió en el escote. Ahí se detuvo por un instante, se ruborizó intentó ponerse seria, pero no pudo.

—Será mejor que vuelva en otro momento señor —Mientras seguía riendo.

Le tomé la cara y ahí me la jugué a que me diera una bofetada sin mediar una sola palabra, pero se quedó inmóvil y paró de reírse. Ninguno de los dos hablaba, le saqué la mano que tenía cubriendo su cara y le soplé fuerte dentro del ojo. Había sucedido inevitablemente, sin quererlo, ninguno de los dos habíamos hecho nada para que se produjera semejante contacto. Nos sentamos los dos en el escalón de entrada de su casa. No sabía que decirle, estaba pasando algo muy fuerte, lo sentía en mi cuerpo y en el de ella. Me gustaría poder tener la filmación de ese día y no sólo este recuerdo para verlo y saber que no estoy exagerando en la evocación. Pasaron cinco minutos y los dos seguíamos sentados sin hablarnos, sin tocarnos, sólo sintiendo y desde adentro de la casa ya nada se escuchaba, la música había parado.

—Bueno parece que mi mamá apagó la radio o se le acabaron las pilas. Toque el timbre Justo ahora tenía que llamar a la madre. Que iba a hacer la madre sino arruinar el momento. ¡Que me importaba el teléfono!

—Si claro, seguro que ahora me escucha.

—Toque sin miedo, anímese —Volvió a sonreírse sabiendo que me incomodaba.

—¿Usted cree que es necesario?

—Y si, ¿no vino a reparar el teléfono? ¿o a que vino?

—Lo que me pregunto es si su mamá sabrá donde está la caja.

—No, mi mamá no sabe. Pero sería bueno que le avisara que está el técnico, siempre le gusta estar al tanto de todo. La caja está aquí adentro, pero le voy a avisar que usted está aquí.

Se fue sonriendo y creo que sabía que no había forma que Alfredo Ricci se olvidara de ella.

Se abrió la puerta y apareció mi futura suegra, una italiana de baja estatura, pero de brazos fuertes, de mirada firme y de paso seguro.

—¿Qué necesita señor? —Dijo doña Lucia en su forzado español.

—Buenos días, señora, vengo a reparar el problema que tienen con la línea de teléfono.

—¿Usted es nuevo? Es la primera vez que lo veo por acá.

—No, trabajo desde los veinte años, lo que pasa es que don Vicente se jubiló.

—Claro, Vicente es el que venía, ese sí que sabía...bueno era un señor grande. No se enoje, pero ahora me mandan a un jovencito.

—No me enoja señora, soy joven, pero trabajo bastante rápido, hoy estuve en cinco casas y pude arreglar todo. Fíjese que todavía no comí y van a ser las dos de la tarde.

—Ah, ¿cómo que no comió?, venga para adentro que le caliento un poco de sopa, aquí siempre va a encontrar un plato caliente. Que desconsiderada que soy, discúlpeme.

—No, señora no hace falta. Por favor.

—Cállese la boca y camine para adentro, hasta que no se termine la sopa no lo voy a dejar poner una mano en esa caja de herramientas.

—Bueno, si insiste tanto debe ser muy rica su sopa.

—Usted, ¿Cómo se llama?

—Alfredo, señora

—Mire Alfredo, en toda esta ciudad no va a encontrar un plato tan rico como en esta casa. ¿sabe por qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? no pregunte más nada, siéntese y espere acá.

Me dejó sólo con los canarios en medio del patio de la casa y se metió en la cocina. Miraba para

todos lados y quería saber dónde dormiría esta piba que todavía no me había dicho su nombre. La casa tenía varios cuartos alrededor de un patio descubierto que seguro se inundaba con una fuerte lluvia y el agua entraba por todos lados, se podía ver en la madera de las puertas el perjuicio provocado por el agua. doña Lucia tarareaba la canción que escuché ese día al llegar, parecía ser una mujer feliz con cosas simples, sin hacerse grandes cuestionamientos, una mujer práctica.

—Ya se la acerco joven, ¿come pan me imagino no? —Me gritaba desde la cocina con total naturalidad.

—Si, señora.

Tenía más hijos y me estaba tratando como a uno de ellos, Marita que todavía seguía oculta en su cuarto, tenía en ese momento veinte, tres años menos que yo.

—Bueno aquí tiene, tómese todo Alfredo y hágalo despacio por favor.

—Muchas gracias, señora.

—Si usted es el que va a venir siempre arreglar el teléfono, le voy a pedir que me llame doña Lucia y no señora. Vicente me llamaba así, venía bastante seguido, cada vez que llovía. Estos teléfonos siempre andan mal cuando hay lluvia.

—Mire doña Lucia, en toda la ciudad hay problemas después de las lluvias, los cables se mojan y eso provoca los desperfectos, pero quédese tranquila que hoy se lo arreglo.

Ella me escuchaba atenta, aunque desconfiaba por mi juventud, pero también sabía que don Vicente ya no volvería.

—Terminé Señó... doña Lucia.

Después de un tiempo supe que Marita había contemplado todo mi almuerzo desde su cuarto. Estaba justo enfrente de mí, pero no la podía ver, estaba tan concentrado en la sopa que apenas sacaba los ojos del plato y además doña Lucia me entretenía con su charla.

—Muy bien joven, aquí está el teléfono. Me voy a la cocina a terminar de ordenar, usted me avisa si necesita algo.

Cuando me levante de la mesa mire hacia adelante y vi correrse una cortina que cubría por dentro el cuarto de la hija de la dueña de casa. No se asustó por mi descubrimiento y salió decidida hacia mí.

—Alfredo se llamaba y ni se presentó —Le gustaba desafiarme.

—Perdón, ¿no me llevaría hasta la caja? El aparato de teléfono no es el problema.

—Venga Alfredo lo llevo —seguía burlándose.

—Marita, dejá tranquilo al muchacho que viene a trabajar, vení a ayudarme aquí a la cocina. —
doña Lucia había revelado la identidad de su hija y la dejaba a mi merced.

—Parece que su mamá ya nos ha presentado, aunque no le pedimos que lo hiciera.

—Así es mamá, ya le dije que le gusta estar en todo. Ella tiene los ojos puestos en todos los integrantes de esta familia. Mi papá y mis tres hermanos no sabrían que hacer sin su constante mirada.

—¿Y usted?

—Soy distinta a ellos, las mujeres tenemos que estar más atentas y mirar mejor a los ojos de los otros, tenemos que ser más desconfiadas. Los hombres se creen todo y así cometen los grandes errores. A mi papá lo estafaron más de una vez.

—Y además de lo azul que hace juego con los cables que se me pegaron en la cabeza, ¿usted que ve en mis ojos?

—Veo que no sabe dónde está la caja de las conexiones telefónicas —Me hacía entrar y salir en su juego.

—Si, claro.

—Es aquí al lado de la puerta donde le había mostrado al principio. Voy a ayudar a mi mamá.

Cualquier cosa me avisa —se iba conteniendo la risa.

Como había supuesto, la caja estaba bastante húmeda, hacía una semana que había llovido, pero aún no se secaba convenientemente. Trabajé por un buen rato para dejarla a punto. No me iba a ir de esa casa hasta que quedara todo solucionado. Habían pasado tres horas y seguía trabajando. Pensaba en que decirle a Marita para poder volver a verla una vez que terminara con mi trabajo. No podía esperar hasta que se vuelvan a interrumpir las comunicaciones de la casa, debía establecer con ella un vínculo que fuera más resistente y no se arruinara con la próxima lluvia.

—doña Lucia —Le grite

La que vino en su lugar fue Marita

—No siga gritando, no va a venir. Recién empieza “El amor tiene cara de mujer”, no hay manera que lo dejé a Rodolfo Beban para venir a ver al técnico de ENTEL.

—Si, claro. Aunque por mis ojos también hay muchas que no pueden dormir.

—Seguramente, debe ser así —Lo dijo como si se tratara de algo sin importancia.

No podía dejar pasar esta oportunidad en ninguna circunstancia, aunque no hubiera hecho ningún comentario sobre mis ojos, igual hubiese intentado mi estrategia.

—Tengo en mi memoria todos los números de teléfonos de los domicilios que hice hoy; cuando llego a casa anoto al lado de cada uno las tareas realizadas hasta completar la planilla de trabajo, ni bien termino de hacer todo el papeleo, si no miro lo escrito no hay manera de recordar ni siquiera la cara de las personas que visité. Mañana por la mañana la presento en la compañía y me dan otra con el recorrido. Así que, dentro de algunas horas, supongo que me olvidaré del grato momento que he vivido hoy en esta casa, especialmente al conocerla a usted. Pero supongo que en la próxima lluvia nos volveremos a ver.

—No sé, quizás en la próxima lluvia cuando me vea ni siquiera va a recordar como me llamo.

Me acompañó a la puerta y casi que me sacó a patadas. ¿Como pude ser tan idiota pensé?,

¿porque no fui más directo? ¿Cómo le voy a decir que en un rato me voy a olvidar de ella? No hay manera de solucionar este error imperdonable. Así me fui caminando hasta la Citroneta que me daba la empresa para trabajar. Manejando hasta casa, masticaba bronca y pensaba en como decirle a Marita que quería volver a verla. Me frené en un semáforo y busqué un cigarrillo dentro de la campera y cuando saco el atado, me encuentro detrás del celofán de la marquilla, un papel con el número de teléfono y su nombre, lo sabía de memoria como le había dicho, sólo que nunca iba a olvidarme. Ella lo había dejado adrede, mientras yo le decía esa serie de idioteces para hacerme el galán. Seguramente habrá estallado en una carcajada apenas cerró la puerta.

don Carmelo, el padre de Marita y el resto de sus hijos llegaban a la casa, aproximadamente a las ocho y media de la noche, a veces alguna venta de último momento los detenía en la mueblería familiar de la calle Rivadavia, la conocida GRASSO Muebles. Valentino el hijo mayor y contador de la familia, siempre era el que guiaba el Valiant 65 de color azul, en el asiento del acompañante viajaba el copiloto, su padre. Hacía poco había cedido el volante por problemas en su visión. En el asiento trasero, detrás de su padre viajaba Lorenzo, diario en mano chequeando los resultados de la quiniela y a su lado siempre mirando el paisaje Franco, el más bohemio de la familia. Así se completaba la familia de la señorita que me había captado esa tarde y que en un simple cartón había anotado con caligrafía perfecta, la combinación de números que me habilitaba el acceso a un nuevo encuentro.

Esa noche llegué exhausto a casa, le di un beso a mi vieja y le pregunté si no se ofendía si me llevaba el plato a la cama y comía ahí; siempre le ponía un plato encima para conservar el calor. Ese guiso no se ni que gusto tenía, mientras ingresaban los bocados en mi boca toda mi atención estaba puesta en el pedazo de caja de fósforos ranchera o en lo que quedaba de ella, ahí había anotado el número Marita. ¿Qué deseaba encontrar mi mirada en esa imagen?, mis ojos capturados por el enamoramiento veían en el resto de un cartón arrugado, un lienzo que se convertía en una obra de arte luego de que seis números pintados en tinta azul aparecieran en él. Me levanté a la mañana siguiente y camino a la estación en donde me asignaban las tareas,

pensaba en la forma de contactarla. Tenía todo en mi poder, pero mi indecisión me ataba las manos y no me dejaba simplemente marcar esos seis números, durante el día discaba y probaba tantos teléfonos, pero ninguno tenía la combinación que me conectaba con ella, sólo tenía hacer lo mismo que hacía con los demás; después de todo el giro del disco sonaba del mismo modo en todos los casos, tenía que engañar a mi conciencia y hacer de cuenta que estaba probando un teléfono y de ahí salió mi idea. Lo que me costaba era dar el primer paso y ese ardid premeditado me dio la solución. Luego de terminar el reclamó la llamé.

—Hola —Era la voz de ella, se me había fijado al igual que su número.

—Buenos días, señorita la estoy contactando de la empresa ENTEL. Queríamos saber si desde el último desperfecto se presentaron nuevos problemas.

—No señor. Qué raro que me estén llamando. Nunca lo habían hecho y eso que cada vez que llueve se nos cortan las comunicaciones.

—Es que lo hemos detectado y por eso queremos mejorar las conexiones. Diagramamos un plano con todos los lugares afectados y usted está dentro de este esquema. Es una manera de acercarnos mejor a los abonados.

—Es curioso que hayan venido ayer y hoy estén llamando para comprobarlo. ¿Usted está seguro de que no se confunde? ¿No se le habrán mezclado los clientes? Quizás tuvo una mala noche y no pudo dormir bien y hoy está haciendo un zafarrancho en su trabajo. ¿No tiene miedo de que lo despidan?

Lo había hecho otra vez, me había descubierto y se estaba burlando una vez mas de mí. Eso me hacía enloquecer más aún.

—¿Miedo por hacer mi trabajo? No tengo temor. Lo que me asusta es que lo que pasó ayer sentado en el escalón de entrada a tu casa haya sido algo que imagine por las horas que llevaba sin comer. De eso tengo miedo Marita. De que en realidad no esté hablando con vos.

—Maria Grasso, me llamo señor, evidentemente se equivocó de teléfono. Buenos días.

Me cortó, no lo podía creer. Con lo que me había costado comunicarme. ¿Ahora como la remonto? No me di cuenta, era tan fácil y yo que daba vueltas como un trompo. Ella quería que la cortejara, la divertía mis intentos fallidos de acercarme hacia ella. Debía pensar una nueva estrategia, no iba a entregarse fácilmente, no había manera de que esa mujer con ese pelo rubio tan largo, con esa mirada toda celeste y con esa ropa pegada de manera perfecta a todo su cuerpo se fuera conmigo sin estar completamente segura de que yo la deseaba realmente. Esa noche no pude dormir, tenerla tan cerca y perderla en un segundo me hizo soñar despierto hasta que volvió hacerse de día. Tarde una hora en bañarme, tenía en mi cuerpo toda la batalla que del pensamiento había bajado para apoderarse de todo mi ser. Por suerte ya era sábado, conseguí prestado un auto pequeño y bien discreto, un Fiat 600 rojo, con este haría las veces de detective para averiguar sus movimientos y sorprenderla en el momento menos esperado. A las siete de la mañana estaba apostado en la puerta de su casa, sólo podía disimular mi aspecto con un sobretodo negro que me pasaba la rodilla, unos lentes y un sombrero negro tipo gánster. Si la policía con ese aspecto no me llevaba para averiguación de antecedentes iba a ser por plena casualidad. Los aires no estaban para hacerse el misterioso y andar ocultando la verdadera identidad. Los señores del poder que nos habían congelado las manos para privarnos de las elecciones estaban bastante nerviosos y veían enemigos en todos lados, tanto recelo tenían que llegaron a meterse un tiempo después en las facultades a sacar a bastonazos a profesores y alumnos. Con esa gente no se jugaba, había que tener mucho cuidado.

Marita salió a las ocho de la mañana con la bolsa para comprar el pan, al cabo de unos quince minutos volvió. Me iba a quedar todo el día a esperar el momento justo para sorprenderla y atraparla para siempre. A las ocho y media salieron los hombres de la familia en el Valiant azul. Los días sábado las mueblerías se llenan de gente, es el día de más venta. Nueve y media de la mañana doña Lucia salió con el carrito de las compras, seguramente tardaría unas horas, las mujeres aprovechaban ese día para ir al mercado y comprar varias cosas, sobre todo pensando en el domingo que era el día que más se consumía y como había más tiempo disponible, recorrer el

barrio y tomar un poco más de aire para que aguante toda la semana en donde las salidas eran más cortas. Me acomodé las solapas para salir y en eso veo que sale Marita, bien arreglada, como si tuviese una cita que le iba a llevar unas horas, sin embargo, no me amilané y la seguí con el auto hasta Directorio. Ni bien vino el colectivo ciento ochenta se subió y emprendió el viaje, ¿a dónde iría? La seguí muy de cerca, me intrigaba su destino, pero también me gustaba el juego de detective. Ese colectivo iba hacia al centro. Seguramente se encontraría con alguien a tomar un café, una amiga muy cercana, para contarle lo que había vivido esa semana. El humo de mis cigarrillos que se encendían y apagaban con tanta ansiedad, casi que convertían en una pequeña Londres el diminuto cochecito. Final del viaje, Corrientes y Suipacha. Ella caminaba de manera decidida unos pasos delante mío. Aunque tenía algo de frío, me dejé el sombrero y el sobretodo en el auto, sólo mi apariencia se ocultaba tras los lentes negros. Ella tenía unas botas negras largas y un tapado corto del mismo color, detrás de su abundante pelo se podía adivinar una polera bien alta de color claro. Las botas hacían un ruido especial al golpear el piso, un sonido que la identificaba; tenía ese carácter que se sentía en cada pisada. No sabía si adelantarme y sorprenderla o seguir contemplando y escuchando los sonidos de su andar. Se detuvo rápidamente delante de la boletería del cine GRAN REX, había una fila considerable, bastante gente. Estaba en cartel Doctor Zhivago, una de esas películas que ni dormido me hubiesen llevado, me aburrían las películas de amor, por más recomendadas que vengan. Me puse detrás de ella en la fila, sin que me advirtiera. Llegado su turno, ella pidió dos para la primera noche, al darse vuelta me encontró de frente. Tuve que sacar dos entradas para disimular. Me puse nervioso y los lentes se fueron al piso, mis más distintivos rasgos quedaron al descubierto. Mis ojos azules se convirtieron en mis más infieles delatores.

—Pero que casualidad, de nuevo aquí. ¿Se rompió el teléfono del cine? —Lo dijo de forma socarrona.

—Hoy no, se rompió hace una semana y como vi que estaban por proyectar esta película, vine hoy temprano para no quedarme sin entradas.

—Ah y ¿con quién va a ir? No me diga que a usted le gustan las películas románticas.

—No, la saque para...una vecina... si para una vecina. —No sabía que decirle me temblaba la voz

—Pero sacó dos ¿Usted la acompaña?

—Eh. No, viene con su novio, pero no podía venir porque no se sentía bien.

—El novio tiene algo que ver con el Fiat rojo que está en frente o ¿es suyo?

Me quedé helado. Sin respuesta. No sabía que decir. Simplemente no respondí. Se había dado cuenta que la venía siguiendo y disfrutaba poniéndome en aprietos.

—¿Me escuchó? ¿Tiene algo que ver?

—Sabe que, si no la incomodo podemos seguir aquí en la esquina la charla, sirven un café riquísimo.

—Imposible, me tengo que ir.

—Pero mire que se va a perder la historia del auto misterioso. Le puedo asegurar que es muy interesante. No se va a arrepentir. Son sólo cinco minutos, un rico café y de paso estamos bajo techo y no nos helamos. La confitería ideal está aquí a unos pasos, seguro que la conoce.

—No sé si corresponde que me sienta a tomar un café con una persona que apenas conozco. Mucho menos estando comprometida.

Me puse serio. Sentí que estaba jugando conmigo.

—Simplemente, le estoy ofreciendo tomar un café, quizás en gratitud más con su madre, que no tuvo más que actos gentiles hacia mí, sin embargo...

—Es verdad, mi madre es una santa y sobre todo una dama que jamás falta a la verdad.

Jugaba al ajedrez conmigo o estaba loca, un paso hacia adelante y otro hacia atrás. Llegamos casi sin querer hasta la confitería, mis pies se habían distanciado de mi orgullo herido y me

condujeron directamente a la mejor mesa del lugar, la luz que se filtraba por el vitraux del techo nos iluminaba de una manera perfecta.

—¿Pido dos cafés o desea otra cosa?

—Desearía, que no estes tan serio, al fin y al cabo, hoy es un día hermoso, sábado y estas justamente sentado con quien te propusiste.

—No es mucho ya...

—No, si aún no nos han traído el café, recién nos sentamos. Tengo unas horas todavía, luego me tengo que arreglar para la noche y venir a ver la película. ¿Tenés frío aun?

—Bastante. Mucho más que afuera, se ve que hay una ventana mal cerrada. Ya que has iniciado, te voy a preguntar cuando tienen pensado casarse.

—¿Que?... Ah si, cuando él se reciba

No podía asegurarlo del todo, pero parecía seguir con la burla y le seguí el juego y cambié mi actitud, no tenía nada que perder.

—¿Que estudia él afortunado? —retomé mi conquista

—Estudia medicina y planea especializarse en neurocirugía ¿Por qué afortunado?

—Digamos, que el futuro neurocirujano (a menos que lleve un bastón blanco para que le haga compañía) tiene una futura esposa que sería el sueño de muchos.

—No vayas a creer, no todo lo que brilla es oro.

—No me digas que sos como una de esas personas como las que aparecen en la serie de televisión Misión Imposible que tienen una máscara de goma que oculta su verdadera identidad. Por favor mientras estes acá conmigo no te la saques, tengo miedo de que aparezca doña Lucia atrás de tu disfraz.

Ambos reímos por unos minutos sin poder contenernos, todos nos miraban. En un momento sin quererlo ella volcó todo su café sobre la mesa y el mozo vino corriendo a limpiar y de paso a

cortar el clima que ya empezaba incomodar a los clientes por las risas que iban en aumento.

—Perdón —Le dije al mozo para que no se ofuscara limpiando toda la mesa, asintió y se fue.

—Bueno, basta —Dijo ella que continuaba riendo

—Está bien doña Lucia... digo Marita.

Se quedo sería al escuchar que le dije su nombre, estábamos jugando y nos divertíamos, pero comenzaba a sentirme nuevamente como cuando nos sentamos en el escalón de entrada a su casa.

—Creo que ya nos tenemos que ir —Dijo ella para poder salir de la situación incómoda que la empezaba a asustar.

Sentía que ahora por primera vez tomaba el control. Ella estaba desprotegida, completamente entregada y sin poner ningún tipo de defensas, le puse su abrigo sobre los hombros, me acerqué por su espalda y quedé inmóvil ante su perfume que era más atrapante que toda su personalidad. Salimos hasta la puerta, obviamente no aceptó que la llevara en mi auto prestado. La acompañé hasta que vino su colectivo y la vi alejarse, ella fue hasta el asiento del fondo y me miraba fijamente desde la gran ventanilla hasta que ya no la vi más.

No podía ser cierto que estuviese comprometida y cerca de casarse. No era esa clase de chicas que hubiese aceptado sentarse con alguien que apenas conocía y mucho menos después de lo que había pasado el día en que nos habíamos conocido. Decidí hacer un sacrificio más ese día. Debía saber y comprobar que mi teoría era cierta y había conocido a la mujer de mi vida. Esa noche iba ir al cine a ver una película que duraba tres horas, sólo para estar con ella y desenmascararla totalmente y dejarla desnuda ante mí, sin más nada que oculte sus reales sentimientos. Debía mostrarme también sin ningún antifaz que ocultara mi verdadero ser. Devolví el auto. Me fui a casa, abrí la heladera, la vieja me había dejado al igual que siempre un plato cubriendo los fideos con salsa. Me los calenté en la olla, sin hacer demasiado ruido para no despertarla de su siesta, con todas las idas y vueltas eran más de las tres de la tarde. Luego me fui a bañar. Ahora venía la

parte más importante, la pilcha de esa noche, debía ser impactante. Tiré todas las corbatas que tenía arriba de la cama, eran tres; luego camisa blanca y traje y zapatos negros. Lo llamé al petiso Guzmán para que me aguantara y me llevara hasta el cine. El petiso siempre me salvaba, desde que jugábamos en la séptima división en San Lorenzo. Si hubiésemos continuado jugando quizás llegábamos a primera y hoy no estaríamos arreglando teléfonos, pero no teníamos la disciplina de Carlos, ese sí que era pata dura, pero tenía una moral a toda prueba, se la pasaba estudiando. Todos nos íbamos del entrenamiento y el seguía practicando, hacía dibujos como si un partido fuese una guerra, los llenaba de flechas que iban de un lado a otro que sólo el entendía. Él llegó a primera y además se recibió de médico, claramente hizo con su vida mucho más de lo que hubiésemos imaginado, sobre todo cuando nos íbamos de joda a los bailes y él se iba a acostar a las nueve de la noche. Era un sabio y nosotros unos pibes que queríamos vivir una vida como cualquier muchacho normal de esa época, él fue un adelantado, un fuera de serie.

A las seis de la tarde ya estaba listo. Le toqué el timbre a mi amigo y acá venía la mejor parte.

—Que pinta Alfredito, ¿Te vas de joda con la minita?

—Ninguna minita y más respeto. —Lo frené para que no piense que se trataba de una más.

—Bueno no te enojés che ¿A dónde es la cosa esta noche?

—Vestite rápido petiso, me tenés que salvar por favor —Me arrodillé y estábamos casi a la misma altura.

—Espera un poquito, me pediste el “fitito” a la mañana y lo entregué sin chistar, ahora me tengo que cambiar y salvarte. ¿No me vas a encajar otra vez la fea no?

—No, te juro que no, hoy es distinto. No me podés dejar a gamba, te lo voy a recompensar.

—Siempre me decís lo mismo, si cobrara por cada una, ya tendría un mercedes, no éste que apenas entramos dos y si nos amuchamos —Se ríe y se mete en la casa.

Mientras lo esperaba me lustraba la punta de los zapatos rascándome las pantorrillas para darles

lustre, me había puesto mucha gomina para aplastar los rulos, aunque alguno se escapaba mostrando la rebeldía que sus otros empastados amigos no podían moverse al estar pegados contra su voluntad. Las siete y el petiso no aparecía, la película empezaba a las ocho y cuarto, pero previamente tenía que hacer un reconocimiento del terreno, si todo salía como esperaba el pobre Guzmán se iba a volver a clavar y seguramente no me iba a hablar por un mes, como la última vez que se tuvo que bancar a la amiga poco agraciada de mi conquista.

—Al fin viejo. ¡Una hora! Tardaste. Se ve que tenías deudas pendientes con el jabón.

—Pero hacerme el favor. Todos los días me baño querido. Dale subite al auto.

Guzmancito tenía un gusto bastante particular. Supongo que para llamar la atención y ocultar su complejo de inferioridad. Corbata azul con unos lunares blancos de un tamaño semejante a la misma luna. Traje gris a rayas blancas, por suerte el traje era un poco más sobrio. Con la camisa ponía la frutilla al postre, un color entre naranja aguado y marrón otoñal. El tipo era una paleta de colores andante. Seguramente cuando me encontrara con Marita lo descubriría a Guzmancito antes que a mí. Cuando nos bajamos del auto le conté parte del plan.

—Mirá, vos seguime en todo lo que yo diga. No abras la boca a menos que yo te pateé.

¿Estamos?

—Estamos. Pero adelantame algo.

—Le hice un chamuyo y lo voy a tener que arreglar ahora. Vos quedate callado por favor.

No le dije que íbamos al cine, sino me mataba. Cuando nos ubicamos en la fila para entrar, me quería matar. Lo agarré del cinturón para que no se me rajara.

—Mas vale que la amiga esté buena. Te mato Alfredito, te juro que te mato.

—Vos, dejame a mí, la película esta no es lo que parece, ganó un montón de Oscars. Igual una hora y media pasa rápido, pensá en lo que vamos a hacer después.

—Si, si, seguí, mirá que la flaca no apareció todavía. Reservate la poesía para después, no vaya a

ser cosa que te rompas en el calentamiento previo. Ja, Ja, Ja.

Me puse a mirar en todos los sentidos y no la veía por ningún lado. El que había armado el cuento de las entradas era Alfredito. Marita iba a venir con alguien, con la amiga o con el neurocirujano. Eran las ocho y no aparecía. No entendía, ¿cuál era su juego?, quizás le había pasado algo y no había podido llegar.

En un momento veo aparecer ante mis ojos una mujer salida de una tapa de revistas, el pelo bien rubio, era la réplica de Marilyn, pero de más de un metro ochenta de altura, casi más alta que yo, todos la miraban, el petiso me agarró del pantalón.

—Che, no me digas que esa es la mina que te come la cabeza.

—No petiso, es la que está al lado de ella.

Guzmancito estaba atónito, su amigo no lo había estafado por primera vez en los diez años que se conocían. Ya éramos dos tipos jóvenes llegando a los veinticinco y con el boleto para subimos al tren que seguramente ya nos llevaría por muchos años a viajar un largo recorrido en donde uno termina pasando toda la vida hasta que descarrilla o finalmente se queda sin carbón.

Marita me miró y se sonrió al ver al petiso Guzmán.

—No me digas nada, este es el novio de tu vecina que hoy a la mañana te prestó el auto, ahora él se mejoró y ella cayó en cama y no te quedó otra que acompañarlo para no perder la entrada.

Casi que no podía aguantarme la risa.

—No es exactamente así. Él es Atilio Guzmán, el hermano de Digna Guzmán, la vecina más buena del barrio.

El petiso me clavaba la mirada, su hermana era la burla del barrio, era más baja que él y un poco retraída. Si me extralimitaba me iba a dar una buena piña en el medio de mi preciosa nariz sin que le diera la más mínima vergüenza la cantidad de gente que seguía llegando en decenas para no perderse el principio del filme.

—Lo que sucede es que se agarraron una gripe los tortolitos, Digna y su novio Serafín. Así que para que ella no se quedará triste por la plata perdida, nos vinimos con Atilio que es como mi hermano, cuando éramos pibes jugamos en las inferiores de San Lorenzo.

—Ah, mirá que casualidad.

El petiso no dejaba de mirarla a la Marilyn Argentina.

—Son todas casualidades, Mónica mi amiga tampoco iba a venir, lo que pasa que doña Lucia hoy a la tarde no se sentía bien y la tuve que llamar de apuro para que me acompañara. La que más tenía ganas de ver a Omar Sharif era mi mamá, pobre.

—Bueno vamos avanzando.

Cosa increíble, el petiso se le puso a hablar a Mónica y ella le seguía la charla. Aproveché y me adelanté y cuando llegamos junto con Marita a las ubicaciones, nos sentamos los dos juntos. El petiso me guiñaba ampulosamente el ojo, como acostumbraba a hacer en las partidas de truco y que siempre lograba hacernos perder por su falta de discreción para disimular cuando venía la buena. Estaba donde quería estar y el Petiso también.

La película duraba más de tres horas y yo ya lo sabía. Tenía que hacer algo en todo ese tiempo que valiera la pena el esfuerzo sobrehumano. Un drama terrible y por momentos lacrimógeno. Tenía mis sentidos tan concentrados en Marita que no había posibilidad de que me durmiera. Compartíamos el apoyabrazos de la butaca y el calor de su piel despertaban a los habitantes que cubrían mi brazo, un ejército de bellos todos erguidos y dispuestos a entrar en un contacto más profundo con la dama que dejaba sus misterios olvidados con cada pulsación de su corazón. Logré tomar valor y le agarré la mano, se la cubrí totalmente con la mía, quería protegerla de lo que fuera, sentía una fuerza inconmensurable. Tenerla tomada de la mano me daba todo lo que necesitaba. Una experiencia única. Aquella tarde en nuestro primer encuentro había caído el rayo inmovilizador, ese que hace que tu alma ya no divague en búsqueda de su complemento. Todo lo que deseaba estaba ahí. La luz se encendió, malditos intervalos que ponen en películas tan largas.

Me volteé hacia atrás y el petiso tenía toda la cara cubierta con restos de pintura de labios. Duro como una estatua estaba como si nada pasara, los particulares tonos que había seleccionado para su atuendo estaban celebrando una fiesta al ver el nuevo color que los acompañaba y completaban el cuadro de un pintor sin una pizca de talento, pero lleno de emoción por la noche sorpresiva jamás imaginada. Los cuatro salimos a fumar unos cigarrillos y a comprar unos chocolates mientras duraba el corte programado. En un momento dejé de verlos y sólo estábamos con Marita en el medio del salón. Sentía como si se hubiesen apagado todas las luces y sólo nos enfocara un reflector. La comencé a sentir mía, como si ya nadie pudiese tocarla de ningún modo. La tomé y comencé a bailar con ella muy juntos, sin querer soltarla, sintiendo el miedo que si no lo hacía la perdería para siempre.

—Hola —Me dijo para despertarme de mi sueño

—Hola, estoy acá. Me puse a pensar en donde se habrán metido Mónica y el petiso.

No me dejó terminar de decir las últimas frases y me rodeo con sus brazos, cruzó sus manos por detrás de mi cuello y mientras me acariciaba la nuca, se puso en puntas de pie y me besó, no quería que le mintiera más, sólo quería que los cuerpos se conectaran y fueran todo lo honestos que mis palabras asustadas mutaban a mensajes inválidos. Dieron sala, todos los espectadores ingresaron en el cine y nosotros nos quedamos ahora si iluminados por el reflector que yo había imaginado minutos antes. Cuando volvimos de nuestro viaje apasionado, nos vimos obligados por los acomodadores a abandonar el cine. La función había terminado.

Salimos del cine y la invité a comer, pero se negó, la noche ya no estaba tan fría, al menos para nosotros dos. Comenzamos a caminar, mientras conversábamos y nos reíamos de lo que fuera, de la gente, sobre todo. De las parejas viejas que se nos cruzaban sin hablarse. Estábamos felices, no podíamos imaginarnos desprovistos de juventud, eso vendría dentro de mucho tiempo o quizás a nosotros nunca nos llegaría, nuestra inmortalidad de esa noche nos permitía imaginarnos cualquier fantasía y convertirla en real. Con alguna excusa nos deteníamos en cualquier vidriera, sólo para besarnos hasta donde se podía y no hasta donde deseábamos. La moral y las buenas

costumbres establecidas, estaba muy lejos de nuestros sentimientos esa noche. Sólo casarnos esa misma noche nos hubiese permitido avanzar hasta el final de nuestros deseos y luego al amanecer volver a casarnos y seguir así. La dejé en la puerta de su casa, pasaban las tres de la mañana. Según lo acordado previamente ella a estas horas debía estar durmiendo en la casa de los padres de Mónica, junto a su amiga. Pero me parece que la modelo y el petiso estaban metidos en alguna cueva oculta. Al menos la casa del petiso estaba toda oscura y sin síntomas de vida adentro de la misma.

—Bueno no voy a decirte hasta la próxima visita técnica

—Alfredo, tengo que serte totalmente franca —Parecía asustada.

—Decime.

—No es algo que deba preocuparte, pero a mí sí me preocupa un poco.

—Es por el neurocirujano ¿no? Finalmente era cierto.

—Es por él, pero no como lo imaginás. Tito está obsesionado conmigo y es una buena persona, pero no puede entender que no quiero estar con él.

—¿Te molesta? ¿Te persigue? Será cuestión que hable con él para ponerlo al corriente.

-No entendés, Tito no se va a asustar porque le vayan a gritar fuerte o le den un golpe. Él es un idealista, un tipo que quiere cambiar el mundo. Nos conocemos desde el colegio secundario. Tito Espinoza era siempre el que defendía los derechos de sus compañeros. Vivía en la dirección. Amenazaron muchas veces con expulsarlo. No se adaptaba a la autoridad. Pero siempre tenía razón en sus reclamos, aunque no le importaba hasta donde llevar sus discusiones con tal de lograr sus objetivos. Me enamoré ni bien lo vi, sentía que con él podía recorrer el mundo, que él sólo podría conseguir lo que quisiera. Luego fuimos creciendo, él entró en la facultad y se alejó al principio de mí, me dijo que había cosas más importantes que el amor, que la Argentina estaba en peligro y que debíamos hacer algo para remediarlo. Aunque lo entendí me asusté un poco, me parecía que la vehemencia de su adolescencia lo podía poner en serios problemas en la vida real.

Ahora están los ánimos tan alterados que me da mucho miedo por él y también por mí. No quiero estar con él y quiero que abandone sus ideas, pero no me escucha.

—¿Él te llama muy seguido?

—Últimamente no tanto, pero sé que cuando se entere de lo nuestro no va a poder aceptarlo. Él siempre está armado.

—¿Tus padres están al tanto de todo esto?

—No les dije, no los quiero preocupar.

—Mirá es cierto que las cosas no están bien. Estos tipos están haciendo un verdadero desastre en nombre de la moral, las buenas costumbres y todo el palabrerío...pero el camino que emprendió tu amigo puede ser muy peligroso. Lo siento mucho por él, pero sólo me interesas vos, quizás por el poco tiempo de nuestra relación, no me creas demasiado lo que voy a decirte, pero hay una conexión muy fuerte y real entre ambos, no voy a dejarte, quiero que lo sepas. Mucho menos después de lo que me contás. Seguramente él sabe que no estás de acuerdo con sus métodos de lucha, no va a lastimarte y tampoco lo va a hacer con el tipo que te.... —no pude seguir, me sentí asustado de decirle que me había enamorado de ella.

Ella solamente me abrazó, muy fuerte. No podía zafarme y no lo quería hacer. Ella estaba asustada. En todo este corto tiempo no me había demostrado emoción semejante. Se hizo de día y estábamos sentados en el mismo escalón donde todo había empezado.

—Vamos a desayunar, seguramente estás muerta de hambre, no comemos hace horas.

—Dale, pero no tardemos demasiado, a las once tengo que estar de vuelta para ayudarla a mamá con la pasta del domingo. Ja, Ja, Ja.

—Tomemos un colectivo y alejémonos un poco, así ningún vecino anda con cuentos inconvenientes.

—Hecho.

La llevé hasta la confitería Las violetas, el aspecto principesco del lugar me invitaba a pasar estas últimas horas antes de nuestro próximo encuentro; un espacio digno de mi nueva compañera. Recién estaban abriendo, había muy pocas personas sentadas, así que pude elegir una mesa pegada a la ventana para que nos siguiera iluminando y renueve las energías para lo que vendría. Enfrente nuestro, esas obras de arte plasmadas en esos amplios vitrales hacían una vista exquisita. Pedimos un desayuno abundante para aplacar nuestras horas de ayuno. El mozo con un andar acorde y sin desentonar en el palacio, nos alcanzó las delicias y las depositó una a una sobre la mesa. Nos concentramos en las medialunas y nos olvidamos de cualquier formalidad, las devoramos casi sin hablar, pero con una sola mano. Nuestras manos derechas estuvieron pegadas desde que nos sentamos hasta que nos fuimos.

De pleno Almagro nos fuimos otra vez para Flores, las once menos cinco. La dejé en la esquina luego de darle un último beso, la seguí con mi mirada hasta que me hizo un último saludo meneando su zapato antes de ingresar a la casa. Esta era Marita, un ser sorprendente y divertido a cada paso, aunque las situaciones fueran complejas ella siempre encontraba la forma de hacerme sonreír.

Me fui caminando a casa, no estaba cansado, estaba en plena tensión. Me preocupaba mucho Tito Espinoza, un idealista puede ser mucho más peligroso que un hombre enamorado. Su lucha contra los hombres de hielo no llegaría a buen puerto y Marita podía salir lastimada, aunque no lo quisiera. Me fui pateando por Camacué y cuando me quise acordar había caminado las casi veinte cuadras que nos separaban. Legué justo para comer con mamá.

-Llegaste a tiempo, ya me estaba empezando a preocupar. No podía ser que no vinieras a comer y no me avisaras. Ayer prácticamente no nos vimos. Vení sentate. Vaya a saber a dónde anduviste toda la noche. Mejor no pregunto. Lo que te digo es que después de comer te vas a ir directo a la cama. No me gusta esa cara, cansancio puro.

—Si, mamá —Cuando me senté no podía moverme más, toda la semana se me había caído encima.

—¿Saliste con una chica? —preguntó ansiosa

—Dijiste, mejor no pregunto. Salí con el petiso.

—Ah, siempre con el petiso últimamente. A que lugares te llevará ese mujeriego

—No le caigas a Guzmancito, después de todo no me obliga a nada que no quiera.

—Las compañías, nene. Ahora hay que cuidarse de con quien uno frecuenta. ¿Llevaste los documentos no?

—Si, siempre hay que cuidarse. Antes y ahora también. Por favor no empecemos una charla política ahora. Estoy cansado.

—Todo empezó con ese tipo y su mujer regalando la plata a los que no tenían, a costa de los pobres laburantes y guarda que se te ocurra criticar o hacer algún comentario de la señora. Te denunciaban. Lo sabes muy bien.

—Si, Mamá, pero lo que vino después no fue mejor. Ahora ni siquiera podemos elegir.

—Se dice que quiere volver, por eso hay tanto lío, se matan entre ellos por el poder. Por qué no se queda dónde está, demasiados problemas nos trajo ya. Vos no los defiendas. Bien que tuviste que leer los libros de la vida de la señora. Me acuerdo cuando murió, todos con el brazalete negro, era obligatorio, lo sintieras o no. Estamos en dictadura ahora y antes también. Ahora empezaron los sindicalistas a hacer paros para desestabilizar el país, todas órdenes del general. Hace más de diez años que no está y todavía sigue influyendo.

— Mamá, todavía no pude probar bocado, por favor hablemos de estas cosas en otro momento.

—Si, tenés razón, al fin y al cabo, no vamos a arreglar nada desde aquí.

La charla con mi vieja me había puesto más nervioso aún, tenía razón. La política estaba muy metida en la cotidianeidad y nos crispaban los nervios día tras día. Muchas veces prefería no hablar para no amargarme o no meterme en líos. Trataba de disfrutar la vida y no ir más allá de la orilla, meterse en el mar profundo podía significar no volver si este se embravecía. Terminé de

comer y fui acostarme, casi como una necesidad ineludible. Conocer a Marita me había modificado totalmente, aunque me asusté con lo que me contó, eso es cierto, pero no iba a dejarla ir. Luego no recuerdo que pasó, seguramente fue un sueño. Mi cama empezó a descender, comencé a sentir como se desintegraba el parqué de mi habitación, sin reacción observaba todo lo que pasaba. Las paredes empezaban a rasgarse a mi alrededor mientras seguía bajando hasta que finalmente todo se detuvo. Sentí frío, mucho frío. Me levanté y comencé a correr en la nieve y al fondo se podía visualizar un abrigo en medio de la blanca inmensidad, pude llegar hasta él y me pude cobijar, era un tapado similar a los que había visto en la película. Estaba sólo en el medio de la nada. Luego un tipo con un arma la perseguía a Marita, ahí empecé a correr como un desesperado, las balas empezaron a salir de la pistola y Marita gritaba con cada fogonazo. Ella seguía corriendo, aunque cada vez más maltrecha por los proyectiles recibidos. Finalmente la mató y se quedó a esperarme. Me apuntó y la bala no salió. Me asusté y me agaché.

—Quedate tranquilo que tu castigo no será la muerte, tu calvario empieza ahora, acostumbrarte a vivir sin ella.

Había sido un sueño. Era de noche, miré el reloj y pasaban las siete de la tarde. Encendí un cigarrillo, lo único que veía era ese pequeño punto incandescente de la punta de mi pequeño y efímero compañero. Jugaba con él y lo movía hacia todos lados intentando iluminar mi oscuridad repentina. De repente todo lucía oscuro. Este tipo se presentaba como una amenaza en mi vida. Por qué seguir con esta historia, apenas la había visto dos veces, no tenía mi dirección. Cambiaría mi asignación con otro compañero de la zona, no necesitaba meterme en semejante lío. Lo de Marita quizás fuera un encandilamiento por su belleza y su simpatía. El amor es otra cosa. Estaba decidido, me metí en la ducha y luego lo fui a buscar al petiso, no podía irme a dormir nuevamente. Tenía que hablar con alguien.

—Guzmancito, ¿Como te fue ayer?

—Una maravilla hermano -Me abrazó y me besó

—Pará, soltó ¿Qué te pasa?

—Es que estoy emocionado, la mina es una bomba, es muy canchera, no quiere compromisos. Es muy moderna, a mí me gustan así.

—Ah, ¿pero ya está?

—Sí, no esperas que me case con esa preciosura. Debe tener puntos para salir todos los días. La piba vive bien su vida. No la juzgo para nada, es lo que hago yo. Ni siquiera le pedí el tubo. Sabíamos que era pasar el rato y listo.

—Qué raro Marita con esas amigas.

—No es amiga de Marita, es una vecina del barrio que le hizo la pierna porque la vieja no podía ir, ¿te acordás? Es más, ni idea tiene de tu novia. ¿Te pusiste de novio ya no? Se te nota la cara de otario. Ja, ja, ja, ja.

—No, avisá. Pero Marita es una mina que vale oro en polvo. No es una más, es una piba seria. Eso me tiene mal. No sé si tengo ganas de engancharme ahora en algo serio.

—Ah, entonces me estas chamuyando, están de novios.

—No, gil. Pero vamos camino a eso. Acompañame a lo de los Navarra. Quiero tirar unas carambolas y despejarme un poco.

—Si Alfredito, vamos que no tengo nada que hacer como siempre, a su disposición jefe.

—Soy tu jefe.

—En el laburo, acá no. Dale vamos

El petiso era un tipo sensacional, era el sostén de la casa. Su hermana no sólo era poco agradecida en lo exterior, tenía un pequeño retraso y no tenía novio como le había inventado a Marita. Los padres de los dos hermanos los habían dejado cuando apenas Atilio estaba por terminar el secundario. En San Lorenzo todos coincidían en que iba a ser una figura notable. Se tuvo que poner a laburar en serio y dejar los botines. No podía con todo, aunque hacía todo el esfuerzo que

podía. En los entrenamientos cada vez rendía menos hasta que lo fueron relegando y ahí encima de pelearla hasta al final empezó a salir de noche y terminó de sellar su carrera. El siempre con la misma alegría, nunca se quejaba de verdad, hacía un poco de circo para hacerme reír. En vez de ayudarlo lo iba a buscar con las chicas para salir cuando todavía la descocía. Habrá sido mucho para mí también, quizás lo envidiaba, él era mejor que yo, jugaba en mí misma posición, pero era más astuto y veloz. Creo que me di cuenta de que por más que insistiera nunca iba a llegar a primera, hay que tener un carácter que yo no tenía, el petiso si tenía todas las condiciones, pero... Como digo siempre el único que llegó fue Carlos.

Nos quedamos jugando hasta que cerraron el boliche. No le pude decir nada de lo que me había pasado con Marita, la figura de Tito Espinosa era mucho más grande en mi imaginación supongo y por eso lo ocultaba, como cuando era un pibe, que parecía que, si no hablabas del problema, este desaparecía.

Me propuse olvidar a Marita, tomaba más trabajos de los que podía realizar en un día. Quería poner la mente en otra cosa. Taparme de laburo. No pude aguantar más de una semana. El viernes siguiente cuando terminé con mi último reclamo me fui con la Citroneta hasta la puerta de su casa. Eran las seis y media de la tarde, podía tocar el timbre tranquilo, doña Lucia estaba contemplando como todas las tardes al señor Beban, los hombres de la casa trabajando. Si estaba en la casa seguramente iba a salir la única que podía abrirme la puerta.

—Hola —Estaba sorprendida al verme.

—Hola —Me hice el desentendido.

—No tengo mucho tiempo porque tengo que salir, el teléfono está en perfectas condiciones.

—Marita, sé que debí haber llamado, pero... esta semana.

—Te asustaste Alfredo, no me mientas. No tenés porque hacerlo. La situación que te comenté es seria, era lógico que no vuelvas. ¿me sorprende que estes aquí? ¿para qué viniste?

—Porque quería verte. Vine porque no puedo sacar tu cara de mi espejo. Vine porque te veo en

todos lados. Vine porque te extraño. Vine porque quiero estar con vos. Vine porque a esta hora sé que estás sola y sabía que me abrirías la puerta.

—Es muy complicado Alfredo. Hoy me llamó Tito, dentro de muy poco va a haber una protesta estudiantil en Córdoba y él se quiere sumar. Estoy preocupada por él. No quiero que vaya. Pero a su vez le dije que no quiero que me llame más. Quiero estar sola. Alfredo ándate vos también. Por favor.

—No entiendo, que tengo que ver con él, porque me debo alejar.

—No debes estar cerca mío Alfredo, Tito no va a entrar en razones. Va a venir en cualquier momento.

—Ah es eso y vos tenés miedo que me pegue un tiro. Lo que no entiendo es cual es la relación que vos tenés con él, ¿siguen de novios? Cual es lugar que ocupo en esta historia.

—Ninguna Alfredo, mentís igual que el, en otro sentido. Andate.

—No, ahora no me voy a ir. La que miente ahora sos vos. Ya te expliqué lo que pasó, pero ya está, no podés seguir castigándome. Decime sinceramente y te voy a creer. ¿Realmente querés que me vaya o me estás cuidando?

Marita, quería contener sus lágrimas y lo lograba. Estoicamente sus ojos resistían sin humedecerse, pero la irritación de estos delataba la emoción que ella quería atrapar y no dejar escapar. Se quedó quieta mirándome. Se veía tan desprotegida, tan asustada por lo que fuera a suceder si venía mi oponente. No había manera de que me resistiera y no la abrazara, ella me tomó las manos muy fuertes para que no la suelte y me transmitía con su cuerpo el deseo y el mandato que ese abrazo debía ser el comienzo de algo real, ya no había tiempo de ir hacia atrás o la tomaba con toda el alma o me alejaba para siempre. Tito no apareció esa noche y no tuve noticias de él hasta que finalmente se produjo la protesta estudiantil.

Estaba por salir a trabajar y escucho en la radio lo que intuía que iba a pasar. La protesta se salió de control y hubo una fuerte represión policial, estaban anunciando que había heridos, pero no

confirmaban los nombres. Me estremecí, pensé en Marita y si el tal Tito no sería uno de los afectados en el incidente. Quizás había personas muertas y no lo informaban. Llamé al trabajo y dije que mi vieja no se sentía bien y que la iba a llevar al médico. Tenía que hablar con Marita. La llamé y se alegró al escucharme y me pidió que fuera a verla. A mi vieja la saludé como todos los días y me fui corriendo veinte cuadras para saber que había pasado. Cuando llegué estaba exhausto, pero los nervios me habían impulsado sin pensar y quería llegar tan pronto como pudiera. Marita me hizo entrar a la casa. En el medio del patio estaba sentada doña Lucia, su mirada expresaba claramente estar al tanto de toda la situación.

—Buenos días, doña Lucia.

—Buenos días querido. Sentate por favor, voy a alcanzarte un vaso de agua.

—Gracias, doña Lucia, lo necesito.

—Alfredo, Mamá está al tanto de todo y nos va a ayudar.

—Tomá un sorbo de agua por favor. Ustedes son muy jóvenes, muy impulsivos. Piensan que todo lo pueden resolver. Vi morir mucha gente en Italia cuando era chica. Se que aquí vienen tiempos muy difíciles. Aquí va a haber una tragedia grande, lo se.

—Mamá por favor quédate tranquila.

—No estoy tranquila Marita, se de lo que estoy hablando. Vos sabes que cuando empiezo a hablar y advertirlos es porque lo estoy viendo antes que todos ustedes, como siempre. Sabes que tengo razón. Como cuando le dije a tu padre que su íntimo amigo lo iba a traicionar y tuvimos que empezar de nuevo. Luego lo volvieron a estafar y no me escuchó cuando le dije que no compre ese local para la mueblería. Pensó que su otro amigo italiano no le podía fallar y le falló. Marita me estoy sintiendo muy mal, por favor traeme las pastillas que están arriba de la heladera.

—Si mamá — Marita se metió en la cocina y no lograba encontrar rápidamente lo que le había pedido la madre.

doña Lucia me hizo sentar al lado de ella y me tomó las dos manos.

—Alfredo ya lo sé todo, por eso le pedí a Marita que vinieras. Cuando entraste a esta casa, sabía que eras el único que podía ayudar a mi hija. Necesito alejarla de ese muchacho, no sabe en donde se está metiendo, sé que lo van a matar. Lo veo claramente. Mi hija no te lo ha contado, pero siempre he tenido la suerte o la desgracia de ver un instante antes que los demás, lo que iba a pasar. Mi marido no me toma en cuenta. Le han pasado miles de cosas, pero no va a aceptar que su mujer le maneje sus decisiones, aunque se siga equivocando. Así fue como chocó cuando la vista le empezó a fallar y le advertí que no lo hiciera más porque íbamos a tener una desgracia. Por gracia de Dios el auto quedó destrozado y el no tuvo grandes complicaciones. El nuevo auto que compramos el año pasado después del accidente no lo tocó ni una sola vez. Le hice jurar a mi hijo mayor que se ocuparía del asunto y así fue.

No podía ni siquiera respirar por lo sorprendido que estaba por toda esta nueva situación. doña Lucia era la jefa de la familia, pero dado que don Carmelo era el hombre de la casa y el que traía el sustento, su astuta mujer debía encontrar los mecanismos para que las cosas funcionaran y que el crédito se lo llevara el o al menos no se notara que las grandes decisiones pasaban por la cabeza de esa mujer que tenía el don de ver más lejos que cualquiera de todos nosotros.

—Mamá las pastillas no las encuentro. ¿Estás segura que están acá en la cocina?

—Marita por favor fíjate si no están en mi pieza —doña Lucia quería hablar conmigo sin que su hija la escuchara.

—Alfredo, tengo que pedirte algo. Si estás dispuesto hacerlo me tenés que contestar con la verdad. Creo no equivocarme en ver que estas deslumbrado por Marita ¿es así?

—doña Lucia, no sé qué contestarle. Me pregunta algo que ni siquiera hablamos seriamente con su hija.

—Alfredo, si la querés a Marita de verdad no la podés abandonar. Si no estás seguro te pido que no vuelvas más por aquí. Ella va a pedirte algo, por favor pensalo bien antes de contestarle.

No salía de mi asombro, no pude contestarle. Estaba bastante asustado, pero no quería alejarme de Marita. No sabía lo que me iba a pedir. Recé para que cuando venga con la pregunta trascendental pudiera responder afirmativamente. doña Lucia me estaba poniendo en un lugar muy importante, recién estaba comenzando una relación con su hija y sentía que iba a ser la relación de mi vida, pero de repente las circunstancias adversas me hacían ver todo de una manera complicada y tenía el impulso de irme y no volver más, aunque no podía moverme de la silla. No podía determinar si no me quería ir o estaba paralizado por el compromiso.

—Marita, por favor vení, ya me siento mejor. Dejá las pastillas.

Mientras esperábamos a Marita, nos mirábamos sin hablar. Los ojos de doña Lucia no eran amenazantes, ni sentía que me presionaban. Eran los ojos de una madre que no se equivocaba en sus apreciaciones humanas. Con su mirada me pedía que acompañara a su hija, aunque fuera peligroso, porque ella podía ver que mi vida sin Marita sería una vida totalmente gris y sin ninguna pasión. Marita se sentó al lado mío y le pidió a su madre que no se fuera.

—Alfredo quiero que me escuches atentamente todo lo que voy a decir. Luego podés hacer lo que desees, pero te pido que me permitas contarte toda la situación.

Asentí con la cabeza y tomé mis dos manos en actitud de aparente relajación, pero ambas querían tomarse firmemente y en un rezo pedir que mi amor no fuera lo suficiente ingenuo como para guiarme a un destino sin retorno.

—Tito me vino a ver la noche en que pensamos que no lo haría por el horario. Luego que me dejaste, me quedé mirando desde adentro hasta que vi que te alejabas en un taxi. Seguido a eso la cara de Tito aplastándose y deformándose contra el vidrio de mi puerta. Era sorprendente ver los rasgos desfigurados por el contacto, del que fuera hace unos años la persona que más admiraba. Contrastaba con la tenue expresión que aún quedaba en mi rostro por haber compartido esos últimos momentos contigo.

—Marita por favor, decile a Alfredo todo, él va a saber comprender.

La ansiedad de doña Lucía llegaba a inquietarme, comencé a rascar con la uña la pintura de la silla de metal en donde estaba sentado. La silla ya tenía unos largos años y lucía bastante desmejorada en su aspecto, nadie notaría como seguía dañándose esa noche, no por el paso del tiempo sino por la agresión que sólo podía depositar en ese pobre objeto desprotegido y próximo al recambio. Marita la miró a su madre de una manera como pidiéndole que, si no se limitaba a acompañarla en silencio, la dejara sola.

—Continuo —Marita miraba a su madre nuevamente para que no volviese a hablar.

—Si por favor —Asentí

—Le abrí la puerta y el empezó a hacerme preguntas inquisidoras. Intentaba descubrir lo que no quería revelar, hasta que finalmente se lo dije. Le conté lo que me había sucedido al conocerte, quizás me tomé más atribuciones de las debidas, pero sinceramente es lo que siento. Supongo no equivocarme y si lo estoy haciendo cuando termine voy a pedirte que ya no regreses. Tito se enfureció, le pedí que saliéramos a la calle para no despertar a la familia. Los dos salimos y caminamos unas cuadras y nos acercamos a la parada del colectivo como para no despertar sospechas de dos personas caminando sin rumbo fijo a esas horas de la noche. Le pedí que entendiera que no deseaba a estar más con él, que lo había decidido hacía tiempo y que el conocerte me estaba dando el valor de poder decírselo. Lo miré fijamente y le dije que él también me había abandonado hacia algún tiempo también. Al escuchar estas últimas palabras, bajo su cabeza como aceptando que los dos estábamos separados y no lo habíamos podido confesar hasta esa noche. Sin embargo, Tito me dijo que no había amado a nadie tan intensamente y no creía poder volver a enamorarse de una persona como lo había hecho conmigo. Apesadumbrado y sorprendido por su reacción pasiva ante la llegada de otra persona que ocuparía su lugar, se sentó en el cordón de la vereda y lloró. Lo abracé y no pude contenerlo y también dejé mi cuerpo libre a la expresión. Se estaban terminando los hermosos y cándidos años de la adolescencia en esta relación. Él sabía que no compartía sus ideas, aunque comprendía la nobleza de sus actos. En este tiempo él no puede compartir su vida de manera sentimental con nadie. Lo sabe y creo que

por eso se serenó y lo tomó de una manera civilizada. Pasaron las horas y se empezó a hacer de día, me comentó de manera escueta sus actividades para no comprometerme. Al final y antes de subirse a su colectivo me dijo casi sin querer que su viaje a Córdoba lo iba a cancelar, que no creía conveniente exponerse en esta ocasión, lo mire para encontrar en esa afirmación algún dejo de ocultamiento, pero volvió rápidamente su mirada para no darme oportunidad a la repregunta. Me vine caminando y entré sin hacer el más mínimo ruido, si me hubiese visto mi papá o mis hermanos se hubiese armado un lío grande. Me fui a acostar, mientras intentaba conciliar el sueño, pensaba en Córdoba, recordé que cuando tenía doce años habíamos ido con mis padres unos días en diciembre antes de las fiestas. Me dormí pensando en las tres cascadas que caen naturalmente y me habían dado una sensación de enorme felicidad cuando estuvimos en Ascochinga.

Marita subió involuntariamente sus dos piernas arriba de la silla y las rodeo con sus dos brazos, como si estuviera atesorando y a la vez abrazando esa nena que era muy feliz al cuidado de su familia en esos días.

La radio estaba con el volumen bajo y doña Lucia se levantó como para terminar de completar la noticia que Marita no terminaba de darme. El periodista hacía una descripción de los daños producidos en la ciudad y confirmaba que había varios estudiantes heridos y uno de ellos estaba grave pero no daban sus identidades.

—Llamé hoy a la casa de Tito al escuchar la noticia, sabía que ese viaje tenía que ver con él. No me lo había querido comentar para no involucrarme. Puse un pañuelo en el teléfono para hablar, por las dudas que él no fuera quien iba a contestar. Su madre fue la que levantó el auricular, me hice pasar por una compañera que necesitaba unos apuntes. La madre que no parecía estar anoticiada de nada me dijo que su hijo no volvería hasta el lunes.

—Alfredo, Te llame porque necesito que vayamos a Córdoba, quizás te parece una locura y lo voy a entender. Pero necesito saber que está vivo. Necesito verlo por esta última vez.

—Marita, esperemos el día de hoy, seguramente van a decir los nombres de todos.

—No entendés que fue una represión brutal, quizás no sea ese chico que está mal herido, pero puede ser otro que esté en un hospital remoto. Por favor necesito que me acompañes.

—Alfredo, tenemos familia en Córdoba, mi hermana los puede recibir hoy y se pueden quedar unos días hasta averiguar qué fue lo que pasó. —Agregó doña Lucia

—Entiendo la situación y voy a hacer todo lo posible por acompañarte. Entendeme hoy es miércoles. En mi trabajo avisé que mi madre estaba enferma. Ausentarme unos días no va a ser fácil.

Marita y su madre ambas de pie me miraban como esperando muchos más de lo que mis palabras le transmitían. doña Lucia tomó de manera violenta un repasador que estaba sobre la mesa del patio en donde nos habíamos reunido y se metió en la cocina. Dejé que se alejara y abracé a Marita que me miraba como si la estuviese abandonando para siempre.

—Marita, voy a hacer mis arreglos, nunca vas a quedarte sola.

Luego la besé como si ese beso significara una unión permanente y definitiva que se acababa de concretar en el peor momento.

Salí y como era temprano, fui a caminar para despejarme y pensar mi estrategia y mi viaje. EL Recreo estaba cerca y parecía ser el mejor bar para planificar, pedí un americano y dos medialunas, no podías irte de ese refugio sin haberte comido al menos un par de esas deliciosas facturas. El mozo Alberto, un tipo flaco, ojos negros muy juntos, la boca era una línea dibujada con un lápiz gastado; quizás por eso era un tipo de pocas palabras, sabía de memoria los gustos de sus clientes más asiduos. Tampoco uno tenía muchas ganas de hablar, eso era lo mágico de esas épocas. En los negocios te atendían como si estuvieras en tu casa, si querías te daban conversación, aunque hubiera mucha gente siempre había tiempo para agradecer que el cliente vuelva a elegir ese sitio para disfrutar unos minutos o quizás horas, leyendo libros o compartiendo el espacio con amigos.

Me quedé al menos dos horas viendo por la ventana, no miraba a nadie claramente, las personas pasaban hablando de sus temas o gritando también, llantos de chicos que volvían con sus padres del colegio, hasta un par de monjas se me cruzaron, ¿serían una bendición para mi futura aventura? Me sentía muy comprometido con Marita, el encantamiento de la primera vez estaba siendo lapidado por la aparición de este hombre que parecía ser el hombre de principios nobles que a fuerza de sangre y fuego iba a colaborar para que la Argentina volviera a ser un país pujante y en pleno desarrollo. Cuantas frases hechas y quizás sin contenido. Tenía mi trabajo no ganaba mal, tenía la posibilidad de escalar y en unos años estar bien acomodado. Pero por otro lado la vida era algo agradable pero medida, las cosas a nivel político estaban muy enrarecidas. No se podían hacer muchas cosas que uno hubiese deseado y no se podía protestar. Siempre el jefe tenía razón y había que obedecer, algunos muchos podíamos seguir ese guion convenientemente pensado. Personas como Tito no podían soportar esa situación, aunque respetaba la idea general que conocía sobre él, no podía entender que uno tenga que defender su posición a fuerza de balas. Es cierto que la agresión que caía desde el poder era férrea y no daba cuartel al que no seguía los pasos de este régimen. Aparentemente como otras veces venían a ordenarnos hasta que estemos preparados nuevamente para elegir. Mientras tanto y a modo de penitencia cerraron el congreso, toda actividad política era algo ilegal y como si fuera poco había que regular y controlar a los más jóvenes que con todo su ímpetu y con apenas unos días de madurez empujaban hacia al cambio. Muchos deseaban la vuelta de Perón. No se había ido de la mejor manera. Amado por muchos y odiado por otros tantos. Estaba en el exilio desde hacía más de diez años deseando volver (aunque no lo dejaban) con todas sus fuerzas. Muchos creían ver en él, la salvación. Lo cierto es que alguien que concentra ese poder de convocatoria y fe, es demasiado peligroso tenerlo enjaulado fuera de su país, en realidad las rejas estaban en nuestra propia frontera. Tantos antagonismos no pueden terminar bien. Lo cierto es que la sociedad en algunos aspectos se ha vuelto agresiva desde hace algunos años, los que aman al exiliado político contra los que lo odian. En todo esto pensaba mientras me daba cuenta de que el tener a Marita debía pagar algunos costos, semejante mujer no podía ser una empresa fácil, después de todo lo

que me estaba pidiendo era una simple ayuda para poder encontrar a este hombre, no me daba celos, ya no era el hombre de sus sueños. Marita deseaba otra cosa para su vida y yo sentía que me había elegido para acompañarla. Debía hablar con mi vieja para blanquearle el viaje, pero no podía revelar la causa. La Vieja se volvería loca del susto y me iba a terminar por convencer de que me quedara, aunque ya estaba decidido. Mi pobre madre iba a permanecer unos días internada en el hospital. Después iba a tener que hablar con el petiso que siempre tenía algún amigo médico, abogado o lo que le pidieras. Seguramente Guzmancito me iba a ayudar, lo que no podía decidir era si le iba a contar toda la verdad del asunto. Si esto se llegaba a filtrar en el trabajo no creía durar mucho tiempo en mi puesto, hablar de política no se podía, mucho menos estar relacionado, aunque sea indirectamente con un proyecto de hombre subversivo.

En la tarde de ese día me comuniqué con Marita y le dije que ya estaba todo arreglado. Hablaría a la mañana al trabajo y explicaría lo sucedido con la enfermedad de mi madre. Luego fui hasta la terminal de Retiro y saqué dos pasajes en micro para después del mediodía del jueves, llegaríamos muy tarde ese mismo día. Terminado el trámite, desde la estación la llamé a la vieja y le pedí que me prepare una valija porque tenía que viajar de urgencia por un tipo de otra central que se había enfermado, no le pareció raro, en otras oportunidades había pasado lo mismo. De ahí lo fui a ver al petiso, necesitaba contarle. No podía decirle toda la verdad, pero necesitaba que me cubriera en el laburo por si alguien preguntaba más a fondo. Guzmancito era un artista del engaño, podía confiar en él.

—¡Hola Alfredo! Mi hermano no vino todavía, pero pasá y tomamos un té juntos —Mientras me abrazaba muy fuerte como si no me hubiera visto en años.

Digna siempre me recibía del mismo modo y decía las mismas palabras. Cuando llegábamos al living comedor, dejaba unas tazas y unos platos, pero no preparaba el té. Se metía en su cuarto mientras iba maldiciendo, se quedaba unos minutos y luego salía con su mejor ropa y pintada de una manera burda, como si deseara no pasar desapercibida de ningún modo. Luego se sentaba a la mesa de una manera torpemente sensual y no dejaba de mirarme, era su forma de seducirme.

Decía cosas sin sentido, mientras las tazas permanecían en el mismo lugar como espectadoras atónitas, las habían convocado una vez más para salir simplemente de la vitrina por unos instantes. Nadie tomaría el té.

—Escuchame Alfredo, ¿vos no tenés ningún plan para este sábado? Hay un pesado que no deja de llamarme y no sé cómo sacármelo de encima. ¿a vos no te molesta que ya le haya dicho que somos novios no?

—No Digna como va a molestarme. Pero el sábado no va a poder ser, quizás el próximo.

—No te hagas ningún problema, le digo que venga el próximo sábado y cuando toque el timbre, salimos juntos y le digo que me tengo que ir con mi novio. Ja, Ja, Ja.

—Claro, hagamos así. ¿Atilio es raro que no llegue a esta hora no?

—No importa, no tenemos apuro por que venga ¿o sí? — Decía esto mientras me apretaba fuertemente la mano como para insinuarse.

—No, no hay problema, pero si no te molesta te pido si me servís un vaso de agua. Sabes que hoy tuve un día duro y me duele todo el cuerpo, en especial las manos. Muchos reclamos, muchos cables rotos. ¿me entendés no?

Digna si bien tenía cierta discapacidad, comprendía cuando se la estaba rechazando, aunque fuera amablemente.

—Agua no hay. Si querés ahí tenés los vasos y un sifón. Me voy a cambiar.

Se metía otra vez en su cuarto y se ponía a llorar y no volvía a salir hasta que escuchaba que me despedía de su hermano o simplemente me iba. Me daba pena por ella y principalmente por Guzmancito, le admiraba esa fortaleza y ese optimismo permanente. Digna no podía trabajar y el petiso hacia horas extras para poder llegar a fin de mes. Me senté un rato y me prendí un cigarrillo, no me iba ir hasta que llegara mi amigo, era parte fundamental de lo que tenía pensado. De pronto escuchaba frenar un auto y pensaba que era él, pero sólo una falsa alarma.

Me serví un vasito de licor de huevo, eran infaltables en esa casa los licores de todo tipo. Me puse a leer el gráfico de esa semana, casi que pasaba las hojas y no entendía lo que leía, no me daba cuenta si San Lorenzo había ganado o perdido, mi cabeza seguía en la charla de la mañana y en lo que tenía que vivir al otro día. Después del quinto cigarrillo habían pasado casi dos horas, decidí salir y esperarlo en la puerta, después de todo quizás Digna quería salir y no lo haría hasta que no hubiera ningún desconocido en la casa. Me levanté para salir y entró el petiso.

—¿Alfredo que haces acá? ¿Mi hermana?

—En su cuarto como siempre que vengo y vos no estás

—Otra vez la misma historia. Estoy podrido ya. Cansado, muerto de hambre. Con este berrinche seguramente no hizo la comida. ¿qué te pasó ahora?

—Perdoname Guzmancito, siempre te estoy jodiendo.

—La verdad que si hermano, por qué no te vas, hablamos mañana.

—Es importante, no te voy a sacar más de diez minutos.

—No, andate dale, no me hagas calentar. En serio te lo digo estoy bastante caliente. Vos ahora te vas a la mierda y soy yo el que se la tiene que aguantar llorando toda la noche, porque no le das bola. Entendés que ella no se da cuenta que nunca se va a casar. Sufre pobrecita. Si no hubieses venido todo esto no estaría pasando.

—Tenes razón Petiso, soy un egoísta de mierda, a veces no me doy cuenta lo buen tipo que sos y como me sacás siempre las papas del fuego. Pero créeme que vine porque sos el único en quien puedo confiar.

Algo se había destrabado esa noche, como si la explosión de furia de Atilio y la revelación genuina de sus pesares nos empezaba unir todavía más profundamente. Se había sacado esa máscara de bufón por una vez, había abandonado ese optimismo permanente, eso que muchas veces le envidiaba. Me sentí más igual, debía contarle todo tal cual había pasado. Así lo sentía.

Lo tomé de un hombro le di un abrazo y se largó a llorar desconsoladamente. Le pedí que me acompañara hasta el bar para que habláramos más tranquilos. Le conté todo. No lo podía creer y se asustó por mí, pero me motivó a pelear por ella si realmente sentía lo que le estaba confesando. Nos volvimos abrazados desde el bar como cuando éramos chicos y pateando una chapita hasta que finalmente le pude gritar el gol justo cuando lo dejé en su casa.

—Suerte, hermano mañana. Del laburo no te preocupes, la voy a hacer más grande para que no te jodan, cuando vuelvas nos encontramos y arreglamos lo del certificado para tu vieja.

—Gracias Petiso, no sé cómo pagarte.

—Conseguime otra mina como la del otro día y estamos a mano. Ja, Ja, Ja.

Lo dejé a Guzmancito y fui caminando despacito hasta casa, había dos policías palpando de armas a una pareja de jóvenes que se estaban besando en una esquina, tuve el impulso de gritarles, pero seguí caminando si caía en la volteada esa noche estaba frito. Con todo lo que había pasado en la casa de los hermanos Guzmán no hice a tiempo para avisarle a la vieja que no iba a llegar a comer, cuando abrí la puerta me miró resignada y se fue a dormir, cerró delicadamente la puerta de su pieza y eso hacia me hacía más daño aun, era como decirme me voy tranquila sin molestar, igual es lo mismo para vos si estoy o no. Me metí en mi cuarto y caí desplomado en la cama con toda la ropa puesta. En la punta de la cama estaba la valija armada que le había pedido. Pasara lo que pasara, nunca me abandonaba y siempre me ayudaba.

El jueves por la mañana me levanté más temprano de lo habitual, no había podido dormir bien, pasé por el cuarto de mi vieja y la vi sentada, estaba pálida.

—Mamá, ¿estás bien?

—No, nene, no sé qué me está pasando. Justo hoy que tenés que viajar hacer ese trabajo que te pidieron ayer. ¿No podés avisar que te cubra otra persona?

—Justamente me pidieron a mí que fuera porque soy en el único que confían. El tipo de la zona se enfermó y es un trabajo grande, no se lo quieren dejar a un improvisado. Pero no me puedo ir

y dejarte así.

—Andá hasta la casa del doctor Raúl, seguro que todavía no salió para el hospital. Que me vea y después decidimos.

—Si, Vieja. Voy

Salí corriendo hasta la casa del médico, no lo podía creer. La mentira se había vuelto realidad con sólo pensarlo, me había atrapado de tal modo que me libraría de cualquier responsabilidad laboral, pero Marita iba a quedar sola y sería el final de todo. Aunque pensándolo bien ella lo entendería seguramente. No podía dejar a ninguna de las dos. Llegué a la casa del doctor Raúl Otero, así estaba grabado en la placa de bronce reluciente que estaba clavada en su puerta. Era la casa que le había dejado su padre, tenía dos plantas y en su infancia esa casa estaba habitada por más de diez personas, hoy sólo vivía él con su esposa y sus cuatro hijas. El doctor había tomado dos cuartos para utilizarlos para sus actividades. Una sala de espera y el consultorio propiamente dicho. Por la mañana atendía en el Hospital de Clínicas. Pero a la tarde, de lunes a viernes recibía en su domicilio a sus pacientes particulares, eran los que le dejaban sus mayores ingresos. Los sábados por la mañana se iba con toda la familia a su casa de fin de semana en las afueras de la ciudad.

—Dr. Raúl, disculpe que lo moleste a esta hora. Pero mi vieja está pálida y no se puede levantar de la cama. ¿Podrá usted venir a verla?

—Alfredo, me agarraste justo. Vamos en el auto, la veo y sigo viaje al hospital o me la llevo conmigo. Cuando la vea te digo.

La casa del médico estaba a cinco cuadras, llegamos enseguida. Cuando entramos a casa y la vieja lo vio, ya se sentía mejor, no sé si por el susto o porque ese médico tenía la mitad de su éxito en su presencia y en esa voz grave que emitía cada vez que se expresaba. Él hablaba y parecía que estaba en un congreso de medicina, cada palabra tenía un peso muy importante y la fuerza de los sonidos que emitía, terminaban por captar toda la atención de los presentes. Sus

casi dos metros de altura lo hacían un hombre imponente y caminaba con un paso muy seguro y determinado. Si él decía que estabas para ser operado de urgencia, ni pedías la anestesia. Sus palabras eran indiscutibles y aceptadas al instante.

—doña Isabel, me vino a buscar su hijo y ya estamos llamando una ambulancia. Él está muy preocupado. —Esto lo decía, medio en serio y medio en broma para serenar a su paciente

—¿Cómo se siente ahora?

—doctor, él se asusta de nada. No me va a llevar a ningún hospital. No es para tanto.

—Bueno, la voy a revisar. Quédese tranquila. La ambulancia me puede esperar afuera unas horas. —La comienza a revisar con los controles básicos, mientras me hizo una seña para que me quedara tranquilo, el caso no parecía ser grave.

—Dígame doña Isabel ¿Qué comieron ayer?

—Alfredo llegó tarde y comió afuera. Me hice una tortilla con una ensalada y un flan con dulce de leche de postre.

—Me parece que lo que tiene es una indigestión. Huevos en la tortilla, luego en el flan. No es más que eso, hoy quédese en cama y va a tomar esto que le voy a recetar. Tómelo ahora por favor. Por la tarde ya se va a sentir mejor.

—doctor, le tengo que consultar algo. Estoy por hacer un viaje y salgo en unas horas. Me voy a ausentar hasta el lunes. ¿Usted cree que la puedo dejar sola en estas condiciones?

—Alfredo, que tome el remedio lo antes posible, en media hora le va a empezar a hacer efecto. No creo que debas suspender tu viaje, pero tratá de que alguna vecina le pegue una mirada en estos días. Hoy a la noche la voy a venir a ver. No te preocupes.

—doctor, no sabe cuánto le agradezco por su atención. ¿Cuánto le debo por la consulta?

—Alfredo, vamos a hacer una cosa, a la vuelta vení a verme al consultorio y arreglamos bien, ahora me tengo que ir si no voy a llegar tarde al hospital, tengo dos operaciones programadas

para esta mañana.

Agarró su maletín, le dio un beso en la frente a doña Isabel y se fue. A los pocos segundos se escuchaba el sonido impecable del motor de su auto que se iba atenuando mientras iba alejándose. No me había querido cobrar un peso por la urgencia. Un tipo sensacional, se había comprometido a venir a ver a su paciente en mi ausencia. Luego de tomar lo recetado por el doctor Otero, la vieja se recuperó al instante. Había sido un susto. Le pedí a doña Julia que vivía en la casa de enfrente, que la viniera a visitar por las dudas, pero me fui tranquilizando al ver la rápida mejoría de mamá. Comimos juntos, muy liviano los dos. Cuando salí de casa me moría de hambre, pero me hubiese sentido culpable de comer de manera abundante al lado de la triste sopa de pollo que había preparado para la vieja.

Un Siam Di Tella 1500, que vestía saco amarillo y pantalones negros me llevo a los piques hasta la terminal de ómnibus. Aunque tenía tiempo, quería estar temprano por si se presentaba cualquier contratiempo. Quedamos con Marita en encontrarnos media hora antes de la partida del ómnibus, eran las trece y treinta en ese momento. Estaba nervioso por la empresa que nos habíamos propuesto. Temí por mi trabajo; al igual que el petiso Guzmán, era el único que ingresaba a la casa el dinero fuerte, la pensión que recibía la vieja alcanzaba para pequeños gastos. Me senté en el medio de uno de los bancos y lo único que podía hacer en mi soledad era estar con uno de los veinte cigarrillos que traía mi paquete de jockey. Aunque era un juego de mí mente, cada vez que largaba el humo y lo veía diluirse entre la gente, adquiría una especie de paz y relajación. Estaba rodeado de personas que no conocían ni mi destino, ni la razón del viaje; pero arrojar el humo cerca de ellos era como participarlos de lo que no podía expresar de otro modo. Todos los que me rodeaban empezaban a tener mí mismo olor. Es curioso como uno encuentra modos tan particulares de relacionarse sin emitir una sola palabra. Mientras tanto miraba hacia adelante y a los costados, a la espera de mi compañera de la travesía que nos aguardaba. La vi primero a doña Lucia que la venía acompañando, era su única y fiel confesora en esa familia férrea de italianos. Marita estaba cubierta íntegramente por un tapado negro, los

botones de su abrigo estaban convenientemente cerrados para que ni siquiera una leve brisa pudiese invadirla y hacerle perder el calor de su pasión por encontrar a esa persona que había sido tan importante en su vida. Su pelo caía de manera perfecta sobre sus hombros hasta casi la mitad de su espalda. Su mirada tensa, pero nada de lo que hiciera podía disimular su belleza. Su actitud y determinación para resolver la situación, aunque me haya pedido ayuda me motivaba y me alejaba de los temores y problemas que podrían sucederse en el viaje.

—Hola, ¿estamos con tiempo todavía no? —Me dijo

—Si, tenemos veinte minutos hasta que salga el micro. doña Lucia, si quiere puede ir, la voy a cuidar, quédese tranquila.

—Si no les molesta me quiero quedar hasta que se vayan. Se que la vas a cuidar, no es eso lo que me preocupa. Está todo muy alborotado en Córdoba y no va a ser fácil este viaje, por eso los quiero acompañar lo más que pueda. Les traje comida y un termo de café en este bolsito, el viaje es largo. Estos hacen dos paradas antes de llegar, pero prefiero que coman comida casera y no cualquier cosa en la ruta.

—Por favor, doña Lucia, Siéntese aquí al lado mío que hay lugar.

Quedé en medio de las dos mujeres, Marita apoyo su cabeza en mi hombro, descansando y buscando seguridad. Al otro lado, doña Lucia me tenía tomado del brazo como dándome la fuerza y la confianza para que sintiera la tranquilidad que era el único que podía acompañar a su hija en este momento. El micro se adelantó unos minutos, doña Lucia nos abrazó muy fuerte, pero ni siquiera se animó a llorar. La miró fijo a Marita para que no flaqueara, luego me dio una palmada en la mejilla como para mantenerme atento y despierto. Nos subimos al transporte, nos acomodamos en los asientos y abrimos la ventana para darle un último saludo, pero no la pudimos encontrar. Había hecho todo lo que estaba a su alcance para ayudar a su hija, pero los deberes maritales le impedían viajar. Seguramente de camino a su casa se fue llorando, algo que años más tarde me reveló. don Carmelo y sus hijos necesitaban que esta digna señora no

abandonara la rutina diaria en la casa. La madre de Marita había construido una historia fácil pero creíble para contar a los hombres de la familia, el lugar que nos cobijaría en Córdoba estaba necesitando de una compañía dado que su hermana mayor estaba enferma, Francesca la tía de Marita estaba en perfecto estado de salud, pero su viudez hacía más verosímil la historia de que una mujer sola y con problemas de salud necesitaría un poco de amparo.

—No quiso esperar tu mamá.

—No quiso llorar delante nuestro mi mamá.

—Es cierto, no lo había pensado de ese modo. ¿No te enojás si te pregunto algo?

—No, decime.

—Podemos ver que nos preparó tu mamá para el viaje.

Ambos sonreímos. Marita abrió el bolso y me dio uno de los seis sándwiches de milanesa que nos había preparado. Lo agarré sin remordimientos y lo pude terminar en menos de dos minutos. Hacerle la gamba a la vieja me había salido caro, pero en unos instantes me sentí satisfecho y luego compartimos de la tapa del termo, un café bastante fuerte y con poca azúcar que venía en el mismo bolso, como nos había anunciado. Luego Marita se recostó sobre el asiento y se durmió. Teníamos un viaje largo y si me llegaba el sueño iba a hacer de improviso, estaba demasiado ansioso como para disponerme a dormir. Tenía conmigo la portátil que se prende generalmente sólo los domingos para escuchar a San Lorenzo. Le puse el auricular blanquito que ya estaba para el reemplazo, tenía cinta aisladora por todos lados, muchas batallas, el pobre ya no daba más; pero en este viaje no me podía abandonar. Me puse a escuchar atentamente, necesitaba saber si habían averiguado algo a esta altura, había pasado un día ya. El joven internado según decían estaba muy grave. Dijeron el nombre, afortunadamente no era Tito Espinosa, hubiese sido fuerte y difícil convivir con el recuerdo de un muerto para mí. Me sentía una porquería por pensar de ese modo, pero no quería compartir a Marita con nadie. Si Tito hubiese muerto no sé cómo podría continuar nuestra relación. Había otros heridos, pero no parecían ser de gravedad.

Después de las noticias fuertes que llegaban desde el lugar del conflicto, te lo cerraban con un tema de los Beatles “Here, There and Everywhere”; lo escuchabas y sentías que todo estaba bien, me daba una serenidad y por un momento pensaba que me estaba yendo de vacaciones y a bañarme en el arroyo de las tres cascadas junto a Marita, el relato de su niñez me había conmovido y seguramente ese lugar sería fantástico. Por un rato largo o al menos eso me pareció, sentí que con Marita estábamos tirándonos agua como dos locos, ella estaba desnuda y me metía la cabeza debajo del agua para que no la viera. En un instante me pude librar y la saqué del agua en brazos como si la hubiese rescatado antes de que se ahogara y la hice recostar sobre una piedra al lado del arroyo. Estaba dormida, intentaba reanimarla con pequeños besos por todo su cuerpo, no reaccionaba. Finalmente apoyé mis labios con la mayor delicadeza sobre su boca, comencé a besarla y ella hizo lo propio, seguimos así por un largo rato hasta que la sensación era tan real que abrí los ojos y ahí estaba ella diciéndome que me despierte, habíamos llegado a la primera parada del viaje. Me alegre de verla en la vida real, pero el sueño era tan delicioso que hubiese deseado que el ómnibus nunca se hubiese detenido.

—¿Bajamos o te quedas?

—Bajo

Caminamos unos metros para estirarnos un poco. Los baños de la confitería de la ruta tenían una larga fila en sus dos puertas, por suerte mi fila avanzaba más rápido, no llegué a consumir el cigarrillo y ya estaba nuevamente sentado en mi asiento para continuar el trayecto. Marita llegó unos quince minutos más tarde. Viajamos unas largas horas, no volví a dormir, pero soñaba despierto que esto terminaría muy pronto y la llevaría a la vuelta a divertirnos algún lindo lugar. Casi a la medianoche llegamos a Córdoba, camino a la casa de la tía Francesca le conté a Marita lo que había escuchado en la radio y me abrazó por la emoción. Se sentía aliviada, de alguna manera su viaje sería la evidencia, la prueba que le enseñaría a Tito para demostrarle porque ambos estaban en caminos diferentes, aunque lo seguía queriendo de un modo diferente, ya no sentía el amor y encantamiento de su adolescencia.

La tía Francesca, era bastante parecida a su hermana, pero un poco más baja. Nos tenía todo listo. Comimos nuevamente milanesas y no le revelamos que era un plato bastante similar al que había preparado su hermana. Marita durmió en el cuarto con su tía. En cambio, a mí me tocó el cuarto de estar, aunque la puerta de calle estaba cerrada entraba un frío terrible y por más que tenía dos frazadas encima mía, no podía dormirme. Pronto se hizo de día y no había podido conciliar el sueño. Tomamos un café muy fuerte y con poca azúcar, aparentemente era la receta familiar. Dos tostadas con manteca y dulce de naranja, no me gustaba en lo más mínimo, pero nunca hay que ser desagradecido con la hospitalidad ajena.

—¿Comiste bien querido? ¿Querés que te haga otra tostada con dulce?

—No señora, muchísimas gracias. Estaban muy ricas igualmente.

—Claro, como no van a estar ricas, el dulce de naranja es casero, es la receta que me enseñó mi madre, Lucía lo hace igualito, así que nunca te va a faltar el dulce querido. —Sonreía ampulosamente, quizás se había dado cuenta que no era de mi agrado el dulce.

—Alfredo. Vamos, nos espera un largo día. Gracias por todo tía. En cuanto tengamos novedades te avisamos.

—El teléfono no está funcionando desde ayer a la noche y eso que no llovió.

—Alfredo ¿Por qué no lo revisas antes de salir? Quizás lo podés resolver. tía él es técnico en Entel.

—Si, algo me había comentado tu mamá.

—Bueno, voy a ver qué puedo hacer, no tengo las herramientas.

—Querido, en el fondo tenés un montón de herramientas que usaba mi marido. Alguna te tiene que servir.

—Las reviso y le digo.

Me fui hasta el fondo y no sólo había herramientas, era el taller de su marido. Me sorprendí al

ver la cantidad de material que había en el lugar. Todo estaba ordenado cuidadosamente, todo muy prolijo. Rápidamente me pude dar cuenta que ella lo mantenía de ese modo. El taller estaba ahí como una foto impecable, pero sin vida, no había manchas de aceite ni de grasa en ningún lugar. Su marido hacía tiempo que ya no las ensuciaba más. Me pude arreglar con lo que tenía y pude reparar el aparato. La línea no era el problema por buena fortuna. Aproveché y para probarlo le pegué un llamado a la vieja para saber si estaba todo en orden. El doctor la había visitado como le había prometido y la vecina se le había instalado en la casa para ayudarla, pero la vieja no la aguantaba más. Me quedé tranquilo con ese tema que me tenía un tanto inquieto.

—doña Francesca, el aparato ya quedó en perfectas condiciones.

—Muchas gracias, Alfredo, te voy a dar como recompensa dos frascos de dulce de naranja para que le lleves a tu madre.

Decididamente no se estaba burlando la mujer. Realmente pensaba que su dulce era una maravilla. Quizás era a mí el único que no le gustaba.

—No hacía falta doña Francesca, pero muchas gracias.

—Vamos Alfredo, ahora sí. Hasta luego tía

—Hasta luego chicos, avísenme ni bien sepan algo.

Nos fuimos en un colectivo hasta el hospital en donde estaba internado el muchacho que anoticiaban en la radio. Ahí estaban los otros heridos. Llegamos en cinco minutos al lugar, estaba bastante cerca de la casa de doña Francesca. No tenía fotos de Tito Espinosa y no lo había visto en mi vida, pero cuando llegamos mire hacia un costado y vi apoyado en la pared a un tipo bastante fornido con una bufanda y las manos en los bolsillos. Hubo como una mutua atracción que no podré explicar nunca, quizás lo había cruzado en el barrio y me había impactado su aspecto. Tenía unas cejas prominentes y la barba crecida de unos días. Instintivamente la toque a Marita y ella lo reconoció en el acto. Fue corriendo a su encuentro. Se abrazaron. Me quedé paralizado, no sabía si estaba bien que estuviese ahí. Salí a la calle aprovechando que había

mucha gente. Me apoyé en un Ford Falcon verde que estaba estacionado en la puerta y me puse a fumar. En algún momento ambos saldrían o al menos Marita. Después de veinte minutos salieron ambos, él no me saludó. Marita me agarró la mano y la apretó para que no dijera nada, los tres caminamos unas cuadras hasta un lugar apartado. Nos metimos en una casa abandonada. Él me extendió la mano.

—Tito Espinosa, supongo que Marita ya te habló de mí.

—Alfredo Ricci, supongo lo mismo.

—Alfredo recién estuvimos hablando con Marita. Quiero que te olvides de esta cara para siempre. Te lo quiero pedir en buenos términos. Por lo que se, sos un tipo como la gente que vas a cuidar a Marita como se merece.

—Tito, vine con Marita porque estamos juntos y necesitaba verte. No tengo deseos de volver a verte. Nosotros empezamos una relación, entiendo que entre ustedes está todo claro ya. No hace falta que aclaremos más nada.

—Alfredo, no mal interpretes a Tito, él ahora se tiene que ir. Tiene que trabajar, no te quedes con una mala impresión.

Tito me miró con bronca, sabía que no podía hacer nada para retenerla, él había elegido un camino muy angosto y tenía que irse sólo. Le dio un abrazo respetuoso a Marita y se fue. Nos pidió por nuestra seguridad que esperásemos un rato largo antes de salir. Marita cuando lo vio alejarse me abrazó y se puso a llorar. No pude resistir esas lágrimas.

—¿Para qué me pediste que viniera? No lo entiendo

—No podía venir sola, tenía miedo de que lo hubiesen matado.

—Vos lo querés a este tipo Marita, no podés iniciar nada hasta que resuelvas esto.

—No. Estas equivocado. Necesitaba saber que no estaba muerto. Quería decirle y reafirmarle claramente la razón por la cual ya no lo elegía y pude hacerlo. No hay nada entre nosotros hace

tiempo y te lo dije. Tito es un buen hombre y tiene una idea y la quiere llevar a cabo, en ese plan no deseo participar. Desde que empezó en este camino nos empezamos alejar como te dije, lo único que siento por él es mucho cariño y un deseo que en algún momento pueda llegar a realizar lo que desea y no lo maten como a ese pobre pibe, aunque no murió aun nadie le da muchas esperanzas. Alfredo no seas tonto, no me dejes ahora. Te traje conmigo porque te necesito. Si Tito hubiese muerto, todo sería más complicado y quizás podría entender tus dudas. Poder despedirme de él ahora, debería dejarte tranquilo.

—Estoy muy confundido con todo esto Marita. Pero me enamoré de vos. Ese es el problema. Por eso estoy acá. Ver cómo te miraba ese tipo me puso loco. Más loco me puso como me miró a mí.

—Porque le dije que te amaba Alfredo. Me llegó a preguntar si lo volvería a querer si dejaba la política. Le dije que no. Que ya era tarde. Por eso te miró de ese modo. No va a dejar sus actividades, pero perdió a la mujer que deseaba.

—Te juro que te quiero creer.

—Créeme por favor, idiota.

—No me queda otro camino Marita, venir hasta acá con los riesgos y peligros que conlleva me quitan cualquier duda que no quiero hacer otra cosa que estar con vos.

La casa abandonada de pronto se encontró habitada, las paredes lucían como nuevas, ya no había manchas de humedad. El único sillón que había en la morada de repente perdió todo vestigio de suciedad y deterioro y se tiñó de color azul. La acosté a Marita sobre el sofá y luego hice con ella todas las cosas que había soñado en el viaje. No estábamos en el agua, pero el sudor de nuestros cuerpos pudo lograr el mismo efecto. No podíamos parar de besarnos y tocarnos, amarnos, comernos si hubiésemos podido para llevarnos adentro y ser una misma persona. Empezó anochecer y no podíamos despegarnos, hasta que nos dormimos por unas horas. Cuando nos despertamos eran las nueve de la noche, la tía Francesca seguramente estaría muy preocupada. Nos compusimos lo mejor que pudimos para que la tía no notara que esa tarde habíamos dado el

último paso para que nuestro vínculo quedara sellado indefinidamente. Seguramente nos casaríamos para ser buenos cristianos y dos seres que cumplen con los mandatos y los deberes de las personas de buena moral, pero el casamiento real ya se había producido. Salimos esa misma noche, en el Rayo de Sol. Me gustaba más el viaje en tren, ibas más cómodo. Haber dejado atrás a Tito me hacía sentir seguro, solamente me importaba Marita, quizás no estaba dimensionando realmente lo que se avecinaba en la sociedad, pero en ese momento, mi único deseo era estar con ella. Haberla descubierto así, sin previo aviso y visualizar el modo en que se habían presentado las situaciones me hacían sentir un poco incrédulo de que ese amor que nacía muy robusto pudiera perdurar, no por lo efímero del sentimiento, sino porque el destino pudiese habernos dejado alguna trampa que en la actualidad no podía advertir. La certeza íntima de haber encontrado la persona que hace que tu vida adquiriera otro sentido, era algo magnífico, pero a la vez aparecía el temor por la pérdida.

Esta vez fuimos solos a la estación, la tía Francesca nos despidió en la puerta de su casa y me entregó un paquete con los dulces de naranja, para ella era un acto de amor con la persona que cuidaba a su única sobrina. Había tensión en las calles y los oficiales de policía abundaban, todos parecíamos sospechosos por los incidentes producidos unos días antes. Las miradas de los habitantes de la zona eran de diversas expresiones, resentimiento, angustia, miedo y en algunos pocos casos seguridad. La corriente helada que bajaba del poder alteraba las expresiones de casi todos, nos hacía seres distintos, menos felices. Antes de subirnos a la terminal nos pidieron dos veces los documentos y nos preguntaron a donde íbamos y porque razón. Una vez sentados en los asientos de los coches Pullman nos pudimos relajar. El tren salió a horario y pudimos charlar un buen rato en el salón comedor y degustar unos buenos platos. Ninguno de los dos pedimos milanesas. Fumamos mucho y hablábamos, de cosas vanas. Queríamos sacarnos esos días de angustia del cuerpo. Cuando se hicieron las dos de la mañana, nos acomodamos en nuestros asientos y nos preparamos para dormir. Habían pasado dos horas del nuevo día, diez de septiembre, era mi cumpleaños. Marita lo sabía, pero lo había olvidado completamente, no me

importaba, mi regalo era estar con ella. Veinticuatro años recién llegados. Pensaba en la vieja, no me hizo ningún reproche cuando le dije del viaje, ella siempre pasaba los cumpleaños conmigo, aunque sea un rato. La cosa se había resuelto rápidamente y nos estábamos volviendo antes, pero no le quise avisar, quería darle la sorpresa. Al único que le avisé que volvía fue al petiso, se puso muy contento con la noticia, pero me dijo que iba hacer horas extras todo el día y que me iba a pasar a saludar recién el domingo. Me entristecí un poco, raro por algo tan poco importante, pero estaba sensibilizado con los últimos hechos y de cómo estos estaban transformando mi vida.

—Buenos, días dormilón. ¡Feliz cumpleaños! Son las siete ya.

—¿Te acordaste?

—Sí, claro. No pude comprarte grandes regalos, pero mientras estabas mirando las revistas en el puesto de la estación te compré algo. Abrilo.

—Ah, muy bien un alfajor típico cordobés, uno sólo, que tacaña. Ja, Ja, Ja.

—Abrí el otro.

—Ah, mirá que linda cigarrera, venden cosas lindas en la estación. ¡Muchas gracias!

—Cuando estemos en Buenos Aires te la voy a pedir y le voy a hacer grabar una dedicatoria, así no te olvidas de mí. Menos mal que te puse mi número en los cigarrillos, sino nunca me hubieras llamado. Tenés memoria frágil vos. Ja, Ja, Ja.

— Te quiero Marita. —Se lo dije sin pensar y se quedó muda.

Nunca se lo había dicho en palabras, si con las acciones y ella también. Pero expresarlo así y escucharlo es distinto. Es como si firmaras un papel y un contrato de amor indisoluble, no como un trámite formal de unión ante la sociedad o la iglesia, sino algo mucho más puro y genuino. No me respondió, sólo se tiró encima mío y comenzó a besarme, no como en la casa abandonada, claro. Lo hacía con mucha delicadeza o como una persona de bien que deja sus pasiones ocultas para la intimidad. Entre tanto los besos y las miradas no cesaban en su intención, llegamos al

destino. Nos quedamos tomando un café en la estación y con un fósforo de esa misma caja ranchera que había sido destrozada por una buena causa (supe que era la misma porque le faltaba una parte), armamos una torta cordobesa con el mismo alfajor que no me había permitido abrir, pues serviría para el improvisado festejo. El café del bar en retiro estaba muy suave, me gustaba mas así, le puse a ojo cuatro cucharadas mientras vertía el recipiente sobre la taza para endulzarlo. A las diez de la mañana la dejé en la casa. No había nadie, adrede habíamos hecho tiempo para que los hombres de la familia no nos vieran llegar, salvo doña Lucia nadie sabía el motivo real del viaje.

Cuando llegué a casa la vieja se sorprendió y lloró de la alegría, siempre se emocionaba en mis cumpleaños.

—¿Pero no volvías el lunes?

—Terminé antes por suerte y pude conseguir pasaje para pasar hoy aquí. Iba a ser una amargura pasar el cumpleaños sólo.

—Felicidades, Alfredo. Igual todavía no habías nacido, recién a las ocho y media de la noche. Tuve un parto difícil.

—Si, mamá siempre me lo recordás para esta fecha, casi nos morimos los dos. Ja, Ja, Ja, Ja. Al menos una vez podrías contarme algo más alegre.

—Alegres estábamos tu padre y yo, pero si él no hubiese ido a golpear la puerta para saber que pasaba, hoy no estaríamos aquí.

—Ves, otra vez. Seguís con la misma historia.

— Bueno, che no estes tan susceptible. ¿Te fue mal en el trabajo?

—No, me fue bárbaro. Sólo que no quería hablar siempre de lo mismo.

—Bueno. ¿Comiste algo?

—Si. Quedate tranquila. ¿Vos estas mejor de la indigestión?

—Ah, por fin preguntas. Si estoy bien. Por suerte ayer la pude despachar a doña Julia, pobre no es mala mujer, pero es muy pesada. Vivía asustada de que me fuera a dar una recaída, no me dejaba comer nada.

—Bueno mejor. Estoy muy cansado. Voy a descansar un rato, después comemos algo y me tiras las orejas como siempre. Aunque tenga sesenta años vas a seguir con el ritual.

—Cuando tengas sesenta años, no voy a estar para tirarte las orejas, así que búscate pronto una novia.

—¿Vos querés que me case para que me tiren las orejas?

—Mira nene, vos sabrás para que te vas a casar además de la tirada de orejas. Y te digo algo, antes de dormir te las voy a tirar.

—No, vieja ahora no.

—Si, ahora sí.

Veinticuatro tirones, cada uno más fuerte, las orejas me quedaron por los talones cuando terminó. Después del suplicio me mandó a dormir como cuando tenía cinco años.

De repente mi cuerpo se relajó totalmente. Estaba en mi pieza, que lugar más confortable y seguro podría encontrar para aflojarme. Me saqué la ropa como pude y caí arriba de la cama, ni me dio tiempo a sacar las frazadas. Cuando volví a abrir los ojos, había pasado un largo tiempo, serían más de las cinco de la tarde, casi las seis diría por la luz que entraba por la ventana. Me metí en el baño, y me dí una ducha con agua tibia, para despabilarme bien. Me cambié con una pilcha que usaba para estar en casa. Cuando aparezco en el living, la vieja había puesto una mesa como para ocho personas, se había puesto el mejor vestido y estaba con una sonrisa que se le salía de la cara. El petiso sinvergüenza, cuando se enteró de que volvía antes, me hizo el chamuyo de las horas extras y arregló con mi vieja una fiesta sorpresa, aunque la vieja no le caía del todo bien Guzmancito, accedió para hacerle el gusto al nene.

—Pero mamá... ¿Qué es esto?

—Una mesa preparada para festejar un cumpleaños. ¿No te das cuenta marmota? Anda a cambiarte, no vas a recibir así a la gente, no seas maleducado. Ja, ja, ja.

—¿Pero a quien invitaste?

—Cállese la boca y vaya a vestirse.

Me puse un traje, tenía que estar a la altura y elegí entre dos corbatas, no quería usar más la del día del cine con Marita. Me la guarde de recuerdo. Pronto tenía que ir a comprar otra para reponer, dos eran demasiado poco. Mientras me terminaba de arreglar escuchaba el timbre a cada rato. Iban llegando los invitados. Cuando salí estaba el petiso en primera fila, una cara de atorrante con sus gestos disimulados de siempre, bien grandilocuentes, se reía como un nene. doña Julia que se había portado como una reina, también estaba invitada. Digna la hermana del petiso, se puso un vestido nuevo para la ocasión. Completaban el cuadro, el equipo de laburo de ENTEL. Una grata emoción. Nos matamos de risa, tomamos vino como si fuera agua y acompañamos con unas empanadas de carne que hacía la vieja que eran un espectáculo. La hermana de Guzmancito trajo unas masas secas de la panadería, pobre siempre le encajaban alguna del día anterior, seguro que estaba el hijo de don Luis cuando fue, se cree vivo engañando a la gente. Para finalizar la torta de merengue con crema que me hacía la vieja desde que empecé a caminar. El día de cumpleaños, es el día en que uno tiene que aprovechar y excederse en los deseos, es el único día que está permitido, es un cuento que me hacía mi vieja cuando era chico y se quedó conmigo mientras fueron pasando los años.

— Alfredito, vení un minuto — Me llamó a un costado el petiso.

—¿Qué pasó ya te mareaste con dos copitas de vino?

—Te quería decir que tenía organizado algo para esta noche.

—No hay ningún problema petiso, ya hiciste bastante con la fiesta sorpresa, sos un campeón. Te lo agradezco.

—Sacá la mano no me abrases, que no es para tanto. El tema es el siguiente. Mirá para la mesa, mi hermana ya se está quedando dormida, la vecina se está yendo y los muchachos de Entel ya están agarrando sus cosas para plantarse, pájaro que comió voló. Ja, Ja, Ja. Sólo queda tu vieja que cuando se vaya el último invitado se va a ir a dormir. Entonces y permitime que te lo diga en criollo. Siendo casi las nueve de la noche de este sábado encantador y encima que es tu

cumpleaños ¿Vos te vas a quedar sólo acá?

—Oíme petiso, andá al punto. ¿Como viene tu noche? Tus angustias, penas y llantos por mi soledad tienen mal aspecto. Dejá salir el gato encerrado dale.

—Bueno, no te voy a mentir, en la semana arreglamos con Mónica, la del cine ¿te acordás?

—Sí, como olvidarlo. ¿Pero no era una cosa de un día? ¿No me digas que te pusiste de novio Guzmancito? Y te reías de mí.

—No te confundas, Ni ella ni yo estamos para el romanticismo, pero tenemos una onda bárbara en la cama y nos encontramos dos veces más, nada organizado ni pautado, cuando los dos tenemos ganas.

—Entiendo, pero no sé qué pito toco yo en todo este sainete hoy.

—Hasta hoy a la mañana ninguno. Pero surgió un pequeño contratiempo.

—Un contratiempo. Me imagino uno parecido a los que me vienen a mí a cada rato.

—Exacto, hoy antes de salir para acá me llamó y me dijo que le cayó una prima que viene de Rosario a pasar una semana en la casa. No te voy a mentir, me dijo que era un plumazo imposible la mina, pero nosotros teníamos arreglado una cita para hoy, la verdad es que ya me había hecho la idea y si no la veo hoy, temo por mi salud mental ¿vos me entendés no?

—Sí, yo entiendo todo. ¿Pero cómo es el plan estratégico que te imaginaste para que tus deseos ardientes por nuestra Marilyn local no terminen concretándose por culpa de tu mal amigo que no te va a poder ayudar?

—Alfredito, lo que más me gusta de vos es que entendés todo bien rápido.

—Si demasiado. Sobre todo, cuando mi vida corre peligro.

—No exageres hermano, son unas horas nada más. Vamos a tomar unas copas por ahí y a bailar, en un momento me piró un par de horitas con Mónica, ahí vas a tener que hablarle un rato, ella se va a poner inquieta al ver que no aparecemos. Pero descuento que eso lo vas a ser sin

despeinarte, pan comido para vos. Luego de renovar las energías, volvemos con mi compañera y marchamos, las dejó a las dos en la casa y a vos también. No te podés quejar.

—Pero Guzmancito, no me podés pedir esto. Esta mina la conoce a Marita, vos sabes que todo se sabe en el barrio.

—En eso pensé también. No le dije que iba a ir con vos.

—Entonces, no entiendo nada.

—Alfredo, no va a ser la primera vez que te vas a disfrazar. Mirá ya compré todo. Como sabía que ibas a aceptar, lo traje todo para acá.

—¿Pero que trajiste? ¿Estás loco?

Se fue hasta mi pieza en donde habían quedado todos los abrigos de los invitados. A esta altura quedaba el del petiso y su hermana Digna, ya todos se habían ido. Vino hacia mí con una bolsa y sacó una peluca, una barba postiza y unos lentes con un vidrio más grueso que el del sifón, después me dijo que se los había pedido prestado al almacenero de la esquina, el tipo tenía unos de repuesto por cualquier cosa, Guzmancito le hizo un cuento chino y logró que se los prestara por una noche. Se puso todo el disfraz él y me mostró como le quedaba.

—¿Decime una cosa, se nota que soy yo?

Me empecé a reír y no podía parar.

—No seas hijo de puta petiso, no me podés pedir esto.

—No seas cagón, disimulás un poco la voz, ya le dije a Mónica que le iba a conseguir un candidato para su prima Ofelia, que le iba ir como anillo al dedo. Vos hablé poco al principio, para que Mónica no se avive, luego la otra no sabe ni quien sos.

Me parecía una locura toda la idea, pero después de lo que habían sido los últimos días, un poco de descontrol me iba a venir bien. Me preocupaba un poco que Marita se enterara, pero estaba bastante picado ya por el vino que me había tomado por el festejo, eso me relajó bastante y me

dio coraje para emprender la aventura del petiso. Al final de cuentas él me había salvado de tantas, me preparó una fiesta sorpresa, en esta le tenía que devolver algo de todo lo recibido. Adentro de la bolsa con los accesorios para camuflarme, también había un traje de unos colores bastante llamativos, bien lejos de mi estilo habitual. Me puse todo el atuendo, me vi al espejo y no me reconocí, era un tipo bastante diferente, sobre todo cuando me puse los lentes, no veía nada. Mi vieja había limpiado todo y se había ido a dormir mientras Guzmancito me convencía de su plan.

—Pero che, con estos lentes no veo nada. Me voy a ir al piso.

—No te calentés, quédate al lado mío y yo te voy guiando.

—Decí que te debo la vida...

—Por eso, como bien decís, me debés tanto que hoy te toca ayudarme a mí.

Como pude medio agarrado del petiso pude llegar hasta el auto, después me acomodé un poco los lentes para hacer como que miraba a través de ellos, pero en realidad no lo hacía y ahí me pude adaptar. Fuimos hasta la casa de Mónica y Guzmancito, simplemente tocó la bocina para que salieran nuestras dos compañeras. Cuando las vi aparecer no entendía nada. Las dos tenían dos pelucas morochas, lentes bien grandes y cuadrados en un tono azul y ambas lucían un tapado negro que les llegaba hasta los zapatos. ¿A dónde vamos, me pregunte, a una fiesta de disfraces? El petiso siempre parecía disfrazado, pero esa noche los cuatro estábamos en la misma gama de elegancia.

—Suban, que llegamos tarde —dijo el petiso.

Las dos comenzaron a tentarse de risa y se metieron en el asiento de atrás del amplio auto de su dueño, que estaba pensado para seres de su altura y hasta por ahí nomas. Cuando abrí la puerta para que ingresaran y pude deslizar el asiento para que pudiesen entrar, se me acercó demasiado la prima Ofelia y sentí una extraña sensación, su perfume me llevaba a Marita. Estaba tan amarrado a ella que la veía por todos lados, la mujer se metió rápido en la parte de atrás junto

con Mónica y no paraban de reírse. Mientras intentaba hablar lo menos posible para no ser reconocido.

—Bueno chicas ustedes dirán ¿a dónde quieren ir? — Dijo el petiso.

—Vamos al Itaipark, ¿no les parece divertido? Después de ahí nos vamos a bailar. —Dijo Mónica

—Me parece bárbaro — Dijo el petiso.

En mis pensamientos, cada vez entendía menos. El petiso me codeaba cómplice, como que la cosa venía bárbaramente.

—Que callado tu amigo —Decía Mónica como sospechando.

—Si, es un tipo tímido hasta que entra en confianza, igual no hay que darle demasiada porque después te toma el brazo —Mientras decía todas estas pavadas me mataba a codazos, lo estaba disfrutando.

Pensaba, este se está cobrando todas las que le debo en un mismo día. Que turro y había elegido mi cumpleaños para cobrarme la cuenta.

—Llegamos chicas, apúrense que hoy cierra más tarde, pero nos quedan dos horas nada más.

—Vamos —Mónica lo agarró al petiso y se fueron corriendo hasta la entrada.

Me quedé sólo con la prima Ofelia.

—¡Feliz cumple años mi amor! — Al tiempo que se sacaba todo su disfraz.

—¡Marita! ¿Pero cómo...?

—Atilio es un tipazo, cuando lo llamaste para avisarle que veníamos antes, te quiso festejar un cumpleaños a todo trapo para que nunca más te olvidaras.

—Pero, que hijo de puta. ¿Cómo pude entrar, así como un caballo? Encima me sentía culpable de que no te fueras a enterar.

—Me podés decir prima Ofelia esta noche, no me voy a enojar, es como tu premio por haberte hecho sufrir tanto. ¡Tonto!

Nos detuvimos un segundo, me besó y me abrazó muy fuerte, estaba contenta de haber pasado esos días conmigo y ahora estar divirtiéndonos como dos chicos. El petiso nos hacía señas para que nos apuráramos.

—Dame el documento Alfredo, los pibes que cumplen años no pagan entrada.

—Los pibes, no los boludos grandes.

—Quedate tranquilo que el de la puerta es un tipo macanudo. Vos dame lo que te pedí y andá a seguir chapando con Marita, zonzo.

—Gracias por todo esto Guzmancito, no sé porque hiciste tanto esta noche.

—Andá boludo, dejá de lagrimear y divertite.

El petiso era así. Siempre riéndose, siempre ocultando las emociones, siempre evitando sensibilizarse. Pero era fantástico.

Al rato vino con las cuatro entradas que seguramente pagó, el verso del cumpleaños era uno más de sus gestos de tipo afable y contenedor. Mónica también había dejado atrás su disfraz y era la réplica de Marilyn, no quería ser malo, pero no entendía como ese pedazo de mujer se sentía atraída por Guzmancito. Mejor no pienso más, seguramente cuando se apagaba la luz el petiso se convertía no en Tarzán sino en una manada de gorilas en celo, eso era lo que la tenía hipnotizada a la rubia de película seguramente. No teníamos mucho tiempo, teníamos que elegir los juegos que más nos llamaran la atención.

—Vení Alfredo, seguramente que te gano. Apostemos.

Fuimos al juego que están los dos muñecos de goma, uno de Boca y el otro de River. En los pies tenían mucho peso, había que patearles fuerte a la cabeza para voltearlos. Cinco tiros cada uno. En San Lorenzo siempre pateábamos penales y aunque el petiso era el más habilidoso de los dos,

en los penales Alfredito le sacaba una mínima ventaja, así que el partido no estaba ganado ni mucho menos. Me permitió elegir que muñeco voltear, los derechos del cumpleaños terminaban al igual que cuando finalizaba el encanto de la cenicienta, al sonar las doce, precisamente el parque cerraba a esa hora los sábados. Se juntaron algunas personas a ver como pateábamos, por la forma de pararnos frente al objetivo se podía oler que sabíamos pegarle a la pelota. Pateó primero el petiso y lo puso de culo al muñeco de River. No me asusté y le pegué aún más fuerte que él, mi pobre muñeco con la casaca azul y oro pintada en su piel, no cayó, pero se le partió la cabeza. Cambiaron el muñeco, pero había que tirarlo solamente, no arrancarle la cabeza, así que el petiso me estaba ganando de entrada. En la tercera ejecución nos pusimos iguales, ambos transpirábamos. La gente se empezaba acercar cada vez más. Mónica y Marita gritaban por sus preferidos. Tenía la hinchada en contra, los extraños iban por el petiso. Cuatro a cuatro y pateamos la última pelota. El de la banda roja volvió a besar el piso. La gente explotó en un grito. Tenía toda la presión. Todavía faltaba tiempo para las doce, así que conservaba los poderes extra que podrían lograr al menos un empate y no perder ante semejante hinchada. Me concentré casi como los jugadores de rugby haciendo esos ademanes raros que hacen con las manos para intentar encontrar la concentración y el equilibrio. Corrí como si fuese la última pelota de mi vida, que cosa, lo quería tanto a Guzmancito, pero no me bancaba que fuera mejor que yo. Impacté la pelota con la zurda y le pegué al brazo en jarra del seguro muñeco boquense, la violencia del impacto lo hizo girar y aunque de una manera poco convencional y muy lentamente se fue al piso. Marita se me tiró encima y me besó todo como si hubiese ganado un millón de dólares. Guzmán que siempre se supo mejor, se sonrió y se puso contento por su amigo. Nos dieron a cada uno una muñequita negra de plástico con aros, una pequeña africanita que aún conservo en una de las vitrinas de casa. Nos fuimos hacia los otros juegos abrazados y el petiso me decía que le había tirado unos mangos al tipo que estaba a cargo del juego para que le dijera cual era el muñeco más liviano.

—Obviamente era el bostero el más liviano, si siempre los tenemos de hijos. Ja, Ja, Ja.

Con ese chiste futbolero y muy ingenioso le di por ganado el juego y le dejé por un rato la muñequita que me había ganado. Después en un descuido se la afané. Ja, Ja, Ja.

Las chicas mientras tanto se metieron en el juego de las ratitas, era simple pero apasionante en esa época al menos. Venía girando en una pista una supuesta rata gigante, sólo notabas su condición por su cabeza, en su lomo totalmente plano, traía unas diez ratitas pequeñas con un ganchito que estaba pegado también en sus diminutos lomititos, todas juntas paseaban en la pista circular, el objetivo era agarrar con una caña convenientemente diseñada, la mayor cantidad de ratitas durante el tiempo que durara la carrera. Mónica esta vez ganó la contienda y le dieron un anillo. El petiso se puso colorado y lo cargamos hasta que vimos que quedaban quince minutos para el cierre y nos fuimos corriendo hasta el tren fantasma.

—Vos no subas petiso, mirá si te dejan adentro.

—Pobre de vos, antes te dejan a vos que sos un muerto, te dieron el muñeco de boca, sino ni una vez lo tirabas. Ja, Ja, Ja.

La agarré a Marita y nos metimos en la cueva del tren del terror, en la oscuridad pasó de todo, pero cuando salimos del juego el único que tenía las evidencias del pecado fue Guzmancito, otra vez lleno maquillaje, como en el cine. Cuando salíamos del Italpark, me preocupé y me acordé de algo que se nos había pasado de largo en la emoción de la salida.

—Petiso, vos te diste cuenta de que la dejamos a Digna en la casa de mi vieja.

—Alfredito, no la podía lastimar y que nos vea salir con dos pibas. Le pedí que se quedara a dormir con tu vieja porque no andaba bien.

—Gracias Petiso, me hiciste pasar un día fantástico hermano.

No tuvo otra que dejar que lo abrace y el boludo se terminó emocionando, aunque nunca me lo quiso reconocer. Un tipo sensacional, fuera de serie.

Una semana más tarde, doña Lucia me pidió que fuese a su casa. Cuando llegué estaba junto a su

hija. Las miraba a ambas y me acordaba del primer día que había entrado en esa casa. Marita muy suelta de cuerpo me había dicho que su mamá estaba al tanto de todo, pero que sus hermanos y su padre no podrían dar un paso sin que ella los estuviese acompañando con la mirada. Lo cierto es que doña Lucia era la que velaba por toda su familia incluyendo a Marita que por su juventud se sentía envalentonada y no me quiso reconocer en su momento la importancia de su madre. doña Lucia, junto a su hija me solicitaron que visitara la casa el domingo próximo, era tiempo de que el novio de la única hija fuera presentado a toda la familia. No me acobardaba ni me hacía sentir más responsable el hecho de ser conocido por los demás integrantes, tampoco me sentía presionado por la formalización de la relación, el sentimiento por Marita era lo suficientemente fuerte como para no tener dudas y quedar oficialmente presentado. No me movía el interés de que nos escapemos con el petiso como lo hacíamos antes con distintas chicas, según la ocasión.

—Alfredo, esta noche voy a hablar con Carmelo y le voy a contar de tus intenciones. Seguramente va a gritar un rato, pero despreocupate, él es un buen hombre. Íntimamente sabe que si yo ya di el visto bueno es porque la persona que entra a la casa es confiable.

—doña Lucia, no hay problema. Se que voy a llevarme bien con él. Rápidamente va a darse cuenta de que mis propósitos con su hija son decentes.

—Mamá, el que lo va a estar inspeccionando para tratar de encontrar alguna cosa negativa en Alfredo va a ser Valentino. Siempre está molestando, sobre todo desde que tiene más poder en las decisiones de la mueblería. Desde que maneja el auto está más agrandado que de costumbre. Papá esta desanimado, le afectó bastante el hecho de no poder manejar más después del accidente.

—No había otra solución Marita. Por suerte ahora está yendo al oculista al menos. No es fácil para el soltar el control, pero no podía permitir que por su omnipotencia se estrellara nuevamente. La sacó barata y él lo sabe. Por tu hermano no te preocupes, también voy a hablar con él.

—Discúlpennme las dos, pero no veo la razón de preocuparse tanto por mí. Después de todo puedo hablar y presentarme ante ellos sin ningún inconveniente. Mis deseos son genuinos y algún día la nena se deberá casar con alguien.

—Mirá Alfredito, nene. Los hombres de esta casa son muy celosos de Marita, sobre todo ellos dos. Franco y Lorenzo son dos bebés todavía, aunque Lorenzo este año si Dios quiere se recibe de abogado. Lorenzo en cambio anda siempre en babia, quería ser actor de cine. Ja, Ja, Ja. Imaginate.

—No sé qué puede molestarles a ustedes que él sea actor si tiene ganas. Un día ustedes ya no van a estar más y él va a ser un infeliz toda su vida por su falta de carácter.

—Marita no le hables así a tu mamá.

—Nena, si tu papá no le hubiese dado el trabajo en la mueblería, no sé qué estaría haciendo ahora. Menos mal que se anotó en ese curso de oratoria, es bárbaro. Mirá lo importante es que se sepa ganar la vida, con este curso está más animado. Papá dice que vende un montón. Imaginate con la facha que tiene y lo bien que habla, por lo menos a las señoras las convence bien rápido, al fin y al cabo, las que elegimos los muebles somos nosotras. Si no tenés para comer es difícil que la felicidad llegue a tu vida.

—Mamá, lo que te quiero decir es que él necesita otras cosas además del dinero. La mueblería, es verdad que le da sus ingresos, pero lo veo levantarse a la mañana, casi como un robot de lunes a sábado, repite la rutina con exactitud para estar a horario y que Valentino no empiece a gritar porque llegan tarde al trabajo.

—Se le va a pasar ese berretín nena, además no queremos que se relacione con cualquiera. Esa gente es rara y siempre está metida en algún escándalo. Ahora hay que hacer lo que hay que hacer, muchas protestas en este país, nadie quiere trabajar. Si hubiesen visto las cosas que ví en la guerra. Los jóvenes siempre quieren cambiar el mundo, pero ahora es un momento muy difícil. Lo sabes Marita, no me hagas volver sobre el mismo tema.

—No mamá, lo único que te digo y no quiero hablar más de esto es que me preocupa la falta de rebeldía de Franco, me da miedo que un día explote y se vaya de casa y no nos vea más.

—Eso no va a pasar. No es tonto, no gana mal en la mueblería. Si no tuviese esos ingresos no podría darse la vida que se da todos los fines de semana. Siempre con una chica distinta. Le gusta la buena vida también, no la va a dejar por subirse al escenario del teatro San Martín. El que es vivo es tu hermano Lorenzo, a fin de año abogado, ya le dijo a papá que el año que viene no va a estar más en la mueblería y está bien, tiene que buscar trabajo de lo que estudió, eso en el futuro lo va a llenar de plata. Siempre fue distinto este pibe, parece como que no le importa nada, que anda siempre de parranda, que sale con muchas chicas, que va a las carreras de caballos y que se gasta la mitad del sueldo en la lotería. Pero sabes que, él es un tipo de suerte. La heladera que ves ahí, la compramos al contado, con la plata del premio que se ganó tu hermanito, al igual que el televisor. Déjenlo que siga jugando. Ja, Ja, Ja.

—Siempre fue tu preferido Lorenzo, más que Valentino y a Franco ni siquiera lo tenés en cuenta.

—¿Como me hablas así Marita? Puros celos son esos, los quiero a todos por igual. Nada más digo lo que me parece de cada uno. ¿A vos no te acompaño en todo acaso?

—Estaba hablando de ellos, mamá.

Me estaba sintiendo un poco incomodo con toda la situación. Participar en esta discusión familiar por la disputa del amor materno no era algo que me interesara. Aproveché que era día de semana y les dije que tenía que seguir con las reparaciones de los teléfonos en los domicilios. Me entendieron sin ningún problema. Me subí a la Citroneta, prendí un cigarrillo y me puse a pensar en la familia de mi novia. No tenía mucho que ver con la mía, principalmente porque en casa no había hermanos con quien compartir el amor de la vieja y además el único hombre de la casa era yo. El viejo lo habíamos perdido en un raro accidente de tren que la vieja nunca me había querido contar con demasiado detalle. No solía ahondar en eso, no nos hacía bien, pero de pronto y en relación con la que sería seguramente mi familia política me puse a pensar en el viejo. Él era

maquinista de tren y precisamente era un experto conocedor de los trenes y de todos sus secretos. A veces me llevaba y me mostraba los controles y me explicaba sus trabajos, pero a mí me gustaba más arreglar las cosas eléctricas, la radio que dos por tres se descomponía, así fue como me puse a estudiar para técnico en el industrial, había entrado de pibe a ENTEL y luego ahí aprendí todo lo que se de telecomunicaciones. Papá tenía su día de franco el día de su muerte, eso me enteré más tarde, porque se lo escuché decir a alguien el día del velatorio. Era una señora bastante maleducada que hablaba a los gritos, no era alguien que conociera. Luego de esa noche no la vi más por el barrio, quizás venía acompañar a algún vecino. La vieja nunca quiere hablar de ese tema, anda a saber qué fue lo que pasó realmente. Pero en la empresa se portaron muy bien y nos dieron todo lo que necesitábamos, por suerte mi vieja pudo cobrar rápido la pensión. La idea de la muerte en el tren en su día de descanso y la negativa de mi madre a veces alimentaban en mí la idea de que quizás no fue un accidente, tal vez por una razón que desconozco quiso terminar sus días en ese lugar que tanto amaba.

Un domingo soñado, ni una nube en el cielo. En esta época está prohibido decir que es un día peronista, aunque a mí francamente no me unía ninguna simpatía con este señor, intuía que era un error grande no dejarlo volver a competir. Años más tarde comprobé que no estaba equivocado. La olla a presión explotó y pagaron justos y pecadores, por vanidades, mezquindades y un deseo de poder de todos los que peleaban por él.

La cita en la casa de Marita era a las once y media, la idea era charlar un rato mientras disfrutábamos de una picada acompañado de un vermut. Me fui caminando hacia al hogar de la familia Grasso, cigarrillo en mano, cuando llegué a la esquina de la casa, le compré un ramo de rosas a doña Lucia, luego me metí en el almacén de al lado y elegí un vino que ni en los días de fiesta consumía, pero era un día especial.

Al llegar a la puerta, de fondo escuchaba otra vez la misma canción que sonaba el día que había pisado por primera vez esa casa: doña Lucia se había comprado el disco y lo pasaba a cada rato. Toqué el timbre y esperé unos segundos.

—Buenos días, soy Valentino. ¿Vos sos Alfredo verdad?

Valentino era como lo imaginaba, alto de mirada penetrante y de voz muy grave. En su andar se notaba que sentía ser el dueño absoluto de la casa.

—Buenos días. Si me permitís, este vino es para el almuerzo. ¿Acostumbran a tomar vino verdad?

—Sí, claro. Ahora viene mi hermana y le das todo a ella, permiso.

—Sí, andá

Apareció Marita arreglándose la manga de un vestido de azul estampado con unas flores rosas muy delicadas. Lucía molesta y un poco apurada, ella había llegado tarde a la entrada. Su hermano adrede había abierto la puerta para que me quedara claro quien mandaba.

—Este es siempre el mismo maleducado. ¿Las flores son para mí?

—No, señorita, son para su madre, a usted le compre otra cosa. Sorpresa.

—No me gustan las sorpresas, dámelo ahora.

—Luego del almuerzo, ¿me imagino que vamos a salir verdad?

—Verdad

—Entonces, deberás esperar unas horas. No es tanto.

Miré hacia los costados para que no nos sorprendiera ningún intruso y le di un beso como adelanto a la sorpresa.

—Este es mi primer regalo de hoy, luego la sorpresa.

—¡Ufa! Mamá está Alfredo —Gritando para que se acercara la madre.

Mientras tanto el tocadiscos había sido tomado por Franco, el más sensible de esa casa. Era un fanático de los Beatles, sonaba el tema: “You’re Going to Lose That Girl”. Algo entendía de inglés. ¿Este me estaba mandando un mensaje en clave de que iba a perder a mi novia? Mientras

pensaba en eso se apareció.

—Hola, soy Franco y vos

Tenía una camisa de varios colores, unos pantalones turqueses bastante osados para esa familia y un peinado bastante parecido al de sus ídolos cantantes.

—Alfredo, encantado. Veo que te gustan los Beatles. ¿Mirá que entiendo inglés eh?

—Ja, Ja, Ja. Lo decís por la canción, puras casualidades. Igual cuidala a Marita o si no acá el primero que te va a arrancar la cabeza soy yo. Ja, ja, Ja. No me lleves el apunte es un chiste.

—Si Alfredo no le des bolilla, Franco es mi hermano preferido, no Fran.

—No, mentira. Te odio profundamente Little Maria.

Se fue cantando y se metió en la pieza a seguir escuchando al grupo sensación.

—Lo quiero mucho a Franco, desde chico fue el que más sufría por todo. Tiene un don especial, así como mamá puede anticipar el futuro, Franco tiene la suerte o desgracia para este mundo de sentir profundamente cada momento de la vida. Por eso sufre, es muy apasionado con sus cosas y cree demasiado en las personas. Valentino lo maneja a su antojo y le envidia su encanto. Les ha llenado la cabeza a mis viejos para que no lo dejarán dedicarse a lo que más le gusta. A él le encanta ir a ver espectáculos, siempre anda por el Di Tella, una noche hubo una razia policial, vaya a saber porque razón y se lo llevaron. Luego de eso mis viejos quedaron más asustados y le prohibieron que se relacione con artistas, de cualquier modo, él lo sigue haciendo. Tiene muchos amigos actores. Nadie lo sabe, pero hace un mes empezó un curso de actuación, está feliz. Es nuestro secreto.

—¿Qué es lo que están hablando en vos tan baja ustedes dos? —Dijo doña Lucia.

—En realidad le decía a Marita que me había costado mucho conseguir unas flores tan hermosas para agasajarla.

—Nene, muchas gracias por las flores, pero a mí no me engañan ustedes dos, confiesen.

—Bueno, en realidad Marita me estaba aleccionando un poco para que no la haga quedar mal con su papá.

—Pero por favor. Carmelo por favor podés venir un minuto acá.

Apareció el famoso don Carmelo. Era gigante, parecía un oso de los que veía en el zoológico, unos bigotes bien espesos, con cara de malo para impresionar, lucía ser un hombre que la vida lo había endurecido, pero aparentaba ser un buen padre de familia. Se apareció en musculosa y unos zapatos gastados.

—Carmelo, por favor. —doña María le hacía señas por su falta de elegancia.

—Ah, espera un minuto.

Madre e hija meneaban la cabeza por la falta de delicadeza del pobre ebanista. A los dos minutos volvió con camisa, corbata y un perfume que invadía todos los ambientes de la casa.

—Encantado, muchacho. Discúlpeme, pero estaba arreglando una silla.

—No se preocupe señor. Faltaba más.

—Ustedes dos, déjenme con el muchacho que quiero hablar con él cosas de hombres.

Las dos mujeres obedientes se fueron rápido hacia la cocina, don Carmelo me llevó hasta un cuarto que tenía destinado como una especie de taller. Todavía se sentía olor a cola de carpintero. Estaba la silla que estaba reparando, con su tapizado en pana bordo, impecable.

—En esa silla puede sentarse joven, no se va a caer seguro.

Le devolví una sonrisa leve, me sentí aceptado. Como cuando era chico recordaba cuando mi viejo me mostraba su trabajo. don Carmelo me estaba llevando al lugar de la casa que seguramente lo hacía sentir más relajado y reconfortado. Encontrarse con sus cosas y trabajar hasta tarde con las reparaciones chicas que no hacía falta llevar a la fábrica lo hacían feliz. Despuntaba el vicio de su verdadero oficio, carpintero devenido en ebanista.

—Paso tiempo acá haciendo algunos arreglos, sólo sillas. Fíjese que están nuevas, pero a veces la

fábrica las entregas mal encoladas y a mí me gusta trabajar bien y que ningún cliente se me ande quejando. Además, me gusta hacerlo. Algunos se van a pescar los fines de semana para distraerse, a mí me gusta descansar aquí, trabajando, ja, ja, ja.

—Bueno, pero seguramente, no pasa todo el tiempo aquí.

—No claramente. Me gusta ver boxeo por televisión o escucharlo por radio. Le diría que escucharlo por radio me gusta más, me mantiene más atento. ¿Usted que hace a la noche, cuando no duerme?

—De lunes a viernes estoy trabajando hasta las seis más o menos. Las noches las uso para dormir, pero a veces no le digo que no me he acostado tarde. Salgo principalmente con un amigo, nos gusta ir al billar de los Navarra a tirar unas bolas. Antes de conocer a Marita imagínese que los fines de semana también salía a bailar. No se enoje, pero prefiero contarle la verdad.

—Menos mal que tiene una vida normal de un pibe de su edad. Me preocuparía que me dijera que se la pasa leyendo toda la noche. A veces mucha lectura a algunos les nubla las ideas y después vienen los problemas. Mejor es trabajar y tener los pies sobre la tierra, a veces tengo discusiones con el más chico por esos temas. Tiene unas ideas tan raras. Hay muchos jóvenes queriendo hacer una revolución ahora. Siempre cuando uno es joven piensa que todo lo que hicieron los que vinieron antes estuvo como el traste. Lo que me preocupa ahora es que veo en algunos pibes que no están haciendo caso, no sé si usted ve lo mismo. Usted no es de esos ¿verdad?

—Vea Señor, observo lo que usted dice, pero siento también que hay mucha agresión desde el gobierno. Quizás el camino no sean los palos permanentes. Quizás habría que hablar con la gente de otro modo y explicarles un poco más. Muchos pibes se ven amenazados, cuando los mataron a palos en la universidad quedaron muy resentidos.

—Ahí es adonde quiero ir. Uno tiene que ir a aprender a la facultad, no hacer política, ni a pelearse con la policía. Esos profesores les metían ideas raras a los pibes en la cabeza. Por suerte

los han sacado.

don Carmelo, temía que tuviese a una personalidad similar a la de Tito Espinosa. No sé hasta qué punto conocía la relación que tenía con Marita. Pero ese domingo supe claramente en que vereda estaba parado. No estaba de acuerdo en lo más mínimo con sus ideas. Pero preferí dejar la cosa ahí, después de todo era mi carta de presentación y don Carmelo debía quedarse tranquilo que su hija no estaba con un agitador y una persona que quería alterar el orden establecido.

—Si, no estoy tan al tanto de los profesores, pero me entristeció tanta violencia. No me parece la vía para arreglar los conflictos. Creo que hay que dialogar.

—Usted, parece un buen tipo, pero le voy a dar un consejo, con algunos mejor ni hablar, ni tenerlos cerca. Hay gente que no entiende otra cosa que unos buenos mamporros.

—A mí me gustan ver las piñas en el ring. ¿Nunca va al Luna Park?

—Si, me gusta ir, a veces voy con Valentino que es bastante fanático.

—Estuve en la última de Acavallo, como pega Roquiño. Se la dieron por puntos, fue una paliza.

—Esa no la vi. Bueno vamos para el patio a comer la picada y de paso estamos un poco con la familia. Mi mujer debe estar preocupada a esta altura. Me dijo: “no le hables mal al muchacho, es un pibe trabajador”. Mire Alfredo usted me cae bien y mientras mi hija se sienta contenta, no va a tener ningún problema conmigo. Por lo poco que hemos hablado descuento que vamos a llevarnos bien.

—Si señor, quédese tranquilo. Marita es una hermosa persona que merece una buena compañía. Humildemente creo que tengo las condiciones para estar con ella.

—Bueno mejor así. Vamos a comernos la picada.

Salimos del cuarto y estaba toda la familia sentada en el patio alrededor de la mesa plegable que sólo abrían los domingos, no ocultaban su interés en saber si don Carmelo salía con el pulgar arriba o pulgar abajo. doña Lucia miró a su esposo y entendió rápidamente y como suponía, que

el Cesar no me mandaría con la manada de leones, quizás le había contado todo lo que había pasado en Córdoba, todas sus preguntas sobre mis pensamientos políticos me llevaban a pensar que el matrimonio no tenía secretos, más si estaba en juego el destino de su hija. De lo que, si estoy seguro, es que todo esto se lo reveló seguramente con el hecho consumado, don Carmelo no le hubiese permitido nunca a su hija ir tras un subversivo según creía y menos en el momento que se habían dado los hechos.

—Vení sentate aquí al lado mío, todos estos son medio yeta. Ja, Ja, Ja

—Vos debes ser Lorenzo verdad, el que acierta siempre los números de la lotería.

—Precisamente, por eso te digo que te quedes acá a mi lado, quizás se te pega algo de suerte.

—Bueno, no lo tomen a mal ni como que quiero darme corte, pero ha sido más que suerte que se haya jubilado don Vicente y mi posterior asignación a esta casa. Así la conocí a Marita.

—Fijate que Vicente era un buen hombre, pero siempre andaba con cara triste, anda a saber la vida del pobre tipo, pero cada vez que le hacia algún chiste me mandaba a pasear. Creo que me agarró bronca porque una vez le pedí que me dijera un número para apostar a la quiniela, le propuse que, si acertaba, el veinticinco por ciento era para mí y el resto para él. Le pedí el peso para hacer la apuesta y le traje el recibo para que no dudara de mí y le pedí que no me vaya a engañar si ganaba, que yo estaba al tanto de todas las loterías. Luego el número no salió y el tipo me quería cobrar los veinticinco centavos de la apuesta. Lo mande a pasear. Ja, Ja, Ja.

—Pobre Vicente, mira si te vas a pelear con él por veinticinco centavos, sos un maldito.

—Marita vos sos un sol, no confíes tanto en la gente. El buen don Vicente cuando vos no te dabas cuenta bien que te miraba cuando te ibas.

—Pero no seas mentiroso pobre Vicente. Cualquier cosa estas inventando. Le servía un mate siempre que venía. En realidad, con la que hablaba más era con mamá.

—Nena dejá de decir pavadas que después tu padre se lo cree y me vuelve loca a mí.

—Lucía, ese Vicente era un viejo, mirá si me voy a hacer mala sangre por ese pobre tipo.

Todo se desarrollaba en un ambiente muy afable, después de todo me recibieron mejor de lo que esperaba. El único que no abría la boca era Valentino. Controlaba todo con su mirada y me hacía saber que debía hacer muchos méritos para ser digno de estar en su casa. Sus pocas preguntas eran inquisidoras y molestas. Marita me miraba y estaba atenta a todo, deseaba que me sintiera cómodo. Valentino era alguien con el que ella no se llevaba bien. Habían discutido hacía algún tiempo cuando Marita colaboraba en la mueblería, los celos de él y el buen manejo de las cuentas por parte de su hermana, llevaron a que la relación se fuera minando hasta que, en un momento, aseguró que faltaba dinero en la caja y la responsabilizó a ella, no de sustraer el dinero sino de no estar atenta a los pagos. don Carmelo no soportaba discutir con su hijo mayor y futuro heredero de los negocios de su padre. Prefirió hablar con Marita y pedirle que se quedara un tiempo en casa ayudando a su madre, hasta que todo se calme. Lorenzo era el hombre afortunado de esa casa, pero quien posibilitó mi entrada y el posterior encuentro con Marita había sido Valentino con sus celos enfermizos, paradójicamente debía estar agradecido a este sujeto por dejar a su hermana esa tarde especialmente en la casa para que Alfredo Ricci pueda tomarla y no abandonarla nunca más. Luego de la succulenta picada y varios vasos de Gancia estábamos todos muy distendidos. La señora de la casa nos trajo su especialidad, tallarines íntegramente caseros con una salsa boloñesa insuperable, budín de pan con crema a los postres. Lorenzo y Franco se rajaron rápido, el matrimonio se fue a dormir. Nos quedamos los tres, Valentino, Marita y yo.

—Bueno Alfredo, espero que hayas pasado un buen momento en nuestra casa. Hasta pronto. —
Me iba a tomar del brazo para acompañarme a la puerta.

—Valentino, ¿vos salís con Bianca ahora no es cierto? —Dijo Marita

—Si, si ¿Por?

—Depende a donde vayan te voy a pedir que nos alcances con el auto. —Era una forma de decirle a su hermano que ella decidía cuando despedir a su novio.

—Eh, mirá no lo tengo decidido, pero...

—Dejá no importa, vamos a dar una vuelta por acá cerca. No te preocupes.

Le di la mano a Valentino y se la apreté muy fuerte, fue el primer signo para indicarle que no me iba a pasar por arriba.

—Un gusto Valentino, no vemos

—No vuelvas muy tarde Marita, sabes que a papá no le gusta que andes sola de noche.

—No te preocupes que no va a andar sola en ningún momento. La voy a dejar aquí en la puerta. No muy tarde, no quiero que don Carmelo se vaya a preocupar. Nos vemos.

Esto último se lo dije en otro tono. Sentía que iba a tener que batallar con este tipo que parecía no tener vida, aunque si la tenía, pero nadie se animaba a ubicarlo en su lugar. Marita me agarró y me sacó rápido de la casa para que no se armara una discusión. Nos fuimos caminando con destino incierto, aunque queríamos ir para el lado de Avenida Santa Fe. Estábamos cercanos a la primavera y por esos lugares iban vistiendo las calles para la llegada del desfile que hacían todos los años para elegir la Reina de la primavera. Preferíamos caminar antes de tomar un colectivo, íbamos charlando muy relajadamente, comentando lo que había sido la presentación en sociedad. Cuando nos sentíamos cansados no subíamos al bondi que nos acercara, luego a la vuelta siempre volvíamos en transporte público. Esa tarde luego de pasar por la lujosa y elegante Avenida de las reinas primaverales, la llevé hasta a una placita grande que está aún en Figueroa Alcorta, en el medio tiene una pileta bien grande y todos los chicos llevan sus barquitos o veleros de juguete y los hacen navegar dentro de esas aguas en donde las embarcaciones están a salvo del naufragio. En una punta había unos pibes, deberían tener siete y doce años, parecían estar solos, sin los padres. Miraban los barcos de los demás, pero ellos no tenían nada y sus miradas me partían el corazón. Le pedí a Marita que revisara su cartera para encontrar algún papel, al menos para hacer un barquito casero y regalárselo a los pibes. Nos pusimos a buscar como locos. Frustrados por no encontrar nada que pudiera ayudar, nos quedamos mirando de reojo a los pibes

que seguían ahí solitos. De repente apareció el padre con dos lanchas, le dio una a cada uno y al más chico le dijo, “tratala con cuidado, no hagas como hiciste la otra vez que la prendías y la apagabas antes de llegar aquí y luego se quedó sin pilas y no la pudiste usar”. Se ve que el padre las tenía en el auto y las fue a buscar justo y nosotros nos hicimos toda una película con los dos huérfanos sin barquitos. Cuando empezó a caer la noche y todos se empezaron a ir. Nos quedamos frente a la gran pileta, los dos solos, con la marquilla del cigarrillo finalmente pude hacer un pequeño barquito que pude conseguir que flotara al menos. Lo dejamos ahí y la brisa lo empezó a mover y navegó bastante, pero cuando estaba llegando casi a la mitad del recorrido, el papel se humedeció demasiado y se hundió. Marita comenzó a llorar.

—¿Que te pasa, te quedaste mal por los pibes o por nuestro improvisado Titanic?

—No sé, si estuviera mamá aquí y hubiera visto como se nos hundió el barquito no le hubiera gustado. Ella cree mucho en las señales que aparecen sin que nos demos cuenta.

—No te pongas mal, nuestro barco es bien sólido “Little Maria”, como te dice Franco.

—Se que estamos muy bien juntos y que me demostraste mucho valor cuando te necesite cerca. Pero a veces me da miedo.

—¿Miedo a que tenés?

—A eso que vimos recién, que nos hundan el barco.

—Pero era un final anunciado, el pobre navegó más de lo que hubiéramos pensado. Lo podés pensar de este modo, que colmó las expectativas y las superó, un barquito de papel se hunde en un segundo, este en cambio hizo un largo viaje, quedémonos con eso, con la vida que pudo tener pese a sus precarias condiciones, finalmente de uno u otro modo en algún momento todos vamos a detener nuestra marcha. Lo que te puedo prometer que estoy seguro de que hasta que eso llegue vamos a estar los dos juntos. ¿Me puse demasiado sentimental también no?

—Si, Tonto. Sos hermoso, siempre con esa mirada optimista.

—¿Vos crees? Sólo quiero verte contenta. No quiero que sufras. Siempre voy a hacer todo lo que este a mi alcance para conseguir ese objetivo. Siento mucha felicidad de haberte conocido. Sólo trato de devolverte todo lo que me da el sólo hecho de tenerte.

—No sé si me estas armando un cuentito como lo hacía don Carmelo cuando era chiquita o sos un poeta encubierto.

—Quizás es el espíritu que alberga en esta plaza el que vierte las palabras en mi oído. Ja, Ja, Ja.

—¿Y cómo se llama ese espíritu?

—Mirá ahí, en ese cartel “Plaza Ruben Darío” Ja, ja, Ja

—Sos loco, más bien creo que me haces acordar a don Carmelo cuando me decía que el mundo era tan maravilloso como el cielo que cambiaba sus colores. A la mañana se vestía con un traje bien patriótico y a la noche se dejaba llenar de estrellas para que todos los chicos tengan una que podían tomar para que los hiciera brillar y no tengan miedo a la oscuridad antes de dormir.

—Creo que se hizo muy tarde y si no llegamos a tiempo el que no va a poder dormir soy yo, después de lo bien que le caí a don Carmelo, sino te dejo antes de las nueve me va a dejar las suelas de su zapato estampadas en el culo. Ja, Ja, Ja.

—Dale, vamos. Esperá un minuto ¿Vos no me ibas a dar una sorpresa?

—Es verdad, pero todavía no la conseguí. La encargué esta semana, pero aún no me lo consiguieron.

—Bueno, por lo menos decime de que se trata.

—Ya te dije, ¡sorpresa!

—Sos un chanta, caminá que la que te va a agarrar a patadas soy yo. Ja, Ja, Ja.

Terminó ese año y la llevé a mi vieja a cenar en navidad y año nuevo a la casa de la familia Grasso. Mamá la apreciaba mucho a Marita, entendió rápidamente que era la mujer de mi vida y veía como a partir de haberla conocido, mi vida había dado un giro notable. No porque antes

fuese un desastre, pero ella quería que yo tuviese una familia. El hecho de que me uniera a un clan numeroso la alegraba, sobre todo en las fiestas. Ellos eran muy unidos a pesar de las disputas generadas por celos principalmente. Los días festivos del fin de año se disfrutaban de principio a fin, luego de eso todo volvía a la normalidad como en cualquier casa, pero esos días los recuerdo de una manera grata. Las caras de compromiso de los hermanos abriendo los regalos de doña Lucia, medias para todos y del mismo color. don Carmelo, siempre ligaba unos calzoncillos. Mi vieja llevaba una colonia para cada uno de los hombres de la casa. Para doña Lucia un jabón elegante y a Marita un pañuelo con diversos colores y diseños típicos de la época. Las dos señoras más grandes nos pedían el compromiso formal todos los años, los señores se asociaban en esa instancia para poner exactamente la misma expresión de disgustos en su cara, eso jugaba a mi favor. Quería estar bien parado antes de casarme y no tener que vivir pidiendo que nos ayudaran. Marita iba a amoblar nuestro departamento, eso era algo que sabíamos, sería el regalo de boda. Pero había que tener una casa donde vivir, pedir un crédito. Sólo no iba a poder y comencé a ver qué posibilidades había de poder crecer en el trabajo. Un año más me llevó mi ascenso y finalmente salí de los domicilios a un puesto de jefatura interna. La supervisión que ya no ostentaba pasó a manos del petiso que seguía reportando a mí. Ese ascenso significó una diferencia económica que me permitió meterme en un préstamo no muy grande y para las fiestas en que dejaba la Citroneta de trabajo, tuve mi primer auto, un Peugeot 404. Ese año había comenzado muy convulsionado. Las cosas en el país cada vez se ponían más espesas. Una época violenta en todo el mundo, EE. UU. y sus eternos problemas terribles de racismo encontraba en Martin Luther King un valor muy importante en la lucha por sus derechos, pero en abril de 1968 le pegaron un tiro y con eso obtenían la desazón y desesperanza de una parte muy importante de la población que era segregada, humillada y asesinada en algunos casos. La revolución que se estaba cocinando en Argentina era parte de un reordenamiento mundial. Ese año específicamente se producía una rebelión estudiantil en Francia, que recorrió el planeta. El universo pedía cambios y los jóvenes sentíamos que podíamos transformar las cosas, aunque siempre me mantuve al margen, en algún caso observaba con optimismo cierta rebelión. Luego

eso fue cambiando en mí.

Pasaban otras cosas durante ese año que nos distraían o nos divertían según fuera el caso. Con el petiso nos levantamos un domingo bien temprano. Hacía nueve años que los cuervos no dábamos la vuelta olímpica, le habíamos ganado a las gallinas tres a uno en el partido de semifinal en la cancha de Racing, el último miércoles. La gran final se jugaba precisamente en la cancha de River, el gallinero estaba a pleno, pero del otro lado teníamos al campeón de libertadores, ese año Estudiantes a fin de año se coronó campeón del mundo, pero esa tarde tenía a un equipazo en frente que venía invicto hasta ese día. Llegamos como siempre en el fitito del petiso, nos comimos unas hamburguesas en la cancha y nos acomodamos esta vez en dos plateas, bien valía el esfuerzo de gastar un mango más para ese partido. La parada no era fácil, pero el equipo azulgrana inspiraba mucha fe. La fui a ver a doña Lucia antes de encontrarme con el petiso y me dio su bendición, andá tranquilo nene, hoy dan la vuelta. Era raro, pero me había llenado de optimismo con esas palabras, es cierto que la madre de Marita tenía muchos aciertos en su haber y además como si eso fuera poco, Lorenzo a la pasada me dijo: “Andá tranquilo que aposté por San Lorenzo”, que podía fallar. El que hervía de bronca era Valentino que me destiló su veneno: “Tienen buen equipo, pero estudiantes es mejor, suerte igual”. Le di las gracias como un caballero y me agrandé y le dije.

—Igual quien nos quita lo bailado. Se comieron tres con nosotros. Así que con eso ya me voy contento. Nos vemos Valentino.

Me quería matar el tipo, que era socio de River casi desde la panza de la madre, pero apuré el paso. Me agarré de la cadenita que me había regalado mi vieja para la comunión, que me acompañaba siempre y la apreté bien fuerte mientras pensaba “No me abandones Diosito hoy por favor”.

Empezó el tan esperado partido que se presentaba bastante trabado en un principio, hasta que en un momento hubo un ataque pincha que terminó con un remate no tan fuerte y que Batman Buttice pudo contener con un poco de dudas. El petiso se puso nervioso y se cayó de su butaca.

Lo levanté como pude y le pedí que se quedara quieto. Los dos estábamos muy nerviosos, nos jugábamos el campeonato esa tarde. Hubo algunos ataques más de ambos equipos, pero no paso a mayores y terminado el primer tiempo la cosa estaba como cuando empezó, empatada. El segundo tiempo se nos vino encima, no hicimos a tiempo a ir al baño que ya estaba otra vez la pelota en juego. Córner para ellos a los cinco minutos, el arquero dio un rebote y la Bruja Verón, que estaba en el lugar menos indicado y en el peor momento, clavó un zurdazo desde casi el vértice del área chica que se clavó en el ángulo del arco más lejano desde donde partió el cañonazo. Estábamos perdiendo, pero recién empezaba, quedaban cuarenta minutos para torcer la historia, el petiso se fue otra vez al suelo, pero esta vez se golpeó la cabeza y se desmayó, me quería morir. Entre cuatro lo llevamos al baño y le tiramos tanta agua para despertarlo que casi lo ahogamos, pero por suerte lo revivimos. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la indisposición del pobre Guzmán, pero sabía que el partido no había variado, no se había escuchado ningún grito durante nuestra ausencia. Cuando nos volvimos acomodar recordé que tenía en uno de mis bolsillos la portátil, la encendí y me puse el audífono, al cabo de unos segundos corroboré que todo seguía como pensaba, pero habían pasado casi veinte minutos de nuestra ausencia. La gente en ese momento comienza a pararse, una jugada de peligro por la derecha protagonizada por Toscano Rendo alentaba a nuestra parcialidad a conseguir la igualdad, la pelota ingresa en el área de estudiantes y con un certero remate de Toti Veglio, la red vibra con el contacto del cuero de la redonda. Estábamos uno a uno y faltaban veinte minutos. Nos besamos por primera vez con el petiso y nos abrazamos con un montón de tipos que no habíamos visto hasta ese día. El petiso se había sacado la camisa cuando lo empapamos, sólo tenía puesto el saco y la corbata sobre el cuello. Siempre su criterio para la elegancia marcaba la tendencia de la moda. El tiempo restante se fue extinguiendo lentamente hasta que el árbitro Comesaña hizo sonar el silbato marcando el fin del tiempo reglamentario. A estas alturas temía seriamente por la salud del petiso. Su corazón cuervo, estaba muy golpeado por las emociones. Necesitábamos salir campeones esa tarde o lo perdía ahí, en el mismo estadio. Si hubiese sido en el gasómetro, vaya y pase, pero morir en el gallinero hubiese sido deshonesto, así que vinieron a mi memoria

las bendiciones de doña Lucia y las apuestas de mi afortunado futuro cuñado. Había que tener fe. Los cigarrillos que consumí esa tarde fueron miles creo, no lo recuerdo exactamente. Pero los tres paquetes que tenía desaparecieron antes de terminar los noventa minutos. En el alargue descargaba mi angustia pegándole a Guzmancito con cada situación de mínima tensión. Esa tarde tenía que ser perfecta, había demasiadas cosas a favor como para que no terminase bien. Tiro libre del Toscano Rendo, la pelota tras un rebote cae en el poder del Lobo Fisher, Zapatazo terrible y gol. Hasta Caperucita roja lo fue a abrazar al Lobo esa tarde. Luego había que aguantar o meter uno más para quedarnos tranquilos. Duros y abrazados con Guzmancito hasta el final. De repente la locura, terminó el partido, éramos campeones otra vez. Llorábamos abrazados, miles de imágenes se me venían a la cabeza, el sueño de pibe de poder estar en ese equipo, los esfuerzos en el entrenamiento, nuestros días con el petiso disputándonos la camiseta número diez. El llanto del petiso que me mojaba la cara decía eso y mucho más. Él hubiera podido perfectamente haber dado la vuelta ese día, pero con los cortos y la camiseta de los jugadores de primera.

Ese año, los acontecimientos deportivos habían sido rimbombantes a nivel local y a nivel internacional. Los primeros días de diciembre, más cercano a la mitad de mes, ocurriría un evento de los que llamaría uno de los eventos del boxeo del siglo. Un combate en el que nuestro Nicolino Locche, ese verdadero artista que tuvimos daba una clase magistral de lo que es el boxeo. El arte de pegar sin dejar que nuestro oponente haga lo propio. Siempre me había atraído su forma de combatir, me daba la sensación de que subía a divertirse y divertimos a todos los que estábamos ahí debajo del ring para verlo. Según los que más sabían, no pasaría del Luna Park, es más muchos decían que era una invención del dueño del Luna, Tito Lecomte. Lo cierto es que una mañana de diciembre muy lejos de aquí, precisamente en Japón, tenía su oportunidad de oro. Eran épocas que salir campeón del mundo en boxeo y en el exterior tenían un gran prestigio, pero las regalías si bien no eran magras, fueron exiguas al compararlas con las recibidas en los años posteriores por campeones de menos valía inclusive. La pelea era en la

noche japonesa pero las doce horas de diferencia con nuestro país nos obligaba a levantarnos temprano, estar despabilados y principalmente atentos a los relatos por radio del maestro Osvaldo Caffarelli, lamentablemente todavía los acontecimientos que se desarrollaban en el exterior no se podían ver en directo por la televisión, había que esperar unos días para verlos. La calidad de los relatos y los comentarios eran de tan alto nivel que uno sentía que estaba ahí. Esa mañana me fui a casa de don Carmelo, sus problemas en la visión se empezaron a agravar y hacía más o menos un mes que no iba todos los días a la mueblería, necesitaba descansar. En esos días lo reemplazaba Marita que ya había limado en parte las asperezas con el mayor de sus hermanos. Mi futura suegra me recibió en la puerta.

—Buen día Alfredo. ¿Trajiste facturas? No hacía falta.

—Media docena nada más doña Lucia, para compartir con los mates.

—Se levantó deprimido, no le hace bien quedarse en casa. Vos hablale todo el tiempo nene, a vos te escucha. Valentino que siempre conversaba mucho con él, últimamente al verlo así de capa caída es como que lo rechaza, no puede ver que su modelo a seguir esté flaqueando. Por suerte sus otros hijos están más cerca de su papá ahora, sobre todo franco, eso me alegra. Marita lo cuida mucho también.

—No se preocupe por hoy doña Lucia, Locche nos va a dar una gran mano, aunque este bastante lejos. Espero que hoy además de esquivar las piñas, le llene la cara de dedos al japones.

—Esperemos que sí.

—¿Qué pasa? doña, hoy no tiene un buen palpito.

—No es eso Alfredo, estoy muy angustiada por Carmelo. Te voy a contar algo, pero no quiero que ni siquiera Marita este al tanto. Mi marido en uno o dos años va a perder totalmente la visión.

—No, como puede ser. Lo vieron distinto especialistas.

—Carmelo no quiere ir a ver a nadie más, pero con los estudios que tenemos me fui a ver a tres médicos más, si bien todos me piden verlo, no son optimistas y están de acuerdo con el diagnóstico inicial.

—Que macana tan grande. Pobre don Carmelo. Lo vamos a acompañar para que no se sienta tan mal, traten de no ver tanta televisión. Búsquense algún programa de radio que puedan compartir, pero principalmente hay que estar con él.

—Andá ahora con él, se metió en el taller con la radio.

Me fui a buscarlo y lo convencí de llevar la radio al patio así escuchábamos la pelea los tres, mientras nos tomábamos los mates con las facturas. A los pocos minutos arrancó la pelea, los tres minutos que duraba cada round, en la casa no volaba una mosca, sólo un aliento en cuanto escuchábamos alguna instancia favorable para el argentino en Japón. Los comentarios de Ernesto Cherquis Bialo que llegaban desde el parlante, eran de lo más alentadores y a medida que se iban sucediendo los rounds, podíamos llegar a visualizar en nuestra imaginación que el japonés no alcanzaba a pegarle casi en ninguna instancia a Locche y como contrapartida, Nicolino le estaba pegando todos los golpes que se había ahorrado en los combates anteriores. Acostumbrando a llegar sobrado a las tarjetas, Nicolino pegaba poco y acertaba y la destreza para esquivar todo lo que le tiraban lo hicieron merecedor del apodo: El intocable, ganador permanente. Ese mote surgió de un periodista argentino que lo bautizó luego de quedar asombrado en una de sus contiendas. Nos transmitían que las tarjetas de la pelea lo daban ganador a nuestro boxeador, pero en el exterior tenías que arrancarle la cabeza al crédito local para que te dieran la pelea. El combate era a quince rounds y estaba pasando más de la mitad del mismo y ya nos abrazábamos con don Carmelo.

—Parece que se acordó de pegar hoy este.

—Le dije don Carmelo que ganaba. Le tenía mucha fe.

—Bueno, quédate mosca pibe que todavía falta.

—Ay Carmelo no seas pájaro de mal agüero, que el pibe tiene razón.

—Cállense que empieza el octavo round.

Empezó el octavo y la cosa seguía complicada para el japonés, todo nos hacía pensar que la victoria estaba cerca, las voces de júbilo que se escuchaban desde la radio nos tenían a todos locos, se empezaban a escuchar gritos de las casas vecinas anticipando la victoria. Los relatos nos decían que el hasta ahora campeón tenía casi sus ojos cerrados e hinchados por los golpes recibidos, del otro lado Locche conocido por escaparse de los entrenamientos y fumar como si no fuera un deportista de elite, lucía según escuchábamos, con aire para unos cuantos rounds más. En el descanso del noveno asalto y después de haber recibido un durísimo castigo, el comentarista desliza la siguiente frase: “Si en este momento le preguntan a Fujii si quiere seguir o irse de este infierno, estoy seguro que quiere irse”, era como si Cherquis Bialo hubiese sido tocado por doña Lucia y sus visiones anticipadas. Lo cierto fue que la pelea no continuó, Paul Takeshi Fujii, campeón hasta ese instante, les dijo a sus colaboradores que no iba a salir a pelear en el próximo asalto. En Argentina a los segundos empezaron a sonar las bocinas y los gritos por todos lados, en japonés ante el llanto de emoción del nuevo campeón volaban hacia el ring objetos contundentes en rechazo a la renuncia de Fujii, no podían concebir que terminara la pelea antes, ahí o ganabas o salías muerto.

Ya estaba en la jefatura y mi vida en las calles había concluido. Ese día todos llegamos tarde al laburo. La calle había sido una fiesta de bocinazos, podíamos convivir con tanto hecho violento y estas pequeñas alegrías nos hacían sentirnos felices por un buen rato, como viajar a un mundo distinto al menos por unos días. Esa semana me entregaban el auto. Estaba nervioso, era el primer auto que era sólo mío, no iba a hacer una herramienta de trabajo, aunque lo iba a usar para llegar a él. Me hacía sentir más importante ese auto, me daba otro estatus, no era del todo consciente en esa época de lo efímero que es todo, hubiese sido una pena y no hubiese podido disfrutar de un pequeño logro que me había costado mucho trabajo conseguir. Motivo de mi estado de excitación por el cambio que se avecinaba, le pedí a Marita que me acompañara a

retirarlo, además quería hablar con ella especialmente de mis planes para el futuro. La agencia en donde iba a buscar mi auto estaba en el barrio de Palermo, quedamos en encontrarnos a tomar un café en la esquina un rato antes de retirarlo.

—Estas muy contento, se te sale la sonrisa de la cara Alfredo. ¿A dónde me vas a llevar para estrenarlo?

—Mirá, te pedí que vengas porque antes de que me lo entreguen tengo que firmar unos papeles, semejante cosa, aunque no lo creas me pone tenso.

—O sea que vendría ser como una dama de compañía, para eso le pedías al petiso que venga. Pensé que querías compartir este momento lindo conmigo.

—Mi amor, por favor no me hagas una escena hoy, claro que quiero todo eso que estás diciendo, pero además me pone nervioso todo el papeleo, es la verdad. No tenés porque enojarte al fin y al cabo cuando logres convencerme y te de mi mano, el matrimonio dice bien claro que uno tiene que estar con su amada o amado en las buenas y en las malas.

—Como vienen las cosas, es verdad que voy a tener que pedirte la mano si es que quiero casarme con vos. Con el asunto del techo propio y la solidez económica, sino apuro el paso me voy a quedar para vestir santos.

—Decime, lo único que te interesa es ¿no quedarte soltera a vos? Daría lo mismo si mañana se aparece don Vicente que, aunque está jubilado y no tiene una moneda se mantiene en forma te puedo decir. Ja, Ja, Ja.

—don Vicente habrá sido buen mozo de joven y seguramente más galante que vos que me invitaste para que te acompañe a firmar tres papeles y como recompensa me llevo a casa un té con limón.

—Lo del té con limón está por verse, aun no lo pagué, así que no des nada por sentado. Ja, Ja, Ja.

—Igual traje mi plata así que me lo puedo pagar. Tonto.

—Marita, te quiero decir algo muy importante. No me mires así. Todavía no compré el anillo, pero tiene que ver de alguna manera, quizás un poco indirectamente. Te lo digo rápido y me decís que te parece. Están abriendo un nuevo sector en la empresa, se está avanzando en las comunicaciones internacionales de una manera muy vertiginosa. Hay veinte puestos nuevos a cubrir y por el tipo de tarea, la gerencia y el directorio siente que es apto para mujeres jóvenes y solteras. El sueldo es muy bueno, te permitiría hasta ahorrar y a nosotros nos pondría en la recta final para llegar al objetivo.

—¿Me estás diciendo en serio todo esto? ¿Pero qué vamos a hacer en la mueblería? ahí me precisan, papá sabes que está yendo menos y no podemos pagar un sueldo a un desconocido.

—Marita, es una gran oportunidad. Tenemos que pensar en nosotros también. Algo se nos va a ocurrir para arreglar el tema de la mueblería.

—Vos no estas al tanto, pero Lorenzo ya dejó de ir hace una semana y el próximo lunes entra en un estudio de abogacía, estábamos pensando en cómo reemplazarlo y ahora si me salgo yo también Valentino no va a poder con todo.

—¿Nosotros tendremos que seguir esperando hasta cuando decís vos? Valentino ahora no va a soltarte por nada del mundo. Creo que la va a tener que poner a trabajar a Bianca. Esa mueblería la está manejando él y su novia no hace nada en su casa, ni siquiera va a la facultad ahora.

—Pero Alfredo, no le puedo pedir eso. Además, el trabajo que me estás ofreciendo, que garantías tenemos que lo pueda llevar a cabo.

—Marita, todas las postulantes van a ser recomendadas por los empleados y además al ser una tarea nueva, van a hacer capacitadas durante tres meses, claro que les pagan durante ese tiempo. Hay que hablar con la familia y pensar un plan, no podemos perder esta oportunidad. Imaginate que estas entrando a ENTEL, vas a tener trabajo estable toda tu vida.

—Debería estar contenta, pero me siento presionada con lo que estás haciendo. No puedo dejar el negocio familiar de mi papá de un día para otro.

—Está bien Marita, pensalo y fijate que querés hacer. Pero nuestro futuro así se nos hace cuesta arriba. Al final siento que estoy tirando sólo de este carro.

—Es una crueldad lo que estás diciendo, Papá no está bien y lo sabes, ¿cómo va a seguir adelante la mueblería? Explicameló.

—Marita no voy a presionarte, simplemente digo que me parece que tenemos una oportunidad única. Hoy no estas percibiendo ningún ingreso en la mueblería. Quiero que pienses un poco en vos también. Humildemente creo que debes sentarte con tu hermano a hablar sobre este tema y ver las posibilidades. Estas trabajando gratis y con un único sueldo veo complicado el futuro.

—¿Que me querés decir? Que si no acepto tu propuesta esto no puede seguir.

—No dije eso Marita.

—Alfredo, andá a buscar el auto. Me voy a tomar un taxi, no tengo más ganas de hablar con vos ahora.

Se levantó y se fue. Paró un auto en la esquina y desapareció. Quizás había sido un poco duro con ella no lo sé, quizás mi bronca con Valentino y el ver como maneja el negocio familiar, me enfureció. Marita se sentía culpable por su papá, aunque no era responsable. Puse la cabeza en remojo y sentía que debía tener una reunión con Valentino y resolver todo esto de un modo más inteligente. No iba a perder a Marita ni por este trabajo, ni por nada en el mundo. Si no estaba con ella cualquier esfuerzo era en vano. Inmediatamente la vi salir, pagué la cuenta, encendí un cigarrillo y salí hacia la agencia. Los metros que me separaban del lugar, los fui transitando con mi único compañero posible, las bocanadas de humo me daban sensación de relajación. La nube en que se iba transformando mi respiración transformaban de alguna manera la realidad y me ocupaban mientras masticaba la bronca de mi soledad. Mejor no recordar la cantidad de papeles que tuve que firmar, quizás no fueron tantos, pero para mí eran innecesarios, la mitad tenían datos repetidos y justificaban el trabajo de personas que seguramente engrosaban los gastos de la concesionaria de un modo ineficiente. Luego quizás por esos derroches con los años venían los

despidos forzados o el cierre definitivo del negocio. Esa idea siguió en mi cabeza mientras iba saliendo de manera muy delicada del lugar, el miedo del primer día a un rayón hacía que mis reflejos estuviesen más atentos. Mis pensamientos sobre la optimización del trabajo en la mueblería, contrastaba con el olor a nuevo del tapizado, los demás materiales que componían el móvil y en especial el sonido del auto, debía estar feliz y no con la amargura que sentía en mi boca. La mezcla de los sinsabores de esa tarde, combinados con cigarrillos que reemplazaban una compañía mucho más amena y dulce, lograban esa desagradable sensación. Intenté revertir esta situación, pensando en mi nuevo logro, en el poder que tenía de viajar hacía donde quisiera, con quien deseaba y a la hora que se me ocurriera. Visité los lugares más lindos de la ciudad a mi criterio y terminé tomando sólo un café en la Ideal. En esa confitería había empezado a diseñar mi conquista con Marita, seguramente en ese lugar se me ocurriría una buena idea para empezar a desatar el nudo que tenía aprisionada a mi novia en ese negocio familiar. Me sentía egoísta por mi pensamiento, pero a la vez estaba peleando por mi futuro y lo que sería mi nueva familia.

Días más tarde nos encontramos en EL Recreo con Valentino, ese mismo bar que me abrió las puertas cuando mi cabeza estaba llena de temores y dudas por la propuesta de Marita y doña Lucia, ahí mis pensamientos fueron y vinieron hasta que finalmente me ayudaron a definir la estrategia de ese viaje tan trascendental. Luego de atravesar esos días, Marita se había convertido definitivamente en la persona que deseaba ver junto a mi para siempre.

—Hola. Es raro que nos sentemos aquí los dos solos —Dijo Valentino

—La verdad que sí, sólo nos vemos en tu casa y nunca hemos hablado frente a frente sin intermediarios.

—Debemos tener pocos puntos en común vos y yo seguramente.

—Valentino, no vine aquí a discutir. Quiero que hablemos por el futuro de mi relación con tu hermana. No sé a ciencia cierta el motivo de tu rechazo hacía mí, pero sabes que soy un tipo derecho y quiero formar una familia con Marita.

—Alfredo, decime de frente y sin dar vueltas porque me citaste acá. Debe ser importante porque ambos sabemos que no somos, ni seremos amigos.

—No quiero confrontar y quisiera que me escuches porque no soy ningún delincuente ni quiero sacarte nada a vos. Simplemente me enamoré de tu hermana y quiero hacer mi vida con ella, somos personas grandes ya.

—Alfredo, los tipos como vos son peligrosos. Se presentan educados con su sonrisa encantadora y sus buenos modales y cuando te querés acordar los tenés metidos en tu casa, no sólo se meten con tu hermana, sino que tu vieja empieza a discutir con vos, tu viejo te da menos bola y tus hermanos no te responden. Querías que hablemos ahora estamos hablando.

—Te voy a decir esto nada más porque vine por otro tema aquí. Me voy a casar con Marita en algún momento porque la amo, deberías estar contento si la querés como creo. Tus viejos, no son mis viejos, pero son muy buenas personas que me dieron lugar en tu familia al igual que tus hermanos, no vengo a ocupar tu lugar Valentino. No puedo cambiar lo que sentís, pero no quiero que no extendamos, vayamos al punto por favor.

—Tenés razón, vayamos al punto. No tengo mucho tiempo y ya nos dijimos las cosas que nos teníamos que decir. No voy a cambiar lo que pienso ni vos tampoco, seamos honestos.

—Bueno, está bien. Cambiemos de tema. Te cité acá para hablar de tu hermana, precisamente del futuro de ella y mío. Como recién te dije nos queremos casar. En mi trabajo se presentó una oportunidad que creo que no se puede desperdiciar. Marita puede trabajar en una empresa importante como ENTEL, los ingresos que recibiría son muy buenos y nos permitirían en dos años poder casarnos.

—No me equivoqué con vos flaco, sabes en qué situación está mi viejo. Seguramente ya sabes que mi hermano está trabajando como abogado. Vos ahora venís muy suelto de cuerpo y me querés hacer cerrar la mueblería directamente. Si estuviésemos en la calle te cagaría bien a trompadas, pero mi hermana se muere si le pasa algo a su noviecito.

—Mirá, no hay ningún problema, cuando salgamos a la calle podemos hacer lo que propones, porque sabes que a mí también me dan ganas de bajarte todos los dientes. Pero te quiero decir algo antes. Tu hermana se siente culpable de dejar tu negocio, no sé porque, no le das ni un peso por su trabajo. don Carmelo está enfermo y todos lo tenemos que ayudar. Con esa forma de ver las cosas, tu hermana un día se va a cansar, te va a mandar a pasear y te vas a quedar sólo. Ahí si vas a tener que cerrar.

Lamentablemente no pudimos ponernos de acuerdo y cuando terminé de decir mi última frase me propinó un golpe que me dejó tendido en el piso por unos segundos, me levanté y salimos a la calle y nos dimos con todo. Celos, envidias y desamor nos fueron deformando las facciones hasta que el policía de la esquina se metió. No eran épocas para andar teniendo problemas con la ley. Afortunadamente nos llevaron a la comisaría del barrio, nos hicieron dormir ahí a los dos, encima en la misma celda. La cosa se había puesto muy brava. Este hecho y una fuerte discusión con la hermana de mi contendiente nos terminó alejando unos meses, lamentablemente ganó la culpa y el sentimiento italiano de la familia unida. Marita sabía que tenía razón, así como también conocía que su partida de la mueblería iba a significar el cierre del negocio familiar de toda su vida. Ese era su pensamiento. Mi propuesta no era descabellada, la novia de Valentino era perito mercantil al igual que Marita y la podía reemplazar de manera muy conveniente. El capo de la familia quería hacer las cosas a su modo y su egoísmo y celos no le permitían ver que la cosa tenía solución, pero mi conclusión fue que el veía en mí una amenaza que no era tal y la ceguera que iba avanzando en su padre, también se había apoderado del hijo, sólo que en este caso su ceguera era mental.

Ese fin de año no hubo reunión familiar en la casa de los Grasso. La pase con la vieja y luego nos fuimos de joda con el petiso. El enero siguiente se presentaba tan caluroso como siempre, le propuse a Guzmancito que se venga conmigo dos semanas a la costa para recargar energías, estaba bastante caído por la ruptura con Marita, pero sabía que tenía que esperar un tiempo y luego la solución decantaría naturalmente. Ella se tenía que dar cuenta sola, no servía que la

estuviese presionando, ni queriendo negociar con su hermano, después de todo ella ya tenía veintitrés años, ante la ley era mayor de edad para toda actividad. Digna Guzmán se quedó en casa de una amiga en Del Viso, en las afueras de la ciudad, también tuvo sus vacaciones con pileta. Después de la llegada de los reyes magos nos metimos en la Ruta 2 con mi auto nuevo, el petiso mi copiloto privilegiado, se podía estirar bien en este caso, aunque tampoco tenía las piernas tan largas, el fitito le iba casi perfecto. Los días pasaron volando, pero no tenía cerca al hermano de Marita, Lorenzo el hombre suerte, así que perdí un montón de guita en el casino. Guzmancito y su afán desmedido de probar la piel de todas las chicas que le dieran una mínima atención, me llevó por los caminos oscuros de la lujuria desenfrenada en el departamentito de un ambiente que alquilamos, no opuse ninguna resistencia ante el pecado propuesto, es más necesitaba de eso y mucho, tenía que llenar el tiempo y divertirme, no pensar en Marita. Trataba de hacer un esfuerzo y levantarme temprano ir caminando solo hasta la playa. Sentarme en la arena bien cerca del mar y mirar hacia adelante, me daba tranquilidad estar ahí, luego me acostaba y dejaba que el mar me bañara todo y me sacará toda la noche de encima, como una especie de purificación, mi formación cristiana de alguna manera me indicaba que estar con más de una mujer en una cama y sin estar casado era una falta terrible a la moral. Había que limpiarse, lamentable o afortunadamente, todas las mañanas de ese veraneo realicé el mismo rito junto a las olas. De vuelta en Buenos Aires y con renovadas energías volví al trabajo, me concentraba sólo en eso. Una mañana temprano cuando salía de casa se me apareció doña Lucia.

—Hola Alfredo ¿Cómo estas querido tanto tiempo? —Mientras me abrazaba cálidamente.

—doña Lucia, que alegría verla.

—Querido, vine porque estoy desesperada. Marita esta desconocida, lo único que hace es ir a la mueblería a ayudar a su hermano, no come lo suficiente y bajó casi cinco kilos, a ella que no le sobra nada imagínate como está. Tenés que llamarla y volver con ella.

—doña Lucia, después de lo que pasó con su hija, ella me vino a ver y me dijo que quería destruir a su familia y quería que don Carmelo se muriera de pena por el cierre de la mueblería.

A mí se me había ocurrido que Bianca pudiera reemplazarla, pero no pude ni desarrollar mi idea, luego con su hijo la cosa ya sabe cómo terminó.

—Se lo que le planteaste a Marita, nene vos sabes como soy yo con la gente. Bianca es una persona que le cae bien a todo el mundo inclusive está preparada y puede reemplazar a Marita, pero hay algo en ella que a mí no me cierra. Nunca la he visto en nada que me haga sospechar de ella, pienso ahora que quizás estoy celosa de Valentino y veo cosas que no son o tal vez esté desesperada por Marita, se me va a terminar muriendo nene.

—No llore doña Lucia, por favor le agradezco tanto que haya venido hasta aquí, luego de lo que pasó con Marita, pensé que hasta las puertas de su casa me odiaban.

—No, querido, mi marido tan bien esta apenado y cuando ustedes rompieron él también se entristeció, está yendo una vez por semana a la mueblería, no puede hacer nada ya por su problema, pero si no va se va a apagar pronto.

—Sólo te pido que lo pienses, entiendo perfectamente lo que me decís. También tomé una decisión, aunque sólo el tiempo dirá si fue la correcta. Le pedí a Valentino que releve a Marita de ir a la mueblería, hay un muchacho que reemplazó muy bien las tareas que hacía Lorenzo y el negocio no está funcionando mal. Franco como siempre vende con sólo mostrar su sonrisa. Creo que inclusive sino es Bianca a quien tampoco le pagaría, puede llegar a buscar a alguien y pagarle un sueldo digno. Prefiero que en unos meses tenga que reformar el negocio y no perder a mi hija querido. Valentino sabe que no me ando con vueltas cuando pido algo y mi marido ya no puede decidir.

—Me deja con la boca abierta doña.

—Cerraré la boca y te pido que la perdones, se siente muy culpable por su papá y te dijo cualquier cosa, también se lo dije, no me iba a quedar callada, pero créeme que está desconocida.

—doña Lucia, me voy a trabajar ahora. Le agradezco todo esto que me dijo. Esperemos que las cosas se solucionen pronto.

Me subí al auto y no me alcanzaban los cigarrillos que se me evaporaban, antes de que pueda encender el siguiente. Mi cabeza estallaba, llamarla a Marita sentía que iba a ser un error. Quizás era mi ego que me nublabla el juicio o el recuerdo de Tito Espinosa y lo que había decidido Marita en esa oportunidad. Una mujer de agallas cuando la causa lo pedía. Decidí esperar y no hacer nada.

Creo que el destino decidió por ambos, en realidad es algo que sólo sabe Marita. Las oficinas de Entel en donde trabajaba estaban a unas cuadras del gran REX. Esa semana estaban dando una película que me llamó la atención el título: “El Clan Siciliano”, aunque me gustaban las películas de acción como parecía ser la que proyectaban, inevitablemente me llevaban a pensar en el Clan Grasso, también originarios de Sicilia, se mostraban muy italianos en su forma de vivir la vida, los gritos, las peleas, las pasiones. Me acerqué hasta la entrada al cine y me detuve en frente del programa que tenían exhibido para ver los horarios. Era viernes, no tenía nada previsto para esa noche, había una función 19:50, era un poco tarde, yo salía a las 18:00 pero no llegaba a la anterior, además siempre me iba un poco más tarde. Me dispuse a entrar el cine para sacar la entrada y ahí estaba ella, el horario me desconcertó. ¿El mediodía y Marita en el centro? De cualquier manera, me alegré de verla ahí, aunque todo esto tenía el aspecto de un plan preparado por la madre de la que hacía casi dos meses no veía. Lucía mucho mejor que la descripción que me había hecho doña Lucia, es cierto estaba más flaca, pero se ve que cuando podía se exponía bastante el sol para olvidar las penas, tenía un bronceado que la hacía ver irresistible en un solero naranja, un pañuelo violeta que le recogía el pelo y unas sandalias blancas, una modelo perfectamente preparada para la misión reconquista del nuevo jefe de la división reclamos de ENTEL.

—Hola, Marita. ¿Qué raro vos a esta hora por aquí? ¿Venís a sacar entradas para esta película, no sabía que ahora te gustaban las de acción?

—Me gusta Alain Delon, parece que ya te olvidaste.

Imposible olvidarme de Alian Delon y Jean Paul Belmondo sus amores imposibles de la pantalla,

consumía todas las películas de los galanes franceses.

—No me olvidé de nada Marita. Imposible hacerlo.

—Vine a sacar entradas, pero no sé, me parece que tenés razón, aunque este Delon es una película que les gusta más a los hombres.

—Me acompañas hasta adentro, voy a sacar para venir después del laburo. En un rato tengo que volver, me tomé parte del almuerzo para venir.

—Bueno te acompaño, no hay problema.

Nos acercamos hasta la boletería y le pedí una entrada para la función de la primera noche.

—Señor por favor dos vamos a llevar, mitad del salón por favor si aún quedan —Dijo Marita.

Era su forma de acercarse y pedirme perdón

—Pensé que te habías arrepentido y no ibas a sacar las entradas. ¿Me querés acompañar hasta mi trabajo, son dos cuadras nada más?

—Si, claro.

Fuimos caminando por Corrientes hasta Maipú. Cuando nos despedimos le dije:

—Bueno, salgo a las 18:30 aproximadamente. ¿Nos encontramos acá?

—Perdoname Alfredo —Me abrazó

—Marita, no puedo acá. Por favor

—¿Pero me podrás perdonar por todo lo que te dije?

—Nos vemos 18:30 aquí.

Se quedó mirándome decepcionada, pero no podía hablar ahí en ese momento. Mi jefe estaba justo entrando y las demostraciones en la vía pública no eran muy bien vistas. Subí por el ascensor y me reía de la cara que me había puesto, todos comenzaron a mirarme como si estuviera loco, pero en realidad estaba muy feliz.

A las 18:30 en punto estaba ahí abajo, pero Marita no aparecía, pasaron diez minutos y nada. Me preocupé pensando que se había enojado y me puse a mirar en dirección al obelisco, era por donde debía venir. En ese instante sentí unos dedos sobre mi frente que bajaban hasta mis ojos cubriéndolos totalmente, eran sus manos, esa piel era inconfundible y ese perfume hacían estragos en mí.

—¿Quién soy? —Dijo Marita

Gire y sin importarme nada le estampe un beso en el medio de los labios que tardo, más de un minuto prácticamente.

—Sos la mujer de mi vida, esa sos. No tengo idea como te llamas porque estaba tan enojado que me olvidé hasta de tu nombre, pero de tu piel, ojos, boca, pelo, tobillos y todo lo que hacen tu cuerpo, jamás. Tu voz y tu alma están tan dentro mío que no las puedo quitar, pero de tu nombre me olvidé.

—Marita me llamo ¿Volvió el poeta?

—No, volvió el amor. Vamos que podemos tomar un café antes de que empiece la función.

A la salida fuimos a cenar a Los inmortales y después la llevé al departamento de un compañero del laburo que vivía sólo y que todos los fines de semana se iba a la casa de los viejos en Baradero, Antonio era un tipo gaucho y me dejaba las llaves siempre. “Por cualquier urgencia Alfreedito ya sabes, te venís acá, hasta el domingo a la noche no vuelvo”. Fue una reconciliación completa, en cuerpo y alma. Muchísimo más en cuerpo y tremendamente reconfortante para mi alma.

Bianca comenzó a trabajar en la mueblería como había pensado y finalmente dispuso doña Lucia. Marita tuvo que esperar hasta mayo, pero finalmente pudo ingresar en ENTEL en el Centro de Conmutación Internacional. En los primeros meses nuestra vida se encaminaba nuevamente. En paralelo las noticias en el país no eran alentadoras. Planes de recortes en los salarios, los estudiantes de las universidades estaban muy comprometidos con las causas sociales y unidos

con los sectores obreros. Otra vez en Córdoba se producía una manifestación y una represión violenta que terminó con muertos y con una herida casi letal en el gobierno, aún seguía el mismo señor que los amos del hielo habían designado, pero se le terminaba el tiempo, mientras tanto Perón desde el exterior se acercaba cada vez más al retorno, esta vez de la mano también de jóvenes idealistas y revolucionarios que empezaron a combatir en las calles contra las fuerzas del orden nacional. El líder desde España movía los hilos, mi idea que tenía sobre la proscripción de este señor se estaba volviendo cada vez más cierta. Nada bueno puede salir de la prohibición, en todo caso había que dejar que la cosa se reordene, según el voto popular, pero evidentemente nuestro pueblo no estaba tan descontento y marchaba según el papá de turno. Como decía mi vieja, Perón no era muy democrático que digamos, pero había ganado por el voto popular, aunque estos señores que lo reemplazaron se convirtieron en algo mucho peor. Como consecuencia el león herido y paciente fue juntando tropa y paciencia, mientras tanto la sangre que corría era de todos los argentinos. Luchas de poder encontraron en el sindicalismo a un señor llamado Vandor que, con un deseo de poder, pensó de manera muy inocente un peronismo sin Perón y de alguna manera comenzó a llevarse más o menos bien con los dictadores de turno. Caro le salió la jugada, un pequeño grupo guerrillero lo mató sin piedad en julio de ese mismo año. Cada vez temblaba más el gobierno, al ritmo de atentados y crecimiento de los grupos armados que luchaban contra el poder; aquellos jóvenes idealistas se estaban transformando cada vez más en algo que no me gustaba, no terminaría bien una guerra, aunque desigual, estaba tomando un color cada vez más oscuro. En el orden internacional veíamos por televisión al primer hombre pisando la luna, ese había sido un acontecimiento que nos había conmovido sensiblemente. don Carmelo no llegó a verlo, perdió totalmente la visión unos días antes de que Neil Armstrong astronauta norteamericano clavara una bandera más, esta vez en un nuevo planeta. Los últimos meses del año se fueron tiñendo de tristeza y oscuridad en la casa de los Grasso. don Carmelo dejó de ir a la mueblería y pasaba muchas horas por su propia voluntad en su cuarto de herramientas, acompañado de su radio y de todas las voces que de ahí salían, era su nuevo mundo. Cada vez que podía me hacía una escapada y escuchábamos las peleas de boxeo

juntos, era una hora en donde tomaba contacto con alguna persona distinta a su entorno familiar. Valentino poco pudo hacer para acercarse a él y nuestro distanciamiento se acrecentó, aunque por el bien de todos evitábamos los enfrentamientos, sus otros hijos intentaban sacarlo a dar una vuelta, con la única que accedía era con Marita. Lo llevaba simplemente a dar una vuelta por la plaza de enfrente, le enseñó a que había otros sentidos que podía utilizarse para disfrutar del mundo y no tenía que hacer un gran esfuerzo. Cuando don Carmelo se sentía cansado y recordaba el pasado permanentemente, no podía volver al presente que no veía. doña Lucia, empezó a endurecerse y a tomar cada vez más protagonismo en la familia, abiertamente ordenaba ya sin ningún reparo todos los movimientos de la casa. Sabía que don Carmelo estaba abandonando poco a poco la batalla. Los hechos de la política lo afectaban cada vez más, él estaba de acuerdo con el poder dominante, le parecía correcto ese tipo modelo de supuesto ordenamiento y ajusticiamiento al que no marcara el paso. Los hechos violentos iban en aumento, muertos por doquier y los muchachos idealistas se volvieron cada vez más oscuros y cada vez más parecidos a lo que repudiaban, como consecuencia la escalada de violencia no se sabía en donde terminaría. En abril del año siguiente don Carmelo ya no quería comunicarse con nadie, ni siquiera con sus hijos. Cada vez comía menos. Terminando mayo el grupo de jóvenes más representativo de la guerrilla, llevaba a cabo un hecho que definía que se alejaban de su juventud para convertirse en hombres dispuestos a tomar el poder a como dé lugar. Secuestraron al teniente general Pedro Aramburu, uno de los máximos responsables junto a Isaac Rojas del bombardeo y matanza de civiles en la plaza de mayo en el año 1955 con el objetivo de derrocar a Perón, luego de unos meses lograban su objetivo. Montoneros en abierta venganza con el represor, lo privaron de su libertad y luego de unos días apareció muerto. En el día que se conoció la noticia del asesinato, don Carmelo decidió que ya no quería vivir más y su corazón dejó de latir luego de dos infartos en un mismo día. Aparecía en mi cabeza el recuerdo de Tito Espinosa, nunca más habíamos escuchado de él, por alguna razón sentía que ese día se sentiría muy feliz por la conquista obtenida, por el golpe certero al poder gobernante. Marita en cambio no encontraba consuelo ni explicación en la temprana muerte de su padre. don Carmelo tenía

sesenta años en ese entonces, demasiado joven para dejarnos a todos, la confusa muerte de mi viejo y la ida del papá de Marita me decían que ya era tiempo de andar sólo por la vida, al menos sin un tutor a quien mirar en la duda. De alguna manera tomaba mis decisiones, pero el contacto con el que finalmente no pudo transformarse en mi suegro me daba cierta seguridad. Los hechos tristes se siguieron sucediendo ese año en la familia. Habían pasado uno tres meses de la muerte del padre de familia Grasso. Me acuerdo que era un día caluroso, estábamos próximos a la primavera, serían las nueve de la mañana de un sábado, me había ido a tomar el desayuno a EL Recreo y la veo bajar de un auto a Bianca, la novia de Valentino. Mientras el auto se alejaba ella le tiraba un beso con la mano al conductor, que claramente no era su novio. doña Lucia tenía razón, había algo en esta chica que no le cerraba, claramente ante mis ojos la evidencia de la presunción de la mamá de Marita. No sabía qué hacer con lo que acababa de ocurrir, si hubiese sido mi amigo no lo dudaba, le sacaba la máscara, al menos eso lo que pensé casi instintivamente en ese momento, pero el tipo me odiaba porque ayudarlo. Luego me preguntaba si además de engañarlo sentimentalmente, no estaría produciendo algún inconveniente financiero en la mueblería. Después de meditarlo un buen rato, me parecía correcto hablarlo con Marita. Entre los dos encontraríamos una solución, después de todo era su hermano y su posible cuñada estaba trabajando en el negocio de la familia. Como Valentino no era santo de mi devoción y era un sentimiento mutuo, le propuse a Marita que intentemos establecer alguna rutina en sus movimientos, básicamente seguirla. Luego de eso que la misma hermana pusiera las cartas sobre la mesa. La seguimos durante un mes para tratar de encontrarla en plena flagrancia, y no encontramos nada anormal en su comportamiento. Marita empezó a creer que en un acto inconsciente quizás quise ver a Bianca en algo deshonesto para perjudicar a su hermano. Discutimos fuertemente, por eso y dejamos de vernos por dos semanas. Un día me vino a buscar a casa y me dijo que un día más tarde a nuestra pelea la había encontrado a los besos con un tipo en un callejón oscuro. Me pidió disculpas otra vez por su error, me hice un poco el difícil por unos días, pero llegado el viernes de esa semana luego de una larga charla que duro toda la noche en el departamento de Antonio, mi compañero de Baradero, todo quedo solucionado. Valentino

estaba muy metido con Bianca, no sé si enamorado, pero si muy atraído hacia a ella y lo dominaba con su carácter bastante sereno, pero firme. No creyó una sola palabra de lo que le dijo su hermana, se basó en que no la pudo ver con claridad en un callejón oscuro, todo terminó de arruinarse cuando ella descontrolada y para que le creyera, le dijo que ella la había seguido porque su novio era el que la había visto por primera bajarse del auto de un desconocido. Valentino no quiso hablar más con su hermana y mi vino a buscar a mi casa a la madrugada. Como estaba salí hablar con él y otra vez terminamos a las trompadas, me dijo que no me metiera más en su vida porque me iba a matar. Esa vez había llegado demasiado lejos, me provocó una lesión en el ojo que nunca pudo recuperarse totalmente, el muy infeliz quiso castigar a los testigos del hecho en vez de tomar nota de la verdad y asumir la realidad, era un hecho consecuente con su conducta, primero había negado por celos la salida de su hermana del negocio y ahora este acto irracional que me dejaba una marca para siempre de su necedad y torpeza. Ni doña Lucia logró que le vuelva hablar, cuando se enteró del hecho le dio una bofetada tan fuerte que en vez de recapacitar hizo que su odio se fijara en mi para siempre. Su madre empezó a preocuparse de manera desesperante por su hijo, no decía nada, pero su mente iba a mil kilómetros por hora, mejor mantener en reserva sus pensamientos, quizás se quedaban en su cabeza por una vez y no se hacían realidad al menos por esta vez, se trataba de su hijo y le pedía a Dios no ver más allá de lo que veía el resto de los mortales, sino terminaría volviéndose loca por el destino de su hijo mayor.

Lo que se había iniciado como un juego y unos encuentros ocasionales y muy pasionales, se fueron transformando de a poco en un sentimiento más profundo y un día, el petiso se acercó casi con vergüenza y me dijo que se iba a casar con Mónica en los primeros de diciembre. Lo abracé y lo felicité y me reí de el durante una semana por haber claudicado y dejar de ser un tipo calavera.

El mes de diciembre era un mes que esperaba siempre, desde que iba al colegio, representaba el fin de las clases que tanto odiaba, los regalos de navidad, reyes y las vacaciones hasta marzo.

Quizás por eso Guzmancito eligió esa fecha para casarse con su Marilyn. Obviamente fui el padrino de esa boda y Digna Guzmán, la madrina, por una noche tuvo su sueño cumplido, salir del brazo en la iglesia con su amor de fantasía. El petiso estaba insuperable esa noche, se había puesto unos zapatos con unos tacos un poco más altos, Mónica se casó con unas sandalias sin taco para estar casi a la misma altura, aunque restaban unos cinco centímetros que Guzmancito fiel a su estilo y elegancia disimuló hábilmente con una galera que lo dejaba como el más alto de la pareja. La fiesta se hizo en la casa de Mónica, tenía una casa de dos pisos y una terraza bastante amplia para que el agasajo contemplara unos cien invitados. Con Marita nos mirábamos y disfrutábamos por los dos, con el tiempo la novia y Marita se habían hecho muy amigas. El petiso tomaba de todo lo que encontraba, menos agua, decía que estaba prohibida esa noche. El gran problema que se me presentaba esa noche era Valentino, Bianca su desleal novia era amiga de Mónica, así que ambos estaban en la fiesta. Bianca encontraba seguramente en la mueblería un trabajo estable, pero la pasión inicial que seguramente tenía con el dueño del lugar, claramente se había apagado. En una mesa bien alejada de la nuestra se encontraba el hermano mayor de la familia Grasso junto a Bianca, que hasta altura su nombre estaba muy lejos de lo impoluto. Una canción muy pegadiza encontraba a los recién casados bailando al ritmo del tema: “It's a Sin to Tell a Lie”, graciosa era la traducción del título, no podía dejar de mirar a Bianca, quien junto a su novio se sumaba a la improvisada pista de baile. Cuan caradura puede ser una persona pensaba, al tiempo que vi como la cara de la traidora cambiaba a un color blanco, bien pálida estaba; me recordaba a mi madre en el día que tuvimos el viaje a Córdoba con Marita en el comienzo de nuestra relación. Bianca miraba hacia una persona que ingresaba en el lugar, totalmente sorprendida se fue a sentar, alegando cansancio y que seguramente el alcohol ingerido estaría haciendo estragos. Con Marita nos miramos y advertimos lo que estaba pasando, sobre todo Marita. La mirada de Bianca había producido su propia descompensación luego de ver entrar a la fiesta al hombre con el cual se abrazaba apasionadamente en los callejones oscuros del barrio de Flores. Valentino no advirtió al principio lo que pasaba, sin embargo, Francisco Rivera también sorprendido con la coincidencia, no dejaba de observar a Bianca. Mientras tanto me

acerqué al petiso para preguntarle si el tipo que había entrado tenía que ver con sus invitados, me confirmó que era un primo que no veía hace tiempo y que por compromiso tenía que invitar, cosas familiares me explicó, su tía había sido muy cercana a sus padres cuando vivían, luego el por el dolor de la pérdida se había alejado de la familia, aferrándose solamente a su hermana. Le conté rápidamente lo que pasaba y entre la emoción por su casamiento y su estado etílico, sólo pudo devolverme una carcajada sin alcanzar a comprender el posible desastre que podía producirse esa noche. Pancho Rivera no podía dejar de preocuparse por la chica que despertaba más que pasiones en él. En un momento Valentino, se acercó hasta él preguntando cuál era su interés, porque miraba de ese modo a su novia. De repente empezó a recordar seguramente las palabras de su hermana, la pelea que había tenido conmigo y como si todo esto no alcanzara, Bianca no pudo soportar la tensión y comenzó a llorar. Valentino en un instante comprendió todo, Francisco que era un tipo de aspecto atlético, poco pudo hacer con la furia de este descendiente de sicilianos que encontraba herido de muerte su orgullo. No pudo contenerse y comenzó a golpearlo sin poder detenerse, no pudimos controlarlo de ninguna manera. Rivera, que tenía el mismo nombre que un conocido torero, no pudo esquivar al animal embravecido. La música se apagó, se encendieron las luces, los invitados mudos rodeando al torero mal herido. Valentino se sentó sobre una silla alejada del resto de los presentes, estaba enajenado hablando sólo y bebiendo champagne de manera compulsiva, comenzó a reírse, sus movimientos ya no coordinaban bien y derramó sin quererlo el champagne sobre el piso, en un instante la bebida fue viajando como si fuese un tenue río hasta el centro de la escena, se detuvo ante la sangre del ahora derrotado torero. Hasta ahí había podido llegar, el espanto no le permitió avanzar más. don Carmelo quizás comenzó a deprimirse cuando entendió que su soñada mueblería se extinguiría sin su mirada constante, afortunadamente ya no estaba para ver lo ocurrido esa noche. Una tragedia impensada en un instante terminaba con un negocio familiar de años y la vida de su hijo mayor seguramente acabaría en una celda húmeda, descuidada y sobre todo vacía de todo ese amor que habían intentado darle a ese hijo que no pudo ocupar el rol que le habían asignado. La policía en el lugar fue la última pincelada en ese cuadro horroroso con el que quedó asociado la

boda de un ser extraordinario que había hecho todo para que su gran día fuera una fiesta, vestida con esos colores singulares y divertidos que solía utilizar y no estos tonos tan oscuros y lejanos a la alegría reinante hacía sólo unos pocos minutos. Lorenzo hizo lo imposible por conseguir para su hermano la menor pena posible, pero los quince años parecían una eternidad no sólo para el asesino, sino para su madre que poco a poco se fue apagando y nunca llegó a ver en libertad a su hijo. Marita se aferró mucho a mí y vivía con temor a toda hora, comenzó a sentir que la tragedia había llegado a su familia, la pérdida de su padre la había lastimado duramente, lo de Valentino la dejó paralizada emocionalmente y la depresión de su madre la dejaron prácticamente sola. Franco sin embargo comenzó a florecer y estaba muy cerca de su hermana. Lorenzo, que se había ido a vivir sólo hacía poco, retornó a la casa para estar cerca de su madre y hermana que necesitaban toda la contención posible. La mueblería siguió funcionando, pero con otros dueños. EL dinero de la venta, más la contribución de los hermanos sostuvo la nueva economía familiar. El primer año de la década del setenta terminaba y nos había anunciado con sus hechos lo que nos esperaba año tras año en ese tiempo nefasto para nosotros y toda la sociedad. Comenzaba un nuevo año, muy pesado de sobrellevar, mi vieja también se sintió afectada por la tragedia y sentía que también se empezaba a alejar. El petiso y Mónica a los pocos meses de su casamiento se fueron a vivir junto a Digna a Mendoza. Había sido muy fuerte todo y necesitaban comenzar una nueva vida. Los padres de Mónica tenían familiares en la zona que los ayudaron a establecerse. El petiso se merecía ser feliz junto a su mujer, me había dado tanto. Al cabo de unos meses Marita debido a su estado emocional perdió su trabajo, ese fue otro duro golpe. De a poco me convertí en un integrante más en esa familia, me sentía un hermano, a la vieja la empecé a llevar más seguido a la casa de los Grasso, estábamos todos juntos, pero me sentía sólo, sin mi amor, aunque la veía todos los días y sin mi único amigo, aunque de vez en cuando me pegaba un viaje para ir a verlo, pero ya no era lo mismo. Mientras tanto en mi amado país teníamos desde los finales de los setenta un nuevo campeón del mundo de boxeo, que se había ido sólo con el bolsito hasta Italia y cuando volvió lo esperaba media Argentina en el país, Monzón un viento, muy fuerte y muy violento acorde con esos años, paralelamente Bonavena en una pelea épica

caía ante el mejor boxeador que ha dado el siglo, el gran Muhamad Ali. La Argentina se ponía más violenta segundo a segundo, Montoneros y ERP, en nombre de la revolución y para descongelar y acabar con los hombres de hielo se iban haciendo cada vez más feroces, los muertos de un lado y otro aumentaban sin saber en donde terminaría semejante enfrentamiento. Ese mismo año un nuevo señor de la legión del hielo tomaba el control del país y empezaba a negociar con los partidos políticos la posibilidad de nuevas elecciones, la gente resistía como podía a estos individuos que digitaban nuestras vidas. Empieza asonar con fuerza la posibilidad de la vuelta de Perón, se hacía necesario pacificar el país y esto parecía una solución, sucedía que el brazo izquierdo del movimiento que venía con la guerrilla no se llevaba nada bien con el otro histórico brazo derecho, ligado principalmente al sindicalismo. De cualquier manera, la vuelta del líder alegraba a una parte importante de la población.

Por mi parte, necesitaba aire. Tanta desgracia me había ensombrecido. Al principio me concentré en mi trabajo y hacia horas extras que ayudaban a la economía familiar, luego con la excusa de las horas extras comencé a salir sólo en la noche en busca de nuevas sensaciones, necesitaba vivir. Antonio mi compañero comenzó a prestarme el departamento más seguido y ya no iba con Marita, fue una época en que conocía mujeres todas las semanas, ninguna me daba lo que había sentido con mi novia, pero ella seguía ausente. Así pasé prácticamente todo el año. Nunca la dejé, pero nuestro amor se había transformado en otra cosa. Los médicos no lograban sacarla de su tristeza permanente y para mí era demasiado, no podía.

Ya se acercaba el fin de año y a tres años de la proeza de Nicolino Locche en Japón, se presentaba una pelea en el Luna Park que todo aficionado al boxeo esperaba. Era su defensa de la corona número seis y lo encontraba frente a una joven promesa colombiana, Antonio Cervantes o Kid Pambelé como lo apodaban. don Carmelo hubiese querido acompañarme a ver ese combate, cada vez que peleaba Locche trataba de estar, sentía que era un pedido del viejo italiano. Había sacado la entrada con bastante antelación porque siempre el hombre peleaba a estadio lleno. Llegué temprano, había combinado con Antonio para ir, ese fin de semana por la culpa de

Locche no iba a viajar a Baradero. En el horario que habíamos acordado no apareció, al principio no le di importancia, pero cuando comenzó la pelea de semifondo y al ver que no aparecía, sentí que algo le habría ocurrido. Seguramente alguna emergencia con su familia, pero no podía salir a buscarlo ni sabía tampoco a donde llamarlo, al no poder hacer nada intenté concentrarme en lo que quedaba de pelea y prepararme para el plato principal. En ese momento a unos metros míos empecé a ver movimientos raros, a veces había algún vivo que se quería sentar donde no le correspondía y los involucrados terminaban agarrándose a los golpes como si estuvieran arriba del ring. En este caso la discusión era entre una mujer y un señor que estaba sentado. La dama aseguraba que ese era su lugar, pero decía que cuando se estaba acercando a la butaca alguien la empujó y había perdido su entrada, con tanta multitud le resultaba imposible encontrar el ticket, sonaba muy creíble su historia, el señor se puso nervioso y no encontraba su entrada, pero parecía también decir la verdad.

—Señorita — Le hice una seña para que se acercara.

Se acercó hasta mí y me miró, cuando la tuve cerca me quedé eclipsado, era como una hermana gemela de Claudia Cardinale, morocha de unos ojos negros muy sensuales.

—Mirá, la persona que me iba a acompañar no vino, si querés podes sentarte acá.

—¿En serio?

—Claro

En ese instante me abrazó agradecida y sentí el perfume que tenía, eran como manos que me agarraban y no deseaban soltarme nunca más, ese aroma era especialmente afrodisíaco.

—No tenía que venir hoy, mi hermano es fanático de boxeo, pero no pudo asistir. A mí también me gusta mucho venir a ver a Locche, es como que no venís a ver una pelea, para mí es como cuando voy al teatro, es como ver a un actor en escena.

—Es verdad, es un artista. Nadie puede hacer lo que él hace sobre un ring. ¿Qué le pasó a tu hermano?

—Me llamó hace dos horas, tuvo que salir en un servicio urgente, él es chofer de un político muy importante, pero disculpame por un tema de seguridad no te puedo decir quién es.

—Por favor no te preocupes, no quise molestarte con la pregunta, sólo fue curiosidad.

—La verdad es que me salvaste, ese tipo me sacó el lugar, se hacía el nervioso y buscaba la entrada, ¿vos la viste?

—La verdad es que no vi la entrada de ninguno, pero me parecieron reales los argumentos de ambos, por eso te ofrecí este lugar, me sentí muy apenado de verte ahí sin que nadie te ayudé, en ese momento se me ocurrió que llenes la butaca vacía.

—¿Y a vos quien te falló?

—Iba a venir con un compañero de trabajo, pero se ve que tuvo un contratiempo.

—Un sábado y venís con un amigo, pensé que esperabas a tu novia. Uy perdón. Soy una maleducada.

—No por favor, no te angusties, no tengo novia. Hace un tiempo que estoy sólo.

—No, está bien no hace falta que me aclares, sólo preguntaba.

Transcurría la charla mientras se consumían los últimos rounds de la pelea preliminar, yo deseaba que hubiese otra más para seguir hablando o que directamente suspendan la pelea. Me habían dado unas ganas terribles de llevarme a esta mina abajo del ring, tirarme sobre ella, morderla y luego devorarla íntegramente, me había despertado una pasión animal, era muy atractiva y la forma en que me miraba, me había preguntado si tenía novia para asegurarse. Había piel era evidente.

—Bueno la próxima es la nuestra.

—¿Como la nuestra?

—Quiero decir que la próxima es la que vinimos a ver. Me pongo nervioso siempre que esta por empezar.

—A mí me pasa lo mismo. —Mientras decía esto me apoyó su mano como al pasar.

Seguimos conversando unos minutos más hasta que apareció Locche, y en cada intercambio de palabras me tocaba como parte de la charla, no insinuándose, pero sentía en cada contacto una pulsión muy fuerte por devolverle el aparente inocente contacto, pero de otro modo. Quería ver la pelea desde la cama con ella y con cada esquivo que haría el gran Nicolino abalanzarme e introducirme en ella. La pelea comenzó y por los nervios según me dijo, me agarró de la mano. No la solté. La contienda y la noche eran soñadas, nuestro boxeador se movía como pez en el agua y eludía todo golpe arrojado por el muy alto y delgado moreno, era un verdadero espectáculo el del ring y lo que nos empezó a pasar a nosotros. Deslicé en un momento y aprovechando el griterío de todo el estadio mi mano y la apoyé sobre su uno de sus muslos, ella se quedó y con sus dos manos me agarró como dándome el permiso de investigar su cuerpo a medida que pasaban los rounds. Locche seguía floreándose y dejaba en cada amague en ridículo a su oponente. Mis dedos estaban húmedos y ella me apretaba con ambas piernas, mi mano obviando todo tipo de protocolo y aprovechando que el público no dejaba de ver a Nicolino, comenzó a agitarse cada vez más rápido, el placer visual por la majestuosidad de este artista del ring corría una carrera muy pareja con el placer de Claudia, estábamos conectados de una manera tan íntima y no sabíamos nuestros nombres. Corría el sexto asalto y ella cansada de recibir placer, se sintió celosa del boxeador que estaba en el ring y puso su mano sobre mi zona más sensible y empezó a frotarla, Nicolino había desaparecido completamente de mi vista, durante dos rounds estuvo acariciando la zona. Segundos afuera, octavo round se escuchó y ella retiró su mano también húmeda y en el minuto siguiente nos besamos intensamente, mientras los demás seguían embelesados con Nicolino. Tal fue el dominio que ejercía sobre el ring que en un momento miró hacia donde estábamos y nos dijo “Después muchachos, ahora véanme un rato a mí”. No lo podía creer. Pero como si hubiese sido una orden, nos tomamos de las manos con Claudia como si fuésemos novios de la escuela y vimos el resto de la pelea como los demás mortales que estaban en el estadio. Era una maravilla lo que había pasado esa noche, arriba y

abajo del ring. Terminó la pelea y antes de irnos nos dimos un beso totalmente apasionado, eso no era amor era una pasión que te quemaba por adentro de una manera insoportable. Quería salir del Luna Park, llegar a un lugar apartado y amar con todo el cuerpo a esta mujer que parecía haber salido del mismo infierno. La cantidad de gente nos impedía salir, parecían horas, mientras pensaba que a menos de una cuadra había un hotel, pero que al paso que iba la salida llegaría muerto. Afortunadamente no fue así. Salimos corriendo del Luna Park, entramos al Hotel, sólo quedaba una habitación y era la más cara. Era como si nos estuviese esperando, en donde podía hacer el amor de la manera que imaginaba sino en el lugar más lujoso. Subimos hasta el tercer piso, lo hicimos corriendo. Cuando entramos en la suite, comencé a morderle la nuca mientras le sujetaba las dos manos, amarrada y sin libertad para tocarme, me empujó hacia una pared y empezó a frotarme nuevamente con su cuerpo. La di vuelta y le saqué toda la ropa, ella se arrodillo y empezó a recorrerme con su lengua, hasta que otra vez, ella volvió a sentir la humedad, pero esta vez en su boca. Luego se tiró en la cama y empezó a darse placer con ambas manos mientras su hombre se sacaba toda la ropa para finalmente caer sobre ella e introducirse con todo el cuerpo. Quedé totalmente desnudo y cuando me aprestaba a arrojarme sobre ella, se llevó las manos al cuello como si se estuviera ahogando, me puse nervioso, prendí las luces, le empezó a cambiar el color y finalmente se quedó inerte. La miré, no creía lo que estaba pasando. Estaba muerta, la toqué y no se movía no respiraba, empecé a caminar por la habitación en forma desesperada, cuando me di cuenta, me había vestido otra vez y bajé esta vez en el ascensor muy tranquilo. Me estaba comportando como un asesino, pero no podía afrontar esa situación, debía huir. Al salir del ascensor que estaba un poco alejado del lugar de la recepción y pago, me agaché y me fui arrastrando como para no ser divisado. Llegué a la puerta y salí con el paso acelerado, pero no corriendo. En la esquina había un taxi, esa noche no había llevado el auto porque lo tenía en el taller por una reparación, me alegre por eso. Me subí al taxi y le indiqué ir hasta Santa fe y Pueyrredón, por las dudas. Luego de ahí tomaría otro auto hasta mi casa.

—Buenas noches—Le dije al chofer que se sorprendió con mi aparición

—Buenas noches— No me preguntó hasta donde iba.

—Por favor señor me llevaría hasta Pueyrredón y Santa Fe

No contestó y arrancó el auto, hizo una cuadra y el auto se detuvo.

—¿Señor que sucede?

—No lo voy a poder llevar, el auto se rompió, bájese por favor —Esto lo dijo de un modo agresivo como culpándome de la rotura del auto.

—Bueno

—Mire haga una cuadra más y va a encontrar un montón de autos.

—Bueno, Gracias

Salí del auto y me fui caminando con el paso rápido. El taxista se bajó y se fue en dirección al hotel, seguramente pediría un teléfono para que lo vengan a ayudar. Me desentendí de la situación, empecé a pensar en Claudia, en todo lo que había pasado y si ya la habían encontrado, el de la recepción no creo que pueda dar una descripción de mí, no había luz suficiente como para que me haya visto. Me tengo que concentrar y pensar en otra cosa. Esto no pasó, nadie conocido me vio, Antonio no vino, las personas que estaban a mi alrededor eran todos desconocidos. Después de todo no la maté, le dio un paro cardiaco seguro. Pero como pude abandonarla, no podía hacer nada de cualquier modo. Que hubiese ganado quedándome. Hubiese salido en todos los diarios, me hubiesen despedido, hubiese perdido para siempre a Marita. Nada tenía sentido esa noche. Finalmente había caminado casi sin darme cuenta hasta Pueyrredón y Santa Fe. Extendí la mano y otro taxi se detuvo, no se parecía en nada al otro sujeto, era un señor muy agradable que me dejó a diez cuadras de mi casa, de ahí tomé otro taxi más. Llegué a mi casa pasadas las dos de la mañana, entre en el baño y estuve una hora bajo la ducha, por las dudas puse toda mi ropa de esa noche en una bolsa y al otro día me deshice de ella. Me levante temprano al día siguiente, aunque era domingo, necesitaba escuchar las noticias y saber si decían algo del hecho horroroso que había vivido y también empañado ese día de total liberación y

alegría, nada se decía. Sentía una culpa infinita por todo lo sucedido, sumada a la desesperanza que me provocaba el deterioro de la que era mi novia. Desayuné con la vieja y me fui a ver a Marita. Al llegar a la puerta de su casa, vi a un perro sentado y durmiendo en el escalón de entrada, era un perro de la calle, que me llevaba a pensar en las infidelidades cometidas y que curiosamente este animal parecía estar custodiando ese lugar que había sido tan importante en el día que conocí a Marita. Lo toqué y se despertó. Me miró fijo como sabiendo todo, su mirada expresaba un conocimiento profundo, como si en el último tiempo toda mi conciencia y el deber se habían materializado en este pobre animal abandonado. Se paró y se dispuso a irse a hacia otro sitio, pero lo abracé y lloré sobre él, toda mis penas vividas y el hecho culminante de la noche anterior estaban en esas lagrimas que mojaban el pelaje blanco del perro que acababa de adoptar. Entré con él en la casa, doña Lucia se sonrió al verlo, le causaba ternura todo su cuerpo blanco y un ojo negro, parecía ser el ojo que me había quedado lastimado para siempre después de la pelea con el ahora recluso por muchos años, no guardaba ningún sentimiento hacia Valentino, ni rencor, ni pena. Simplemente representaba para mí el final de una persona que no le había hecho ningún bien a su familia. No le perdonaría jamás que por su proceder se perdiera el negocio familiar, ni la tristeza de las mujeres de la casa.

—Me lo quiero quedar doña Lucia ¿Qué le parece?

—Me parece muy simpático, ¿te lo vas a llevar o lo querés dejar acá?

—Me parecería genial que viva un poco en las dos casas. Se lo quiero regalar a Marita, la va a poner contenta.

—Creo que es una buena idea, ¿de dónde lo sacaste?

—Estaba aquí durmiendo afuera, como si estuviese cuidando la casa.

—Entonces que viva acá, si vino hasta acá y estaba en esta puerta es que él solito encontró su lugar, además es muy tierno, no lo había visto nunca por acá. Ese ojo negro lo hace merecedor de un hogar, inspira mucha bondad en su mirada.

—Mamá porque están gritando tanto ¿y ese perro?

—Es Tancredi, te acordás de la película el gatopardo que dieron el otro día en la televisión, con el coso este que te gusta vos, ¿no se llamaba Tancredi?

—Si, Tancredi Falconeri, hermoso y ¿cómo se te ocurrió?

—En la guerra que mostraba la película lo herían en un ojo y luego andaba con un pañuelo cubriéndoselo. Es la primera imagen que se me vino cuando le vi el ojo negro al perrito.

—Me gusta Tancredi, ¿es para mí?

—Si, el sólo te vino a buscar, estaba en la puerta. Así que pensamos con doña Lucia que venía a buscarte.

—Gracias, Alfredo sos tan bueno siempre conmigo.

—No soy bueno Marita, haría cualquier cosa por verte bien, por ayudarte a que te recuperes lo más pronto posible.

Tancredi se quedó definitivamente en la casa de la familia Grasso. Pero ya no durmió más en el escalón de la puerta de entrada. Se acostaba a descansar a los pies de Marita todas las noches. Aunque parecía que este hecho singular sólo serviría para traer un poco de alegría a la casa, significó la paulatina recuperación de Marita, su mamá también quería mucho al nuevo integrante, pero la ausencia de Valentino había sido demasiado para ella y ya no era la misma. Para marzo del año siguiente Marita estaba plenamente recuperada. Sus dolores por las pérdidas no habían sido olvidados, pero pudo aprender a vivir con ellos. Luego de charlarlo con ella por unos días y obtener su consentimiento, pedí una reunión con unos de los directores de ENTEL. El hombre accedió por el buen concepto en la empresa que tenía desde mis inicios. Pude explicarle con lujo de detalle todo lo que había pasado con Marita y lo que finalmente había producido el despido, debido a lo expuesto y al buen desempeño que había tenido la que fuera empleada anteriormente, decidieron reincorporarla. La vida nuevamente se daba vuelta, luego de los infiernos atravesados parecía que todos nuevamente podríamos ver la luz. Mientras tanto la

violencia de un lado y de otro hacían de la Argentina un polvorín, secuestros y atentados por parte de la guerrilla. Fusilamientos del gobierno a presos denominados políticos. Ese mismo año retornó Perón a la Argentina, se agotaba el tiempo de la dictadura reinante, aunque los seguidores más cercanos a Perón estaban divididos y por la lucha del liderazgo se enfrentaban salvajemente provocando bajas en ambos lados. La gente para entretenerse un poco y desconectarse de tanta agresión se pegaba al televisor todos los martes a las 22hs para ver una telenovela de amor que causaba récords de audiencia, Rolando Rivas y Mónica Helguera Paz, los personajes de ficción de Rolando Rivas, Taxista. En el plano deportivo, un derechazo con potencia de muerte casi nos dejaba sin campeón del mundo en boxeo, un tal Bennie Briscoe estuvo a punto de noquear a Carlos Monzón, finalmente el argentino se repuso y ganó por puntos esa noche. Ese año también me reencontré después de dos años con el petiso. Nuestro San Lorenzo querido quiso que no juntáramos para dar dos vueltas olímpicas ese mismo año. El petiso se había adaptado al ritmo mendocino y Mónica ese año tuvo mellizos, la vida le estaba devolviendo tanta cosa buena que había sembrado.

Finalmente, todo se estaba acomodando para una salida pronta de los señores del hielo, se necesitaba un poco de paz, era necesario según pensaba que jugaran todos en una elección y que el pueblo votara a quien deseaba, hábilmente armaron las elecciones para que Perón no llegara a presentarse o eso es lo que yo creía al menos. El candidato que propuso Perón, Héctor Cámpora ganó en segunda vuelta y volvía la democracia. Se abrieron las cárceles y se liberaron presos políticos y guerrilleros, pero también se filtraron en la salida delincuentes comunes. La violencia no cesaba en democracia. Perón vuelve al país ya con la democracia instaurada pero los conflictos entre el sindicalismo y la izquierda revolucionaria hicieron que su vuelta se tiñera de sangre en las calles. La seguridad manejada por el ala derecha del peronismo embosco a los representantes de la revolución. Todos los seguidores de Perón irían a Ezeiza a esperar a su líder, pero en el trayecto comenzaron los tiros, como consecuencia hubo muertos y gran cantidad de heridos. Si alguno tenía esperanza que se venían tiempos de paz se estaba equivocando, se armó

un conflicto dentro del peronismo que no cesaba, ni con la vuelta al poder de un dirigente bendecido por el general. Todo terminó bastante rápido para Cámpora y ese mismo año Perón volvió a ser presidente por tercera vez, obteniendo el 62% de los votos. Ahora si se encontraría la paz. No fue así, Perón era más a fin a los sindicatos y deseaba que los jóvenes revolucionarios, cesaran en sus actividades armadas, no había razones según creía para seguir con la resistencia. Se equivocó a dos días de ganar las elecciones Montoneros, aunque no se adjudicaron el hecho, asesinaron a José Ignacio Rucci el sindicalista más cercano a Perón, esto era o una declaración de guerra, un ajuste de cuentas o un pedido de más participación en el nuevo gobierno. Nace de la mano de un personaje siniestro ministro de bienestar social llamado Jose Lopez Rega, un grupo parapolicial que se llamó la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) nada cambió, seguían los atentado y asesinatos y el aparato represor del estado repelía la guerrilla, aunque ahora estábamos en democracia. La llegada al poder del gran líder esperado por muchos y que había votado la mayoría no surtía efecto, algunos pensaban que su edad avanzada ya no le permitiría encausar las cosas, no se equivocaban.

Ese año en nuestra familia todo se encaminaba, Marita ya recuperada y trabajando nos permitía soñar con casarnos a fin de año, pero primero la vieja en mayo y coincidentemente con el día de la revolución de mayo nos dejó. Unos meses más tarde en septiembre se fue doña Lucia. Creo que consciente o inconscientemente las dos habían elegido fechas que a su entender terminarían arruinando a la Argentina. Los viejos no querían Perón, aunque nunca lo habían reconocido, los militares fueron un remedio tóxico que no sólo no curaron la enfermedad si no que la agravaron. Luego de esto sucesos luctuosos y para la fecha en que habíamos pensado el casamiento, estábamos finalizando los trámites para la venta de la casa de los Grasso. Marita vino a vivir conmigo, aunque no habíamos hecho tiempo a casarnos. Tancredi también vino con nosotros. Franco y Lorenzo con lo que sacamos por la casa, más un préstamo se compraron un departamento y se fueron a vivir juntos.

Al año siguiente murió el general Perón y la cosa se puso mucho más grave, el aparato represor

del estado agudizó las ejecuciones y desapariciones de personas, La vicepresidente Isabel Perón no estaba a la altura de lo que se necesitaba y quien tomó el control fue Jose Lopez Rega. Los problemas económicos en el país se agravaron y en marzo de 1976, empezaría la peor matanza ejercida desde el estado en el siglo veinte. Con Marita nos habíamos casado en diciembre de 1975, nuestros sueldos en ENTEL no eran malos y estábamos planeando agrandar la familia. Una mañana de junio de 1976, Marita me pidió hablar, estaba asustada.

—Necesito contarte algo. Es muy importante, por favor escuchame y no te enojés.

—Me asustás Marita ¿Qué pasa?

—El mes pasado se me acercó una persona muy correcta mientras estaba en el horario de almuerzo. Fue la semana que vos estuviste con gripe. ¿Te acordás?

—Si, pero ¿porque me lo contas ahora?

—Porque me preocupé, esa persona venía de parte de Tito Espinosa.

—Tito Espinosa!, ¿no me digas que lo viste?

—Este señor me dijo que Tito estaba muy enfermo y que necesitaba verme. Me pidió llorando que lo vea, no me pude resistir.

—¿Fuiste a verlo? ¿Cuándo?

—La tarde que te quedaste viendo la pelea de Galíndez. ¿Te acordas?

—No puedo creer lo que me estas contando, ¿Qué necesidad, tenías de ver a ese tipo? Seguramente debe estar metido en todo este quilombo.

—No me pude negar, él había sido muy importante y se estaba muriendo, no podía negarme.

—¿Qué pasó?

—Me encontré con este señor y me explicó cómo llegar hasta él, pero tenía que ir sola. Luego se fue. Me tomé el tren en Retiro y llegué hasta San Fernando, caminé como unas diez cuadras y había un bar de mala muerte y en la parte de atrás del lugar que estaba aparentemente cerrada,

vivía Tito.

—¿Cómo vivía, se murió?

—No hablamos mucho, quería despedirse, me dijo que estaba muy metido en la organización y que tenía que andar con mucho cuidado y que lo habían ido a buscar varias veces, por eso dormía cada día en un lugar distinto. No estaba enfermo, pero sabía que lo iban a matar en cualquier momento.

—¿Cómo hiciste una cosa así?, ¿vos te das cuenta que si alguien te vio o te siguió podés caer en cana?

—Estoy asustada, muy asustada. Lo mataron entendés —Me muestra el diario

—Bueno, ahora no podemos hacer nada, quédate tranquila y no hables con nadie de esto, por favor. Recemos que nadie te haya visto cerca de él.

—Por favor, Alfredo, cuida que no me pase nada.

—Nos tenemos que mudar de acá por las dudas Marita. Nos tenemos que ir a vivir a otro lado.

—No Alfredo y ¿el trabajo? No nos podemos ir a ningún lado.

—No se tengo que pensar algo.

No volvimos a hablar del tema. A la noche vimos una película, que ni me acuerdo de que trataba, no me podía concentrar en que hacer para resolver el tema. Pensando me dormí. A la mañana salí hasta la panadería, era domingo me acuerdo, habré tardado veinte minutos, quizás media hora, había mucha gente en el lugar. Cuando volví me preocupé, la puerta estaba abierta. La llamé a Marita y no respondía. De repente lo peor, Tancredi estaba muerto en el patio, le habían metido un balazo en la cabeza. La casa estaba toda desordenada, no podía creer lo que estaba viviendo. Si Marita era sospechosa de algo, porque no vino la policía a buscarla, quien se la llevó, serían los compañeros de Tito pensando que lo había delatado. No sabía qué hacer. Me sentí muerto de miedo y sin poder hablar con nadie. Tenía que ir a denunciar el hecho, sino como la iban a

encontrar.

Me fui hasta la comisaria del barrio ahí todos me conocían, me había hecho famoso después de las veces que me agarré a piñas con Valentino y más tarde por el triste destino del hermano mayor de Marita. Entré y denuncié todo lo que había pasado esa mañana, que me habían robado, matado mi perro y mi mujer había desaparecido. Los policías se miraron entre sí, como si sospecharan o supieran algo. Me hicieron las preguntas de rutina y luego me dijeron que me iban a llamar si sabían algo, tenía que esperar cuarenta y ocho horas. Me fui a casa caminando y pensando que Marita tenía que aparecer, seguramente escuchó los ruidos y salió corriendo con lo puesto. Me tenía que serenar. Se me caían las lágrimas limpiando toda la sangre en el piso de Tancredi, ¿que tenía que ver el con todo esto? ¿Porque lo habían matado? Era un perro bueno que no hacia daño a nadie. Me rompieron los muebles, me robaron plata y destrozaron toda la ropa de Marita, una saña indescriptible. Me dispuse a ordenar todo para ocupar el tiempo y no desesperarme. Llegó la noche del peor sábado de mi vida después de lo que había vivido con Claudia. Había ordenado todo y me fui a dormir. Como a las tres de la mañana sentí que forcejeaban la puerta y cuando me quise dar cuenta, tenía tres tipos encima, me pegaron hasta casi desmayarme, me metieron una bolsa en la cabeza y me metieron en un auto, con los golpes que había recibido y el movimiento del auto me dormí. Me despertaron a los golpes, me sacaron toda la ropa, me metieron en un cuarto y me siguieron pegando, después vino uno con una manguera de agua helada y terminó la faena. Me dejaron tirado ahí medio muerto. Habrán pasado unas horas y me llevaron a otro lugar.

Me sacaron la capucha, pero no me devolvieron la ropa, estaba muerto de frio y de sed. Me pusieron una luz muy fuerte de frente y me hicieron contar una y otra vez la historia. Como no me creían me seguían pegando, en un momento me llevaron a un lugar y me metieron la cabeza adentro de una pileta, llena de agua, pensé que me moría, me pedían que dijera todo, me seguían pegando. En un momento, no pude resistir más y conté todo lo que sabía. Me remonté hasta 1966, la historia de Tito y lo que me había contado mi mujer el día anterior. Me volvieron a

pegar, luego de eso perdí la visión totalmente del ojo que ya tenía lastimado. Quede tirado en el suelo me volvieron a manguerear para sacarme la sangre. Mientras se alejaban pude escuchar que uno decía, “es un pelotudo este, no tiene nada que ver”. Al rato vino un tipo con una toalla y me dio la ropa, me subieron a un auto y me llevaron atado unas varias horas y luego me tiraron con el auto en movimiento en un descampado, medio muerto como estaba, alcance a ver que era un Ford Falcon verde, esos tipos no eran guerrilleros, esos tipos eran de los servicios. Me desperté en el medio de la nada como a los dos días. Estaba en la provincia de Buenos Aires en Campana. Me acerque hasta la parada de un colectivo y cuando vino el bondi, le dije que me habían afanado, que por favor me llevara. Luego usé un transporte más hasta que llegué a casa. Llamé al trabajo y dije lo poco que pude, no relaté lo que estaba viviendo realmente. Luego de estar una semana en cama volví al trabajo. Sabía que Marita se la habían llevado, también para interrogarla, pero no entendía porque no volvía. Lo Contacté a Lorenzo era el único que podía ayudarme, movimos cielo y tierra, recorrimos todos los juzgados y Marita no apareció. Fuimos a las cárceles y nadie sabía nada de ella. Lorenzo en un momento, desahuciado, me dijo, la perdimos Alfredo, la desaparecieron. ¿Cómo? le dije, no lo podía creer, no lo quería creer. Franco un año más tarde corrió la misma suerte, entraron en el departamento de los hermanos Grasso, destrozaron todo y se lo llevaron. Tampoco lo volvimos a ver. Aquellos personajes detestables que aparecían cuando había desorden en el país, esta vez estaban decididos a dar un escarmiento único a quien no siguiera las instrucciones, ya no nos congelaban, ahora venían a petrificarnos para que no haya la más mínima posibilidad de movimiento. Quédense quietos, no piensen, hagan caso o se mueren. El único nombre que voy a recordar hasta que muera y hubo muchos de esta calaña y bien malvados, será por siempre el teniente General Jorge Rafael Videla. Cuando con Lorenzo buscábamos a Franco por todos lados al igual que hicimos con Marita, escuchamos algo que nos paralizó la sangre también, alguien en los medios le pregunto por los desaparecidos, dado que se convirtió en una práctica habitual, el monstruo contestó: “Ni muertos ni vivos, están desaparecidos”. Esa frase en el responsable máximo del régimen dejaba claro que nunca más veríamos a nuestros seres perdidos, sustraídos y secuestrados. Franco el único delito que había

cometido, era ser amigo de algún delirante que quería cambiar el mundo, conocía a sus amigos, en su mayoría actores que pensaban en un mundo ideal pero nunca pensaron en la lucha armada. Lo que hicieron esos militares fue abominable, no enjuiciaron a nadie por delitos cometidos, que de hecho los había y en demasía, simplemente los ejecutaban o los hacían desaparecer o te llevaban por las dudas. Los años iban pasando y la ausencia de Marita fue destruyendo mi alma de un modo irreparable, los militares me habían sacado un ojo, pero había quedado vivo. Aquel sueño premonitorio que había tenido años atrás y bajos los efectos de la película Dr. Zhivago, en donde aparecía Tito Espinosa y mataba a Marita y a mí como castigo me dejaba vivo, se había convertido en realidad, si bien no la había hecho desaparecer, indirectamente ese vínculo final, la había sentenciado. Pude comprobar años más tarde, algo que me llevó a pensar porque Marita tuvo la desgracia de encontrarse con estos tipos y vaya a saber por los tormentos que habrá pasado. Limpiando un jarrón que estaba en mi casa y que de milagro cuando la requisaron no rompieron, se me resbaló y explotó en el piso. Dentro había una serie de cartas, sin remitente. Tito Espinosa deseaba verla ansiosamente y por lo que relataba el, Marita lo rechazaba de manera rotunda y no quería apartarse y poner en riesgo a su familia y a su ser amado. El muy egoísta, había usado ese ardid de la enfermedad para que ella vaya corriendo a despedirse, de igual modo nunca pude entender porque lo hizo, ¿culpa quizás? Esas cartas quizás fueron rastreadas, aunque no encontradas las tomaron como prueba y quizás ella murió en la tortura, no lo sé, seré un idiota, pero la seguiré esperando toda mi vida. Pese a mi desgracia, en el trabajo no me iba mal y seguía creciendo y obteniendo puestos mas importantes. El que no tuvo la misma suerte fue Antonio, el oriundo de Baradero, se tuvo que ir finalmente a su ciudad natal, tuvo que pedir el pase luego de que sus padres se enferman gravemente, intentó por todos los medios encontrar una solución y no cuartarse la carrera en la capital que era más promisoría que en un pueblo, pero no pudo. La noche fallida en el Luna Park había tenido que salir de urgencia porque su madre había tenido un ataque al corazón que luego la dejó postrada, un año mas tarde una hemiplejia hacia daños terribles en la salud de su padre, no le quedó otro remedio que ir a cuidarlos, dos años mas tarde de su vuelta al pago, sus padres lo dejaron sólo. No podía retornar,

el tren había pasado, pero conoció una buena mujer con la cual comparte su vida. Mientras tanto la familia Grasso se seguía extinguiendo, cuando Lorenzo le confirmó la noticia de Marita y que según el la habían matado, no lo pudo soportar. Se había deprimido bastante con lo de sus padres, lo de su hermana fue suficiente para él. Lo encontraron colgado en una de las celdas del penal en donde estaba recluso. Lorenzo se fue alejando de a poco y lo entendí, formó una nueva familia, tuvo dos hijos, había que olvidar. Con Guzmancito nos seguimos viendo, siempre hay una buena excusa cuando juega el Ciclón. El pudo irse a tiempo, quizás si hubiese estado aquí cerca mío hubiera sufrido algún contratiempo. Había que reordenar el país, hubo excesos dijeron después. Hubo muchos muertos, eso fue un exceso. Año tras año la figura de Marita se agiganta. Un día me desperté a los gritos llamándola y como un loco me fui corriendo por la calle, así como estaba en calzoncillos, me metieron en una comisaria y me mataron a golpes, una pierna me quedó tan golpeada que se me hizo una infección tan grande que, casi me la tienen que cortar. Hice una promesa, le pedí a Dios, que, si salía de esa, iría caminando a Lujan. Luego de un mes cumplí con mi promesa y al volver de la procesión totalmente exhausto caí rendido en la cama. Por la mañana, me levante con una leve picazón en la pierna ya recuperada. Me metí en la ducha y al observar la zona, vi que estaba enrojecida, me pasé un poco de jabón y me enjuagué bien, luego me sequé. Mientras me vestía, sentí un leve cosquilleo en la misma zona, al observar mi pierna pude ver que tenía grabado el nombre de ella ahí. Dios se había encargado de dejarme un mensaje, mi mujer amada y nunca olvidada, me había salvado mi pierna, quizás para que pueda seguir caminando y buscándola. Marita no sólo estaba en mi mente y en mi corazón, ahora se manifestaba en el exterior de mi cuerpo. Ella sabía seguramente que luego de su partida no había podido estar con ninguna mujer.

Habían pasado casi veinticinco años ya y aunque la seguía esperando otro hecho había enlutado mi vida y tampoco había tenido una resolución hasta que una mañana todo se aclaró, pero de una manera terrible. En el año 1995, afortunadamente había democracia desde el año 1983. Se juzgaron en 1985 los hechos aberrantes de la dictadura y también los crímenes de la guerrilla de

los años setenta. Los máximos responsables fueron condenados. Recuerdo haber llorado ese día, quizás la justicia también lograría que vuelva Marita. Aun no se hizo justicia con ella y con otros tantos. El presidente de ese entonces que no era el mismo que había pedido el juicio por los crímenes unos años antes, cuatro años mas tarde y por presiones que fueron camufladas con el nombre de paz social indultó a los ya enjuiciados y encarcelados asesinos. También lloré ese día. Años mas tarde y corriendo los primeros años de la década del noventa, hubo dos atentados terribles con diferencia de dos años, algunos quisieron circunscribirlo simplemente a un asesinato al pueblo judío, esas personas que murieron a consecuencia de las bombas eran argentinas y las que no lo eran habían muerto inútilmente por una guerra que no era de ellos. En marzo de 1995 en un confuso accidente, que nunca quedó del todo claro si había sido otro atentado murió el hijo de Carlos Menem, el presidente en ese entonces. Un mes más tarde recuerdo que fui en un taxi con destino a parque centenario a buscar unas revistas deportivas. Me subí a un Peugeot 504 y emprendí viaje hacia mi destino, la voz del conductor me resultó familiar, esa voz la había escuchado, estaba más cansada y pausada, pero la reconocía. Intenté hablar con él para tratar de identificarla. Lo miré en un momento a través del espejo retrovisor y me quedé helado, cuando me dispuse hablar, sentí que el me había reconocido, se distrajo un segundo, pasó un semáforo en rojo y un camión se nos vino encima. Me desperté en un hospital cercano al parque que iba a visitar, todo vendado. Cuando miré hacia mi izquierda, el taxista estaba en la otra cama, también vendado.

—Usted no debió subirse nunca a mi auto. Nunca.

—No lo entiendo señor, tuvimos un accidente y el que manejaba no era yo. No soy responsable.

—¿Usted está seguro, de que no tiene ninguna responsabilidad?

—Sí, señor. Aunque no entiendo lo que me dice. Nosotros nos conocemos, me di cuenta por su voz, pasaron algunos años, pero creo saber quien es, aunque se que nos vimos una vez.

—Exactamente señor nos vimos una vez, pero usted esa vez quedó indemne.

Se me heló la sangre, sabía quien era lo había identificado en el auto. Era el taxista que se le había roto el auto el día que conocí a Claudia.

—¿Indemne? No sé a qué se refiere.

—No se haga el tonto. Lamentablemente no conoce toda la historia y nosotros no nos estábamos portándonos bien esa noche. Liliana había hecho su parte y a mí me tocaba finalizar la faena. Pero no pude.

—No lo entiendo señor.

— Si que me entiende, aunque estemos todos vendados, nuestra bocas y oídos están libres, como usted de pagar su culpa.

—No hice nada y si hice algo explíquemelo ahora.

—Liliana, trabajaba conmigo en la década del setenta, ella era una bomba sexual y también éramos muy buenos amigos, aunque le parezca extraño la quería. Ella siempre me evitó, no quería mezclar el trabajo, lo cierto es que ella se acostaba solamente con quien le gustaba. Se lo voy a resumir, nosotros éramos estafadores o como quiera llamarnos. Ella enganchaba siempre algún gil con plata, lo engatusaba, lo hacía meterse en un hotel alojamiento. Mientras tanto la esperaba abajo con el auto, luego ella me hacía una seña abriendo la ventana y subía a hacer mi parte.

—Cual era su parte, no entiendo.

—Lo que entendí, cuando usted subió al auto, es que algo había salido mal. Ella no había hecho la seña, si hubiera hecho esa noche su trabajo, usted se hubiese encontrado un tipo delante suyo vestido de policía pidiéndole un dinero para salvarlo de ir preso, ella se aseguraba que los tipos estuvieran en pareja, así el trabajo era mas fácil. Usted ante el miedo hubiese entregado la plata y nosotros nos hubiésemos ido con Liliana en mi taxi, usted iba a quedarse pensando que había zafado de ir preso y que sólo Liliana pagaba por ejercer la prostitución.

—Pero no soy quien usted cree, esa noche estuve con una chica que se llamaba Claudia.

—Así que le dijo que se llamaba Claudia. Claro seguramente el equivocado soy yo. La persona que le digo que se llamaba Liliana, resulta que era casi una copia exacta de Claudia Cardinale. Cuando iba a ese hotel, el señor que atendía siempre le daba la misma habitación, la mas cara, era parte del arreglo que teníamos. El del hotel se aseguraba de tener esa habitación que no todos pagaban siempre ocupada y además al dueño le sacaba unas monedas, diciendo que sólo había alquilado las mas baratas. Esta persona que le digo, cuando no decía su nombre era porque le gustaba la persona a estafar, es mas le voy a decir, aunque no estuve dentro del Luna Park, se que seguramente el punto a engañar era otro, pero se le cruzó uno que le gustaba y decidió tomarse franco esa noche.

—Usted se burla de mí. No entiendo el motivo.

—Le voy a pedir que deje de tomarme por idiota. Los dos sabemos que esa noche hubo una persona muerta en ese hotel. Es inútil que siga haciéndose el tonto. Le voy a decir para que se quede tranquilo, que como estábamos implicados con el del Hotel, pude sacarla a Liliana por una puerta trasera en el garaje del lugar. Luego habrá visto que la noticia nunca salió en los diarios. Liliana no tenía familia, sólo nos teníamos mutuamente. Esa misma noche la llevé a un descampado y la enterré en un lugar seguro. Ella descansa en paz, nadie fue responsable, le dio un paro cardiaco, quizás estaba enferma y nunca me lo quiso decir. Puede hablar tranquilo ahora. Le dije que nunca debería haber subido al auto ni esa noche, ni esta semana. La primera porque significó el plan fallido y la muerte de Liliana y ahora porque la conmoción del encuentro me distrajo y ahora estamos aquí y no sé si podré salir.

—La vi que estaba discutiendo con alguien por el asiento y parecía decir la verdad, fue una casualidad seguramente, mi amigo no había venido y ella, aunque en principio me dio pena por lo que decía que le había pasado, como tenía un asiento libre la llamé. Si no le molesta la voy a seguir llamando igual, Claudia me preguntó si tenía novia, mentí en ese momento estábamos pasando un mal momento y la belleza de esta chica me enloqueció, cuando llegamos al hotel los

dos ya habíamos experimentado el placer sexual en el estadio. Estaba loco de pasión, luego seguimos teniendo sexo en la habitación hasta que se desplomó, luego pensé en mi novia, mi trabajo y mi familia y hui hasta su auto. Lo siento mucho.

El hombre no me contestó. Se había dormido o quizás desmayado. Pasaron los días y el señor no se despertaba, me dijeron los médicos que su estado se había agravado con el accidente. Tenía un Cáncer pulmonar avanzado. Mis heridas tardaron en cicatrizar y estuve veinte días en el hospital, coincidentemente con mi salida, Orestes también dejó el hospital, pero para juntarse seguramente con Liliana, supe ese día su nombre real, porque lo pude leer en su historia clínica. Luego creo que traerme hoy los perros para acá, seguramente debe ser una señal de Marita, para que no claudique y la siga esperando, aunque cuando estoy muy triste y desesperado, me toco la zona de la pierna donde esta escrito su nombre. Me voy a dormir, mañana será otro día.

Esa noche tuve un sueño. Primero vino Claudia y me hizo una escena de celos, me dijo que aquella noche en que murió fue porque le explotó el corazón de amor, no supo a este ese día lo que era ese sentimiento y su cuerpo no tuvo respuesta. Me intentó a abrazar y darme un beso, pero apareció Orestes con su viejo Siam Di Tella 1500 y se la llevó. Me desperté en un momento o no, quizás era parte de un mismo sueño, Marita estaba sentada con los dos cachorritos en mi cama y me dijo: “Viste que no tenías que desesperarte, aquí estoy”. “Al mas chiquito le vamos a poner Jean Paul y al más lindo Alain”. De repente sonó el teléfono, era de día. Mire hacia todos lados y Marita ya no estaba.

—Hola

—Hola Alfredito. ¿Cómo estás? Tengo una noticia bomba

—¿Qué pasa Petiso?

—Mirá, el domingo juega el ciclón en rosario. La tenemos difícil, pero no imposible. ¿Vamos no?

—Bueno, si me lo pedís así, no me puedo negar, pero mirá que esta bravo.

—Alfredito hace veintiún años que no salimos campeones. No podemos seguir esperando más, ¿no te parece?

—Bueno, nos vemos ahí. Tengo cosas que contarte, hace mucho que no nos vemos.

—No te preocupes Alfredito, mirá que a la cancha voy con Mónica, Digna y los gemelos.

—Bárbaro, que raro, ahora no te dejan ir más sólo a la cancha, estás medio jovato.

—Pobre de vos Alfredito. Te cuento y te caes de culo.

—¿No me digas que se casa Digna?

—No seas boludo, sabes que nunca se va a casar pobrecita.

—¿Entonces?

—Te quería dar la sorpresa en la cancha, pero mejor te digo ahora. Si no te lo digo hoy por ahí el domingo me arrepiento. Ja, Ja, Ja

— Dale, decime ¿Te ganaste la grande?

—Si hermano, mis pibes quieren seguir estudiando en la Universidad, aquí no están las carreras que ellos buscan y además Dios atiende en Buenos aires dicen ¿no? Me vuelvo con toda la familia, alquilé por ahora una casa en Caballito. Además, le dije a Mónica nos viene bien, ahora que Alfredito está medio Gagá hay que atenderlo mas seguido. Ja, Ja, Ja, Ja.

—Gagá, Decí que cerró el Itaipark, sino te llevaba y te daba la revancha de la otra vez que te gané.

—Pero por favor, ¿A quién le ganaste?

—A nadie, Petiso. Lo que gané es tener a mi lado siempre un tipo tan sensacional como vos, el único que siempre estuvo firme como una estatua al lado mío. Desde pibes fuiste mejor que yo, hoy me lo volvéis a reafirmar. Te quiero hermano nos vemos el domingo.

—Si el domingo llorón, deja de hacerte la novela de la tarde. Ja, Ja, Ja.

—Chau hermano.

Corté con Guzmancito, le puse las correas a Jean Paul y Alain y salimos a pasear por el barrio. Ese domingo nos vimos todos en Rosario. Independiente le tenía que ganar a Gimnasia en La Plata, para que nosotros tuviéramos chances de salir campeón. Se nos hizo el milagro, salió todo como esperábamos. Dimos la vuelta olímpica. Nos volvimos a Buenos Aires. Al año siguiente, el petiso compró una casa en Flores a dos cuadras de casa. Desde ese día los tres señores sin rostro no volvieron a aparecer. Sin embargo, aunque la casa de la Familia Grasso la tiraron a bajo, todos los días pasamos con los perritos por ahí. Se que, si algún día Marita vuelve, va a aparecer en la casa de la calle Francisco Bilbao entre Lautaro y Camacuá. Al pasar por aquí trato de pensar en cuales serán esas complicadas palabras mágicas que debo decir para volverla a ver.